

EN EL PAIS *de los* INCAS

Por
F. A. STAHL

“Cuan hermosos sobre las montanas son los
pies de aquel que trae buenas nuevas, del
que publica la paz; que trae buenas nuevas
de felicidad, que publica la salvación; que
dice a Sion: ¡Tu Dios reina!” Isaías 52:7.

Review and Herald Septiembre 23, 1935

Traducido por CASA EDITORA SUDAMERICANA
FLORIDA, F.C.C.A., BUENOS AIRES, ARGENTINA



MUERTE DE ATAHUALPA, EL ULTIMI DE LOS INCAS.
PINTURA EN OLEO POR LUIS MONTERO,
MUSEO DE ARTE CONSEJO PROVINCIAL DE LIMA

DEDICADO a aquellos que
desean ver el evangelio del reino
predicado a todas las naciones
en esta generación. ¡Ojalá les
inspire grandes sacrificios a favor
de los que no conocen a Cristo!

Prefacio

MEDIO mundo ignora cómo vive la otra mitad. Propendemos de tal manera a enfrascarnos en nuestros placeres, ambiciones y hasta tristezas, que esto nos hace olvidar las necesidades del anchuroso mundo en que vivimos, y nos impide reconocer que somos hasta cierto punto responsables de la condición de la familia humana como entidad.

Es mi propósito demostrar que muchos de los que viven en la idolatría, maldad y degradación, y siguen costumbres que nos repugnan, lo hacen por estar ajenos a la verdad, y que cuando conocen un “camino mejor”, se desarrollan en nobles caracteres. Es cierto que algunos no aprovechan la oportunidad cuando se les presenta; mas a nosotros nos incumbe darles, sin embargo, esta oportunidad.

El Señor dice: “Será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, por testimonio”, no porque todos lo aceptarán, sino para que todos tengan el privilegio de oírlo. Cuando hacemos a otros partícipes de nuestras tristezas nos parecen llevaderas; y si aspiramos a una verdadera grandeza, las palabras del Salvador, que se encontrarán en Marcos 10:43,44, nos ayudarán a alcanzar aquella grandeza que perdurará para siempre.

Deseo expresar mi gratitud a los oficiales de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día, de quienes siempre he recibido la ayuda más cortés y bondadosa. Si se puede decir que mi trabajo para los indígenas del Perú ha tenido éxito, este éxito se debe en gran manera el estímulo de parte de estos colaboradores y dirigentes. Mi reconocimiento se extiende también al Sr. F.E. Hinkley, director del observatorio Harvard, de Arequipa, Perú, quien, cuando yo estaba agobiado por el trabajo, me abrió las puertas de su hogar hospitalario, me instruyó en la fotografía y suministró algunas de las fotografías que ilustran este libro; y al profesor M.E. Kern, a cuya bondadosa insistencia se debe que yo haya comprendido este trabajo.

Indice

CAPITULO	PAG.
INTRODUCCION	
I. Sobre el Techo del Mundo	
II. Ruinas y Tradiciones Incaicas	
III. Un Pueblo Primitivo	
IV. Una excursión Minera y Misionera	
V. Exigencias de los Comienzos Misioneros	
VI. Una Raza Oprimida	
VII. Una Transformación	
VIII. A Guisa de Estímulo	
IX. Un “Cristianismo” que no es Cristiano	
X. Ayuda de lo alto	
XI. En Exploración	
XII. Pruebas de Aprecio	
XIII. La Piedra Partida	
XIV. Un Libramiento Maravilloso	
XV. Enemigos Desarmados	
XVI. Los Quichuas Claman por Ayuda	
XVII. En Frecuentes Peligros	
XVIII. Primeros Ensayos entre los Chunchos	
XIX. Los Colaboradores del Pastor Stahl	
XX. Progresos Recientes	

Introducción

Al publicar esta historia de la gran obra de elevación de los indígenas del Perú, relatada por el mismo protagonista de ella, creemos que no estará fuera de lugar insertar una breve reseña de los sucesos que determinaron la caída de aquel pueblo, una vez grande y glorioso.

En 1532 y 1533, llegaron a Francisco Pizarro y Diego de Almagro, a la cabeza de un puñado de soldados, como ellos aventureros impulsados por la sed de oro, y después de derramar mucha sangre, lograron someter el imperio peruano al dominio español. Pizarro prometió al rey inca Atahualpa* –a quien había capturado por engaño y horrible matanza de su defensa comitiva- la libertad a condición de que le llenase de oro una pieza de unos noventa y cinco metros cúbicos. Cuando la pieza esta casi llena, el jefe español le absolvió de su obligación, forjó falsos cargos contra él, le declaró culpable de muerte y le sentenció a ser quemado públicamente. Se cambió esta pena por la del garrote, si Atahualpa abrazaba la cruz. Lo hizo, y sus exequias fueron las de un cristiano.

La traición y la crueldad marcaron cada paso de los conquistadores. Al mismo tiempo que profesaban ser heraldos del Salvador y Creador, sembraban la muerte y desolación por dondequiera pisaban sus caballos. Fue una época de desgracia para los incas. Su imperio se extendía desde el Ecuador-inclusive- por el norte, hasta la Argentina, por el sur, siguiendo la cordillera de los Andes desde el Chimborazo hasta el Aconcagua; desde el océano Pacífico por el oeste, hasta el valle del Amazonas al este; estaba la mayor parte de su territorio en la zona tórrida, aunque, debido a sus altas montañas, abarcaba toda variedad de suelo y clima, desde su extensa faja de arenas ardientes, junto al mar, hasta las mesetas de 4,200 metros de altura, dominadas por cimas eternamente cubiertas de nieve, que se elevan hacia el cielo hasta una altura de más de seis mil metros.

Era un imperio digno de un gran pueblo. Pero cuando los conquistadores penetraron en él, lo hallaron dividido a causa de la ligereza del último gran inca, Huayna Capac, que violó una de las principales leyes de su reino, al dar parte del imperio-la que forma hoy el Ecuador- a uno que no era heredero legal. De esto provinieron divisiones, guerras y debilitamiento. A no haber sido por ello, la historia hubiera sido diferente.

* Atahualpa es una figura ancestral en el Ecuador y America el Sur. En el se unieron las antiguas estirpes reales de los Incas del Cuzco y de los Shyris de Quito

Lo que Encontró el Conquistador

Encontró algo más que tribus nómadas salvajes, que vivieran en cuevas o tiendas, y de la caza. Encontró algo más que un reino salvaje y bárbaro. Encontró una civilización dirigida por hombres cuya tradición les enseñaba que eran hijos del sol. De aquella alcuña de los hijos del sol de día proceder siempre el gobernante de casta escogida. Había tradiciones y ruinas de un pueblo preinca, que adoraba al Pachacamac, el dador y fuente de la vida. Lo representaban por un ídolo horrible y le había construido un grandioso templo, cerca del lugar donde actualmente se levanta la ciudad de Lima. Tal vez pertenezcan a este pueblo las ruinas monolíticas de Tiahuanco. Nadie lo sabe. Basta decir que aunque los incas reconocían de un modo vago la divinidad de Pachacamac, su dios supremo era Inti, el sol; su consorte, la luna; su paje real, Chasca (Venus); las estrellas, los asistentes de la luna; los dioses del trueno y el relámpago, los terribles ministros del sol; y el arco iris, la revelación de su gloria.

Encontró el conquistador un clero numeroso, sacrificios, ceremonias y ritos complicados, aunque los sacrificios humanos eran raros. El inca, o rey, era considerado como divino y muy superior a su pueblo, al cual lo ligaban la paternidad, bondad y justicia de su reinado, y la ciega reverencia que se le tributaba. Tenían tradiciones del diluvio, y creían en la resurrección; de aquí que embalsamasen a sus muertos.

El conquistador encontró un sistema regular de educación, aunque ningún alfabeto ni jeroglífico. El quipu, especie de abaco formado por una combinación de cuerdas e hilos de color y anudados, prestaba maravillosos servicios, usado de diferentes maneras. Con su ayuda se levantaba y registraba anualmente el censo. Se llevaba cuenta de los depósitos de oro y plata, y se llevaba registro del ejército. Era una ayuda para los maestros que instruían a sus alumnos en la historia, orígenes del imperio y grandes hazañas de los incas. Su uso en sí mismo era una ciencia.

Encontró un idioma muy aceptable en el quichua, la lengua oficial del imperio, que se enseñaba con esmero a los grandes, la nobleza y el clero, aunque también se hablaban entre los varios pueblos el aimará y otros dialectos. La poesía, el drama, la historia y la religión se enseñaban en cantos y narraciones que se repetían con frecuencia.

Encontró un sistema de gobierno que proveía empleo a cada hombre, mujer y niño del imperio, y suplía abundantemente las necesidades de los enfermos, inválidos e incapacitados. Encontró que las cosechas, tierras y vestidos estaban tan bien almacenados, administrados y distribuidos, que no había necesitados. El trabajo que más perjudicaba a la salud -el de las minas- estaba tan bien organizado que no oprimía a nadie. Las leyes eran pocas, y las penas severas. Los hechos de blasfemar contra el sol, maldecir al rey, asesinar, robar y cometer adulterio tenían pena de muerte. Los delitos de incendios premeditados, cambio de mojonos, desvío del riego del vecino en provecho propio, se castigaba severamente. Había tribunales superiores e inferiores para resolver las querellas. Se protegía cuidadosamente todo lo que fuese esencial para el orden público. El imperio estaba dividido en grupos de diez mil, mil, quinientos, cien, cincuenta y diez habitantes y de cada división un oficial idóneo tenía que dar estricta cuenta.

El conquistador encontró edificios tan hermosos, a no ser por sus techos de paja, que Europa se hubiera vanagloriado de ellos; murallas construidas con piedras enormes, traídas con frecuencia de grandes distancias, y algunas veces tan bien preparadas y juntadas, que pasta en ángulos irregulares era casi imposible distinguir donde se unían. Además se embellecían estos edificios con tanta riqueza de oro, plata y piedras preciosas como pudiese darse a contemplar los ojos más codiciosos. Estos metales se consideraban como regalados por el dios y la diosa del reino. El oro, según cantaban los poetas, era “lágrimas vertidas por el sol.”

Encontraron los conquistadores sabias y fuertes leyes matrimoniales, que permitían, es cierto, la poligamia entre las clases elevadas, pero en las más humildes reinaba la monogamia. Cada familia tenía su tierra y hogar, con terrenos agregados a medida que les nacían hijos.

Encontró el blanco un sistema militar igual a aquellos de Europa, pero sin armas de fuego ni caballería. Continuamente se hacían guerras de conquista, pero se manifestaba hacia el vencido una indulgencia que nunca conocieron las bárbaras civilizaciones de Europa. Imperaba un sistema de impuestos, en el cual no había obligaciones crueles, opresión ni esclavitud. El cultivo de la tierra, las minas y la pesca, eran las principales fuentes de producción. En primer lugar, se cultivaban las tierras del sol, luego las que se destinaban a sostener a los necesitados, enfermos e inválidos; después, las del pueblo comúnmente dicho, y por último, las de la familia real.

Había a través del imperio un sistema de caminos en los cuales las dificultades de ingeniería habían sido allanadas en formas dignas de un Goethals. Se habían tenido puentes sobre grandes precipicios y pantanos, emparedados profundas grietas, perforado túneles en las montañas, cortado

caminos a través de sólidas rocas, contenido arenas movedizas, y a pesar de la acción devastadora de los conquistadores, existen todavía algunos de estos grandes caminos.

Encontraron dichos conquistadores un sistema de labranza verdaderamente científico, que esta generación de progreso no ha podido mejorar mucho. Se terraplenaban las laderas de las montañas, se abonaban y se regaban. Las tierras estériles habían sido puestas en condiciones de producir. Cada metro de tierra aprovechable se usaba para ayudar a abastecer a la gran población del imperio. Lo sobrante de las cosechas se almacenaba en grandes graneros de piedra; y por los magníficos caminos, las llamas transportaban el sustento para aquellas partes del imperio cuyos habitantes se hallasen necesitados. Se traía guano de las islas de Costa y hasta se protegían las aves marinas. Los rebaños silvestres de alpacas y vicuñas se hallaban al amparo de la ley, y cuatrienalmente se hacían rodeos para obtener la lana de todos, y carne de los machos. Los rebaños domésticos de llamas y ovejas se llevaban sistemáticamente de un lugar a otro, para asegurarles suficiente pastoreo.

El conquistador encontró en el reino de los incas ciudades poderosas y templos admirables, como ser, Cuzco, que por mucho tiempo fue capital del imperio, con su cuantiosa riqueza de oro y plata labrada, sus áureas efigies de los incas, los frisos y cornisas de oro del templo del sol; como Machu Pichu, considerada como “la ciudad perdida de los incas; y conocida también por el nombre de Tampu-Tocco-“Taberna de la Ventana”- cuyas ruinas magníficas fueron recientemente exploradas por la Sociedad Geográfica Nacional y la Universidad de Yale de los Estados Unidos; y otras ciudades y pueblos de menor importancia, que fueron saqueadas y devastadas por los conquistadores.

A este reino de primitivo y patriarcal despotismo-mejor en su especie que cualquier otro conocido por los europeos -llegó el blanco. En resumidas cuentas, no encontró allí ningún necesitado, pordiosero ni fraile mendicante; al niño, al enfermo, al inválido, se les atendía primero, no como caridad, sino como conveniencia de administración; se cometían muy pocos crímenes o casi ninguno, como tampoco había inmoralidad manifiesta. Pero sí, halló industrias prósperas, inquebrantable lealtad al gobierno, arte, hermosura, habilidad, grandeza.

El blanco vino en nombre de Cristo con promesas halagadoras de amistad; pero vino también con una sed de oro que sobrepasaba su amor por las almas por quienes Cristo murió; vino con fanática sinrazón, creído de que la fe de Cristo podía propagarse por la fuerza, la espada, la tortura y el

fuego; se presentó con pólvora y balas mortíferas, que solamente en sus métodos de destrucción le habían superior a los incas.

La confusión sucedió al orden; el fantasma del hambre se hizo sentir donde antes sonreía la abundancia; donde imperaba la injusticia, la opresión y la esclavitud ataron a los hombres con cadenas. La superstición de la idolatría dio lugar a otra peor: la superstición de un cristianismo pervertido.

Sin embargo, no sería justo decir que todos los primeros blancos que fueron a la América eran malos. Había sacerdotes y otros del tipo de Las Casas, que deseaban salvar hombres, y escribieron en el año 1542 una acusación de las más fuertes, titulada: “La destrucción de los incas.” Había hombres como Sarmiento de Mendoza, mejores que su credo, y que protestaron contra la crueldad, malos hechos e injusticia acumulados sobre aquellos a quienes se despojaba de sus bienes en nombre de Cristo. Y hay actualmente hombres nobles en Sudamérica que protestan contra el abuso que se hace con los indígenas, como lo revela el Sr. Stahl.

Terminamos esta introducción con las palabras de un católico romano, que acompañara a Pizarro. Las copiamos del original tal cual lo da Prescott en su obra “El Perú.”

Verídica confesión y protesta en la hora de muerte, de uno de los primeros españoles conquistadores del Perú, llamado Marcio Serra de Ledesma, que hizo en su testamento, en la ciudad de Cuzco, el 15 de noviembre de 1589, delante del notario público Jerónimo Sánchez de Quesada:

“Antes de empezar dicho mi testamento, declaro que ha muchos años que yo he deseado tener orden de advertir a la Católica Majestad del rey don Felipe, nuestro Seños, viendo cuán católico y cristianísimo es, por lo que toca al descargo de mi ánima, a causa de haber sido yo mucha parte en descubrimiento, conquista a población de estos reinos, cuando los quitamos a los que eran señores ingas, y los poseían, y regían como suyos propios, y los pusimos debajo de la real corona, que entienda su Majestad Católica, que los dichos ingas los tenían gobernados de tal manera, que en todos ellos no había ladrón ni hombre vicioso, ni hombre holgazán, ni una mujer adúltera... que los hombres tenían sus ocupaciones honestas y provechosas; y que los montes y minas, pastos, caza y madera y todo género de aprovechamiento, estaba gobernado y repartido de suerte que cada uno conocía y tenía su hacienda sin que otro ninguno se la ocupase o tomase, ni sobre ello había pleitos... Los ingas eran temidos y obedecidos y respetados de sus súbditos como gente muy capaz de mucho gobierno, y que lo mismo eran sus gobernadores y capitanes, y que como en éstos hallamos la fuerza y el mando y la resistencia para poderles sujetar y oprimir al servicio de Dios

nuestro Señor, y quitarles su tierra, y ponerla debajo de la real corona, fue necesario quitarles totalmente el poder y mando y los bienes, como se los quitamos a fuerza de armas.... Y que entienda su Majestad que el intento que me mueve a hacer esta relación es por descargo de mi conciencia, y por hallarme culpado en ello, pues habemos destruido con nuestro mal ejemplo gente de tanto gobierno como eran estos naturales y tan quitados de cometer delitos ni excesos así hombres como mujeres, tanto por el indio que tenía cien mil pesos de oro y plata en su casa, y otros indios dejaban abierta y puesta una escoba o un palo pequeño atravesado en la puerta para señal de que no estaba allí su dueño, no podía entrar nadie dentro ni tomar cosa de las que allí había; y cuando ellos vieron que poníamos puertas y llaves en nuestras casas, entendieron que era de miedo de ellos, porque no nos matasen, pero no porque creyesen que ninguno tomase ni hurtase a otro su hacienda; y así cuando vieron que había entre nosotros ladrones, y hombres que incitaban a pecado a sus mujeres e hijas, nos tuvieron en poco; y han venido a tal rotura en ofensa de Dios estos naturales por el mal ejemplo que les hemos dado en todo, que aquel extremo de no hacer cosa mala se ha convertido en que hoy ninguna o pocas hacen buenas, y requieren remedio, y esto toca a su Majestad, para que descargue su conciencia, y se lo advierto, pues no soy parte para mas. Y con esto suplico a mi Dios me perdone; y muéveme a decirlo porque soy el postrero que muere de todos los descubridores y conquistadores, que como es notorio y no hay ninguno, sino yo solo es este reino, ni fuera de él, y con esto hago lo que puedo para descargo de mi conciencia”.

Evidentemente las horribles carnicerías y actos de traición no pesaban tan fuerte sobre la conciencia del viejo soldado, porque fueron hechas en nombre de Cristo. Pero la luz se va haciendo, y no sólo amanece para los quichuas y aimaraes por tanto tiempo oprimidos, sino también para los mejores hombres del Perú. El evangelio de Dios no obliga, persuade; no somete por fuerza, sino que gana almas para vida.

Los Editores.

CAPITULO I

Sobre el Techo del Mundo

El Puerto más borrascoso del mundo!” dijo uno de los oficiales de a bordo cuando anclábamos en el puerto de Mollendo, Perú, después de un viaje de veinte días desde Nueva York.

En seguida, se presentó a nuestra vista un espectáculo interesante. Deslizábanse por las aguas unos treinta botecitos, cada uno de ellos tripulado por dos o tres hombres que remaban desesperadamente en su esfuerzo por llegar los primeros a nuestro buque. Cinco o seis botes llegaron a un tiempo a la escalera, pero antes de haber tocado el costado de la nave, ya saltaban los hombres por la escalera, amontonándose y empujándose unos a otros mientras subían a bordo.

Al momento se dirigió a los pasajeros una animada jerga. Los boteros estaban impacientes por llevar a la orilla a los pasajeros y sus equipajes. No comprendíamos su lenguaje, pero teníamos la suerte de que estuviera con nosotros el Sr. E.W. Toman, quien hablaba el idioma y había hecho este viaje antes. El arregló con dos de los hombres para que nos llevaran a tierra. Primero acomodaron el equipaje en el bote y luego, una vez vencida cierta dificultad, entramos nosotros.

Las olas se elevaban hasta gran altura y me pareció un milagro que no zozobramos. Cuando nos acercábamos al desembarcadero, vimos que a algunas personas se las alzaba hacia el muelle en una especie de silla grande, por medio de una grúa. Nuestros boteros dijeron que podíamos desembarcar sin necesidad de la máquina, y después de varias tentativas desesperadas, pisamos la escalera que por el muelle bajaba hasta el agua. Luego pasamos por la aduana, y subiendo a un tren que esperaba, emprendimos viaje por tierra hacia “el techo del mundo”.

Cada metro de la línea es ascendente y las curvas de la vía son tan bruscas y numerosas, que algunos de los pasajeros se marearon. Durante varias horas, atravesamos vastas extensiones arenosas, y pasamos al lado de montones de arena blanca, que eran, según se nos dijo, las famosas dunas movedizas del Perú. Estas dunas de arena presentan la forma de media luna; tienen unos treinta metros de largo por tres a seis de alto. Además, llama la atención su peculiaridad de que los cuernos de todos los crecientes llevan la misma dirección, a saber, la de los vientos reinantes, que empujan muy lentamente los médanos hacia el pie de la montaña, donde finalmente se amontonan.

Al obscurecer llegamos a Arequipa, ciudad de 40,000 habitantes, situada a 2,100 metros sobre el nivel del mar. En ella tuvimos que pasar la noche, pues nuestro tren no marchaba hasta la mañana siguiente. Conseguimos alojamiento cerca de la estación, y dejando a mi esposa, hija y bebé en el hotel, fui con el pastor Toman a visitar a algunos de sus conocidos. Las calles, estrechas y sinuosas, contrastaban extrañamente con las anchas arterias de tráfico de las ciudades norteamericanas a las cuales yo estaba acostumbrado.

Después de haber caminado unos quince minutos, nos detuvimos frente a una casa baja, y llamamos. Un hombre salió a recibirnos. Se nos hizo entrar, y mientras mi compañero de viaje y nuestro huésped sostenían una animada conversación en lengua desconocida para mí, yo observaba lo que me rodeaba. En un lado de la pieza en que estábamos había una cama ocupada por alguien que parecía muy inquieto, y tan pronto como hubo una pausa en la conversación, pregunté qué enfermedad tenía la persona que estaba en la cama. El dueño de casa contestó: -¡Oh, es uno de mis hijos que tiene viruela! Me quedé mudo, y contento por haberme vacunado. Después supe que algunos le dan tan poca importancia a la viruela, como otros al sarampión, y dicen:

-Cuanto antes les dé, mejor.

Pasamos algunos momentos, nos despedimos de nuestro huésped, deseándole las buenas noches, y por un camino escabroso y sin alumbrado nos dirigimos a los suburbios de la ciudad, donde está el observatorio Harvard. Una hora de andar en la oscuridad nos llevó al lugar y pasamos dos horas agradables con el Sr. Francisco E. Hinkley, director de la institución. Resultó ser un hombre de los más afables. Nos hizo ver todo el observatorio, explicándonos el manejo de los telescopios, y por medio de ellos contemplamos las maravillas del firmamento.

En nuestro camino de regreso al hotel por las calles oscuras, oímos el rasgueo de guitarras en diferentes lugares, acompañado de canciones.

Cuando llegamos al hotel, había un excitado gentío en la calle, y se nos dijo que durante nuestra ausencia se había declarado un incendio en el edificio. Encontré a mi familia casi exhausta de fatiga y por el susto. Cuando el fuego comenzó, la gente llenó el lugar, pero como todos hablaban a un tiempo y el idioma era extraño a mi esposa, no pudo comprender de qué se trataba hasta que vió el humo. Afortunadamente, se sofocaron las llamas, y el daño fue poco.

SEGUIMOS TREPANDO MONTAÑAS

A las siete de la mañana siguiente, en medio de una gran muchedumbre, tomamos el tren para Puno. Nos causó sorpresa verlo tan repleto. Casi todos los asientos estaban ocupados, pero por fin tuvimos la suerte de encontrar lugar. Cuando sonó la campana para la partida, nos asombró ver que casi todas las personas se dirigían en tropel hacia las puertas. Resultó que los pasajeros eran pocos, pero muchos los amigos que habían venido para despedirse de ellos. Cuan el tren se puso en marcha, arreglamos nuestro equipaje y encontramos asientos más cómodos.

Hasta entonces no habíamos notado los efectos de la altura, pero después que llegamos a una elevación de 3,600 metros, empezamos a sentirnos incómodos, aunque entonces lo atribuíamos al humo de los cigarrillos, pues aquí casi todos fuman en los trenes. A eso de las tres de la tarde, cuando hubimos llegado a Crucero Alto, el punto más elevado de la vía (4,360 metros sobre el nivel del mar), todos empezamos a tener dolor de cabeza y algunos de los pasajeros estaban muy abatidos. Además el aire se volvía muy frío, y respirábamos con dificultad.

PUNO-PERSPECTIVAS DESANIMADORAS

A la puesta del sol, nuestro tren llegó a Puno, ciudad situada a orillas del lato Titicaca. Encontramos alojamiento en el único hotel que había en ese tiempo en la pequeña ciudad, y aunque nos disponíamos a retirarnos a nuestro dormitorio, por sentirnos mal a causa de la altura, el hotelero insistió en que cenásemos, alegando que estaríamos mejor después de comer algo; así que aceptamos su indicación y le seguimos al comedor.

Lo primero que nos sirvió fue una sopa muy caliente, que quemaba no tanto por haber estado sobre el fuego como por la abundancia de pimienta que tenía. Al abrirse la puerta del comedor que daba a la cocina, vimos algo

que nos quitó el apetito. El cocinero tiraba las ollas al suelo, después de haber servido los alimentos, y al instante se llenaban de cochinitos de Indias, que comían los residuos que había en ellas.

Tuvimos que demorar dos días en este lugar para esperar un vaporcito que nos llevara al otro lado del lago. A la mañana siguiente recorrimos el pueblo y nunca en nuestra vida presenciábamos un espectáculo más desanimador, pues el aire era frío y el lugar nos parecía bastante triste. Mi esposa e hija observaron:

-Evidentemente, hemos venido a un lugar cerrado para hacer obra misionera.

Poco nos imaginábamos entonces que algunos años más tarde, abríamos cerca de este punto una misión para los indígenas.

Temprano, a la mañana del tercer día, nos embarcamos en un vaporcito llamado “El Inca”, que debía llevarnos a través del lago, hasta Bolivia. El tiempo había cambiado, y nunca vimos un sol más brillante. El aire era tan diáfano que permitía ver las montañas a más de ciento sesenta kilómetros de distancia.

Contrariamente a la idea común, esta región, aunque está situada en la zona tórrida, a causa de la elevada altura, es siempre demasiado fría para ser cómoda. Los veranos son lluviosos y fríos, y los inviernos, secos y fríos. La atmósfera está muy cargada de electricidad, lo cual es deprimente para el sistema nervioso, y la altura requiere que uno tenga buenos el corazón y los pulmones. Durante el día el termómetro marca 10° C., a la sombra, mientras que al sol la temperatura es excesivamente alta. Las noches, sin embargo, son crudas, y el mercurio desciende más abajo que cero. Estos cambios bruscos resultan poco saludables, y causan muchos disturbios catarrales.

El itinerario del vaporcito seguía la costa, dándonos buena oportunidad de ver el país. Nos impresionó su esterilidad, pues no había a la vista ni árboles ni vegetación de otra clase. Nos encontrábamos en el corazón del gran país de los incas. Millares de indígenas viven en la meseta que rodea al lago. A lo largo de las costas de éste, pueden verse miles de pequeñas chozas de barro; y mientras pensábamos en los pobres indígenas abandonados, nuestros corazones se dirigían hacia ellos y orábamos la oración de Jabez (I Crónicas 4:19), a saber, que el Señor ensanchase nuestros términos, y nos capacitase para hacer algún bien para este pueblo.



Lago Titicaca

El lago titicaca mide de largo 223 Kms. Y de ancho 111 Kms. Es el lago navegable situado a mayor altura de 3,812 m. sobre el nivel del mar. Sus aguas están siempre frías como el hielo. Hay en él algunos peces del tamaño de una puerca, pero no son muy numerosos. A sus orillas, y con bastante abundancia, crece un pasto que los indígenas llaman Tortori. Con él alimentan el ganado, y también hacen botes. Las cuerdas con que atan los manojos están hechas de un pasto fibroso que crece en las montañas. Y no sólo fabrican así sus botes, sino que también hacen las velas del mismo material. Estos botes resultan baratos, y prestan innumerables servicios a los indígenas, pues son muy livianos.

CAPITULO II

Ruinas y Tradiciones Incaicas



La Historia de este pueblo es lo más interesante. Prescott, en su “Historia del Perú”, le dedica mucha atención. La tradición declara que el sol, sintiendo compasión por el pueblo de esta región de las alturas, envió su hijo, Manco Cápac y su hija Mama Occlo, marido y mujer, para que se fundasen un imperio. Llevaban consigo una cuña de oro, y en la tierra donde esta cuña de por sí se hundiera y desapareciera de la vista, allí debían fundar el imperio. Mientras que estos niños pasaban por la región montañosa, probaron la cuña en diferentes lugares. Finalmente llegaron a Cuzco y allí la

cuña desapareció de su vista para siempre; por esta causa, allí se fundó el imperio inca.

Manco Cápac se puso inmediatamente a instruir a los hombres en la ciencia de la agricultura, mientras que Mama Occlo tuvo a su cargo la instrucción de las mujeres en el arte de hilar y tejer. Después de ganar la confianza del pueblo, amalgamaron las muchas y diferentes tribus en el gran imperio de los incas.

En la vecindad del lago Titicaca y las regiones elevadas de sus alrededores, hay extensas y notables ruinas de templos, restos de una civilización histórica que florecía en el tiempo de los incas. Las piedras usadas en la construcción de dichos templos son de enorme tamaño, algunas de ellas de centenares de toneladas de peso, y lo maravilloso es cómo pudo la gente transportarlas de las lejanas canteras, puesto que en el trayecto había que escalar altas montañas, bajar a hondas quebradas y atravesar muchos ríos.



Las paredes de algunos de estos templos y fortalezas* incaicos están construídas hermosamente. Las piedras se ajustan una a otra exactamente,

* El norte de Cuzco, la capital del imperio inca, estaba dominado por la fortaleza de Sacsahuaman, una serie de edificaciones de las que no quedan más que los cimientos pero de la que todavía permanecen tres enormes murallas, que, de forma escalonada y situadas en tres niveles, se enlazan armoniosamente formando una imponente obra de defensa. Sin embargo, antes que un lugar puramente defensivo, parece que Sacsahuaman fue un centro de gobierno, cuyas murallas eran tanto simbólicas como funcionales. Era el lugar donde el Inca, rodeado de una espléndida majestad, impartía sus órdenes a todos los rincones del imperio. Era un lugar magnífico donde el sol en la tierra legitimaba de continuo su poder e inaccesibilidad ante los asombrados y respetuosos ojos de sus súbditos; pero también la fortaleza podía defender al Inca contra una posible rebelión en la ciudad. Los edificios de Sacsahuaman revelan todo tipo de funciones, desde palaciegas hasta defensivas, pasando por las de almacenamiento y aunque la función religiosa podía descansar simplemente en la presencia del Inca, se puede hablar también de un altar propiamente, el llamado Trono del Inca, situado al otro lado de la plaza frontal, en forma de una especie de dobles escaleras talladas en la roca

sin que se haya usado cemento alguno para asegurar las juntas. Están unidas de tal modo que no se podría introducir ni la hoja de un cortaplumas en sus intersticios, y hasta a veces ni una aguja en sus ángulos. Están cortadas en muchos y diferentes tamaños, cómo pudo aquel pueblo labrar estas piedras macizas con tal exactitud, ya que debieron sin duda moverlas repetidas veces de acá para allá a fin de ajustarlas unas a otras, es un misterio que no se ha aclarado.



Aquí y allí, entre estas ruinas, hay grandes ídolos esculpidos, muchos de ellos de tamaño gigantesco, los cuales nos dan una idea de lo que debió ser la región de aquel pueblo. Ellos adoraban al sol y las fuerzas y objetos de la naturaleza. Hasta hoy día algunos de los indígenas adoran al sol, y muchos, a la tierra.

Los indígenas viven en pequeñas chozas de barro de unos cuatro metros de largo por tres de ancho, techadas con paja, sin ninguna ventana, y con sólo una pequeña abertura para puerta, tan diminuta que con dificultad se puede pasar por ella. Tienen pisos de tierra, y carecen de muebles de cualquiera especie. Cuelgan sus vestidos en sogas y palos puestos alrededor de la choza. De un lado de ella, el piso se eleva un poco, y se usa para cama.

Los indígenas hilan y tejen todos sus vestidos. Los de los hombres consisten generalmente en una camisa, un pantalón que está hendido desde el tobillo hasta la rodilla, en la parte de atrás, para facilitar el vadeo de los numerosos torrentes, y un poncho. Estos ponchos están hechos generalmente con géneros de color llamativo. Completa el traje un pequeño gorro de lana con orejeras que se ajusta sobre la cabeza, y sobre dicho gorro, un gran sombrero de fieltro espeso, que también fabrican los indígenas mismos.

El vestido de las mujeres consiste en faldas hechas de lana y una bata del mismo material. En cualquier ocasión extraordinaria, hay mujeres que llegan a ponerse hasta diez o doce de estas pesadas faldas de diferentes colores, atando una un poco más arriba que la precedente, a fin de mostrar el color de la que está debajo. Usan también sombreros que ellas mismas han ideado: la forma se hace de una paja dura de la montaña, cubriéndose después de tela azul marino y ribeteándose el borde con tela roja. Debajo del sombrero usan un chal de color, liviano.

El régimen alimenticio de los indígenas es más bien monótono. Como ningún fruto se produce en aquellas alturas, la gente vive mayormente de carne de carnero, patatas, quínoa (pequeño grano con el cual hacen papillas) y sobre todo de “Chuñas”, que usan mucho todos los indígenas de las altiplanicies. Las chuñas son patatas preparadas de un modo especial. Después de la cosecha, en otoño, se extienden las patatas en las llanuras para que se hielen durante unos diez días, luego se hacen deshelas, y entonces el indígena y su familia, las pisan descalzos. Cuando han soltado toda el agua, las llevan a un lugar seco, y las dejan secar diez días. Después de este proceso, las patatas se llaman chuñas y quedan reducidas a un volumen seis veces menor. Este es uno de los principales artículos de alimentación de los indígenas, y lo llevan cuando hacen largos viajes, por ser liviano de peso. Lo usan también en sopas, y en toda clase de comidas; hasta hacen harina con él. Según hemos podido apreciar, es un alimento saludable.

La mayoría de estos indígenas tiene pequeños pedazos de tierra que cultivar y cada familia es propietaria de diez o quince ovejas que les proveen de carne para comer y lana para sus vestidos; algunas de ellas tienen una o dos vacas. Pero los indígenas que viven a una altura de más de 3,900 metros no cultivan sus tierras porque nada crece a esa altura, excepto una hierba dura y amarilla. Estos indígenas tienen grandes rebaños de alpacas y llamas, de las cuales cortan la lana, llevándola a altitudes menores para negociarla por artículos alimenticios.

Hay dos tribus de estos indígenas: los quichuas y los aimares. Los quichuas constituyen la mayoría y hay como seis millones de ellos en las tres repúblicas de Bolivia, Perú y Ecuador. Hay unos quinientos mil aimares en

Perú y Bolivia. Se cree que los aimares descienden del pueblo pre-inca, o como se le llama algunas veces, “Pueblo de los Megalitos”, o “de las Piedras Grandes”, y que los quichuas descienden de los incas.

Los idiomas de los indígenas no son fáciles de aprender. Se componen de muchos sonidos y choques guturales y en los verbos hay difíciles combinaciones de consonantes. Casi todas las palabras terminan en vocales y están acentuadas en la penúltima sílaba. En lugar de preposiciones, el lenguaje tiene sufijos al final de los nombres y pronombres. Los principios gramaticales del quichua y del aimará son casi los mismos, aunque los vocabularios difieren grandemente.

Un viaje de diez horas a través del lago, nos llevó a la parte de Bolivia; y allí, abandonando el vapor, tomamos un tren que esperaba para llevarnos a La Paz, la ciudad más grande de la República. Después de unas pocas horas de viaje a través de una llanura estéril, el tren se detuvo en El Alto para cambiar la locomotora por una eléctrica que debía conducirnos hacia abajo, hasta La Paz. Mientras hacíamos el descenso, el panorama más maravilloso desfilaba ante nuestra vista. “La ciudad en la olla” se la llama a La Paz. Con sus muchos techos de diversos colores, situada a la entrada de una gran quebrada y rodeada por tres lados de majestuosas murallas de varios miles de pies de altura, la ciudad ofrece, a la verdad, una vista muy pintoresca.

Nuestro tren eléctrico bajaba siguiendo las numerosas curvas por la ladera de la montaña, empleando cuarenta y cinco minutos en el descenso. En la estación presenciamos un espectáculo único por lo interesante que nos era, a saber, el que ofrecía la gente pudiente, vestida con trajes de colores oscuros, los cholos o población mestiza, cuyas mujeres iban con vestidos muy cortos que permitían ver una cantidad de puntillas, con blancos sombreros de paja y botines de taco alto; y los centenares de indígenas de color cobrizo, ojos negros, cabello lacio y oscuro y vestidos de colores profusos, todo lo cual hace que se haya dicho con verdad que ninguna otra ciudad del mundo tiene tal exposición de colores como los que se pueden ver entre los habitantes de La Paz.

Tomamos alojamiento y retiramos en seguida nuestro equipaje de la estación. Allí no había carros: todo tiene que llevarse cargado por los indígenas, y en realidad son muy eficientes. Uno de ellos puede atar sobre su espalda un baúl que pese de noventa a cien kilos, llevar en cada mano una valija, y caminar de este modo kilómetro tras kilómetro. Mientras íbamos hacia nuestro lugar de alojamiento, varias veces choqué con las personas que encontraba, debido a que es costumbre aquí, como en algunos países europeos, de conservar la izquierda, al cruzarse la gente, en vez de la

derecha como se hace en los Estados Unidos. Pasaron unos días antes de que pudiera acostumbrarme a esta diferencia. Otra costumbre particular de acá, es la de mover la mano con la palma hacia del cuerpo, al llamar a una persona, en vez de hacia sí. Pero pronto nos acostumbramos a estos cambios. De los ochenta mil habitantes de La Paz, se calcula que unos sesenta mil son indígenas, quince mil cholos, o población mestiza, y cinco mil blancos. Estos forman la clase más elevada-doctores, abogados, funcionarios- y gozan de bastantes medios de vida. Los cholos son mayormente artesanos y se les podría llamar muy bien la clase media, mientras que los indígenas son los obreros y peones-la clase más pobre.

Ni la clase alta, ni los cholos, se les ve llevar bultos, no importa cuán pequeños sean. Cuando van de compras, tienen indígenas que les siguen para llevarles cuanto compran. Estos indígenas son los criados, y hacen todo el trabajo de la casa en general, así como el de la cocina.

Nuestra ambición más grande era ahora aprender el idioma. Pronto pude decir bastante bien algunas palabras, tan bien en efecto, que aquellos a quienes me dirigía, no se imaginaban lo limitado de mi vocabulario, y algunas veces trababan conversación conmigo, aunque yo tenía muy poca idea de lo que me estaban diciendo. Esto me hacía sentir incómodo, y ansiaba el día en que pudiese hablar a la gente y comprenderla.

Se decidió que mientras el pastor Thomann estuviese conmigo, fuésemos a Cochabamba, ciudad del interior de Bolivia, a fin de familiarizarnos con las condiciones que reinaban allí; así que después de una semana de estada en La Paz, dejé allí a mi esposa y dos hijos, y salimos para visitar Cochabamba. Tomamos el tren hasta Oruro, ciudad situada sobre una planicie estéril de las montañas, sin protección de ninguna clase. Allí hicimos arreglos para otro viaje de dos días en choche hasta Cochabamba. Partimos a la mañana siguiente. El tiempo estaba crudamente frío, y el viento soplaba huracanado. Apenas nos habíamos sentado en el coche cuando el conductor mestizo dio un grito salvaje, y las ocho mulas arrancaron en una carrera de las más desenfrenadas, mientras que aquél las golpeaba sin compasión todo el tiempo. Yo no podía soportar que castigase a aquellos pobres animales de tal modo, y me incliné hacia delante para preguntarle porqué lo hacía, cuando iban lo más ligero que podían, pero él no contestó. Como nos precipitábamos por la llanura y el conductor siguiera golpeando los animales, al ver yo que salía sangre de sus ijares, lo sacudí algo bruscamente, diciéndole que debía cesar de dar golpes a aquellas mulas. Pareció sorprenderse de que alguien tratase de impedirle que golpeará a los animales, pero al traducírle lo que yo decía, desistió un tanto.

Después de pocas horas, abandonamos el llano, y empezamos el descenso por la ladera, pasando a veces a lo largo de un borde angosto, y haciendo curvas alrededor de la montaña, y esto siempre tan ligero como lo permitía el galope de las mulas. Algunas veces las pesadas ruedas del coche pasaban sobre grandes piedras del camino: esto nos hacía saltar de nuestros asientos, y con frecuencia pegábamos con la cabeza en el techo de la diligencia. Todo era una novedad para mí y el mirarme arrancó al pastor Thomann muchas expresiones de risa mientras viajábamos. Inquirí si a la ciudad hacia la cual íbamos se le había puesto por nombre Cochabamba debido a los bomboleos del coche en el camino. Cada dos horas se cambiaban las mulas; el conductor tomaba un vaso grande de cerveza, y otra vez salíamos con una velocidad capaz de hacernos romper la cabeza, a lo largo de la montaña o siguiendo el lecho del río.

A la segunda noche llegamos a Chochabamba. Después de conseguir hospedaje, nos acostamos en seguida, pues estábamos muy cansados; pero para gran sorpresa mía, pasé una noche muy agitada. Por la mañana siguiente, encontré el porqué: descubrí que tenía la cara y las manos cubiertas de grandes rochas, y pregunté al criado indígena a qué se debían. Me indicó la pared de un lado de la pieza, y señaló el interior de las hondas grietas, haciéndome comprender que las grandes chinches rojas y aladas que veía allí eran las que habían perturbado mi sueño y causado las manchas que llevaba en la cara y en las manos. Eran unos insectos de apariencia horrible, algunos tan grandes como mi dedo pulgar; tenían un pico parecido a una espada, de más de medio centímetro de largo, que salía de la cabeza, y sus grandes cuerpos rojos estaban inchados de la sangre que me habían chupado. El indígena llamó “vinchucas”. Dijo que su picadura era venenosa, y que debía usar alguna medicina para lavarla. Así lo hice, y me sentí algo aliviado. En Cochabamba estuvimos bastante tiempo para que yo conociera a las personas entre quienes mi predesor había trabajado antes como misionero evangélico.

Lo que más me impresionó en aquel lugar fue el gran número de sacerdotes que caminaban por las calles, y el homenaje que la gente les tributaba, pues muchas personas se arrodillaban ante ellos y les besaban las manos, mientras pasaban por las calles.

Hay miles de indígenas quichuas en esta provincia, y en días de mercado, los martes y jueves, muchos vienen a la ciudad para vender sus mercaderías. Me habría gustado detenerme por más tiempo, y estidiar al pueblo, pero no pude hacerlo en aquella ocasión. Después de unos días, tratamos de conseguir asientos en el coche para volver a Oruro, pero fue imposible; todos habían sido tomados semanas antes. Lo mejor que pudimos

hacer fue viajar en el techo del carro de equipajes, entre bultos y baúles; pero como las mulas galopaban en un camino disparejo, tuvimos que hacer grandes esfuerzos a fin de evitar de ser echados afuera en el traqueteo. Quedamos completamente sucios y cubiertos de tierra y experimenté sincera alegría cuando pudimos decir adiós a este medio de locomoción.

En Oruro, el pastor Thomann me dejó continuar mi viaje solo hasta La Paz, pues se fue a su campo de labor en Chile. Me sentí muy solitario cuando nos separamos, pues él había sido un buen compañero y de gran ayuda para mi, a causa de su conocimiento del idioma del país.

Al volver a la Paz encontré que mi esposa y mi hija había tenido una grave enfermedad: el soroche, o mal de la montaña. Transcurrió cierto tiempo antes que mi esposa pudiera acostumbrarse a la altura y al riguroso clima de la montaña.



Ruinas de la Isla del Sol - Lago Titicaca



Ruinas de la Isla de la Luna - Lago Titicaca

CAPITULO III

Un Pueblo Primitivo



Mientras estudiábamos el idioma, visitábamos a las gentes y vendíamos Biblias y otros libros religiosos, pagando así muchos de los gastos de nuestra obra misionera. Teníamos mucho interés por los indígenas, y después de unos pocos meses, nos mudamos a un gran barrio indígena, llamado Challyapampa. Allí abrimos un dispensario gratis, y tratamos de

ayudar a los indígenas de todas maneras, pero los encontramos muy reacios. Algunas mujeres blancas se estacionaban delante de nuestra puerta de la calle, para prohibir a los indígenas que vinieran a nosotros. Nos proferían nombres ofensivos y decían que éramos gente mala. A causa de no saber bien el idioma, nos era difícil defendernos.

Resolví que mientras estudiaba la lengua, visitaría a los indígenas de las grandes regiones tropicales de Bolivia. Con este objeto compré un caballo de montar y dos bestias de carga; hice cuatro cajones fuertes, los cuales llené de Biblias, libros y periódicos, y una madrugada, a las dos, salí para visitar la región boscosa de Bolivia. Durante el primer día, viajé por las altas y estériles montañas, y a la noche llegué a Pongo, lugar que dista unas doce leguas de La Paz. Estaba muy cansado, por no tener la costumbre de andar a caballo.

Pongo es un nombre indígena que significa puerta. En este lugar había un tambo u hotel, donde los viajeros pueden pernoctar. Consistía este tambo en varias bajas construcciones de barro, techadas con paja y divididas en cuatro piezas, de unos tres metros de lado. En cada pieza había un banco de madera, al que el propietario llamaba cama, pero sin colchon ni ropa. El piso era de tierra; no había ventanas, y sólo una abertura para entrada. Había varios patios o corrales, de unos nueve metros por doce, rodeados por altas paredes, y en ellos se guardaban los caballos y las mulas.

Las comidas consistían en tres platos, en cada uno de los cuales había más pimienta que en el precedente, así que se necesitaba tomar mucho agua para quitar el fuego que el alimento parecía encender en el estómago. En su conjunto, las posadas de este país son poco atractivas, y yo llegué a preferir dormir al aire libre y llevar mi comida conmigo, siempre que me fuera posible, para evitar esos lugares tristes.

Al día siguiente salí muy temprano. A poco andar, la bajada se volvió tan brusca que mi caballo tuvo que resbalar por trechos de hasta un metro a la vez. El camino atravesaba una selva espesa, y los indígenas que encontraba se paraban para mirarme cuanto podían, sorprendidos seguramente de verme solo. Se me había dicho que era peligroso hacer un viaje de este modo, pero no tenía quien me acompañara.

Hacia al atardecer, el aire se volvió mucho más caliente, a medida que llegaba a una altitud menor. Empecé a buscar un lugar donde pernoctar, con la esperanza de acostarme temprano, pues estaba cansado de cabalgar y andar a pie alternativamente por caminos escabrosos.

A eso de las cinco y media de la tarde, llegué a una casa grande, donde pregunté si podía pasar la noche allí. El hombre con quien hablé dijo que no tenía ningún lugar para mí, pero que más adelante encontraría albergue.

Seguí andando durante varias horas, sin encontrar donde detenerme, y se me hacía ya muy difícil mantenerme en el camino en medio de la obscuridad. Ya había resuelto hacer alto para pasar la noche, cuando oí que alguien venía hacia mí, y llamé para preguntar dónde podría conseguir comida para mis animales y un sitio para dormir. Un indígena me contestó en su idioma: no comprendí lo que dijo, pero le seguí inmediatamente. Me guió hacia una abertura a través de la selva, fuera del camino, y en pocos momentos llegamos a un lugar donde, alrededor del fuego, se hallaban sentados algunos de su misma raza. Les hice comprender que necesitaba alimento para mis caballos y mulas, y me lo dieron. Entonces pedí para mí, ofreciéndoles dinero en pago, pero lo rechazaron, diciendo que casi no tenían comida para ellos.

Me senté cerca y tomando un pequeñuelo de unos dos años, comencé a acariciarlo y hablarle, dándole unas chucherías que llevaba. Esto pareció alegrar mucho a los indígenas y uno de ellos se levantó para traerme algo de comer. Después les dí unos folletos con figuras en las tapas que parecieron interesarles mucho. En cuanto a mí, no tardé en envolverme en mi frazada y dormirme profundamente.

A la mañana siguiente, desperté temprano. Los indígenas me ayudaron a cargar los cajones sobre las mulas, y continué mi viaje por un camino que era más escabroso que nunca. Cerca del medio día llegué a un lugar donde la senda, que corría a lo largo de un enorme abismo, era especialmente angosta y escarpada.

Por un lado había un precipicio de centenares de metros de profundidad, y al otro un muro de sólida roca. Mientras subía por esta senda escarpada, noté que más adelante, una gran piedra había sido desalojada por el agua, lo cual dejaba en el angosto sendero un peldaño perpendicular como de un metro.

Por un momento me sentí consternado, y pensé volver, pero no podía hacerlo a causa de la angostura del camino; así que tuve que seguir. Grité fuerte a la mula que iba adelante, y ésta salvó el obstáculo de un salto; también lo hizo mi caballo, pero el último animal que estaba muy cargado con los libros, no tuvo éxito y perdiendo el equilibrio, empezó a caer hacia atrás. Le dí un tirón desesperado a la soga que tenía atada a la cabezada, y pareció impulsado por manos invisibles, porque recobró el equilibrio y traspuso el terrible escalón.

Cuando en la próxima ciudad conté aquella experiencia a algunas personas, dijeron:

-Conocemos el lugar; la mano de la providencia estaba seguramente con usted.

Y yo sé que en efecto estaba conmigo.

A las tres de la tarde, llegué a una pequeña casa junto al camino, y le pedí a un indígena que estaba cerca que me vendiera algunas naranjas; le di cinco centavos, y enseguida se fue. Transcurió como media hora, y ya desesperaba de verle volver, cuando apareció con un gran saco de caza lleno de naranjas. Me había traído casi setenta kilos de dicha fruta por cinco centavos. Yo estaba asombrado. Tomé todo lo que podía llevar en mis bolsillos, y en las alforjas de mi montura, y le dije que se guardara el resto. No comprendí su generosidad hasta que hube bajado algo más de medio kilómetro por el camino. Allí las ramas de los naranjos colgaban sobre mi cabeza, cargadas de fruta que yo podría haber arrancado fácilmente mientras pasaba a caballo.

Llegué al pueblo de Coroico a la tardecita y decidí detenerme en él por unos días. Puse mi caballo y mulas a pastar, y al día siguiente salí a vender Biblias y periódicos. El primer hombre con quien me encontré fue el cura del pueblo y cuando le mostré nuestros libros, me preguntó qué iglesia representaba yo.

-A los adventistas del séptimo día!-le contesté.

-A los adventistas del séptimo día!- Repitió- ¿Qué significa eso?

Le respondí que “séptimo día” significa que observamos el séptimo día de la semana, o sábado, como día de reposo de la Biblia, el cual ha existido desde que el Señor creó la tierra, y que como adventistas, creemos en la segunda venida de Cristo.

-¡Oh!-dijo-¿es así? Bueno, esto no es tan diferente de lo que nosotros creemos. Aunque no guardamos el séptimo día, creemos en él lo mismo.

Y puso su nombre en mi lista. Entonces empecé a visitar a los habitantes del pueblo. Cuando les mostraba nuestros revistas y libros, sacudían la cabeza y decían que no los necesitaban. Entonces les mostraba la firma del sacerdote, les decía cómo él había recomendado la publicación, y casi todos compraban. Vendí en pocas horas más de cincuenta periódicos, y cierto número de Biblias y otros libros.



Mujer indígena Boliviana

Después de unos días, cuntué mi viaje hacia el interior de la región de Yungas. Mi próxima parada había de ser en Coripata, la aldea más distante en el interior. Los indígenas de esta región usan el cabello tranzado y caído sobre las espaldas. Son de complexión más esbelta que los indígenas de las altas mesetas, y tienen ojos oblicuos, caras delgadas y pómulos salientes. Usan pantalón corto que llega hasta la rodilla y sombreros muy pequeños. Parecen muy ignorantes; ninguno de ellos habla castellano, y tienen mucho apego al uso de bebidas alcohólicas. Observé que la mayoría de ellos estaba empleado en las plantaciones de los blancos, trabando tres días de la semana para el patrón, como llaman al propietario, por el privilegio de vivir en un pequeño espacio de tierra que pueden trabajar para si mismos durante el resto de la semana.

Después de haber andado como veinticinco kilómetros, encontré a un hombre de aspecto tosco montado en una mula. Cuando pasó a mi lado, dijo en castellano:

-Guárdese del fango.

Yo no conocía aún el significado de la palabra “fango”, pero por el tono serio del hombre, me imaginé acosado por un tigre o una serpiente boa. Le agradecí, descolgué la carabina que se me había prestado antes de partir, cuidé de que estuviese lista para usar, y seguí mi camino. Había andado como cuatrocientos metros, cuando caí, no sobre un tigre ni una boa, sino en un lugar donde había ocurrido un desmoronamiento que obstruía una parte del camino en casi toda su anchura. El estrecho sendero que quedaba era muy escarpado, y el barro añadía a ello el peligro de resbalar por la ladera de

la montaña. Ahora sí que sabía lo que significaba la palabra “fango”, y nunca lo he olvidado.

Bajándome del caballo, atravesé con mucho cuidado el lugar peligroso, de una extensión de unos diez metros. Pasé primero una mula, que lo hizo bastante bien, aunque a tropezones; luego el caballo, y por último la otra mula. En pocos minutos habíamos pasado en salvo. Después de sacarme el barro, continué mi viaje, llegando a Coripata esa misma tarde antes del anochecer, sin otros contratiempos. Pregunté a varias personas si había algún lugar para pernoctar, pero me contestaron muy hurañamente:

-No.

Traté de conseguir comida para mis animales, y como no lo obtuve, me dirigí a la plaza principal, dispuesto a pasar en ella la noche.

En aquel mismo momento, llegó corriendo un indígena con una carta por la cual el señor que la había escrito me invitaba a pasar la noche en su casa. Inmediatamente seguí al indígena, que me guió hasta un hermoso paraje cerca del pueblo. La familia fue muy hospitalaria; su jefe era senador de La Paz, y estaba allí pasando unos meses de veraneo. Pareció interesarse mucho cuando le expliqué nuestra misión en el país, y la obra que queríamos hacer favor del pueblo, especialmente de los indígenas.

Por la mañana mi huésped me ofreció un guía para que me condujera hasta el río. Después me alegré de haberlo aceptado, porque a poco de andar en el sendero se hizo muy incierto, y a medida que avanzábamos se volvía difícil de distinguir. Después de unas horas, llegamos a un río importante; mi guía me indicó el punto en que había de salir del agua al otro lado y me dejó. Crucé con dificultad, pues la corriente era rápida y el paso hondo en algunos sitios, y nuevamente encontré el camino apenas visible, a causa de la espesura de los arubustos. Temía perderme, pues la situación hubiera sido peligrosa en medio de esas espesas selvas. Oré a Dios para que me guardara en el buen camino, y dejé a una de las mulas que fuera adelante. Más de una vez, aquel día, cuando la mula tomaba un camino, sentía yo la seguridad de que se equivocaba y trataba de detenerla y hacerla volver, pero, por no poder alcanzarla, me veía obligado a seguirla. En varias ocasiones pude ver gamos entre la maleza, pues todo lo que me rodeaba era completamente salvaje.

Entrada la tarde, llegué, para gran alegría mía, a un claro donde había una aldea. Hice arreglos para quedarme con el encargado del almacén de mercaderías generales del lugar. Su hijo hablaba inglés, pues había vivido cinco años en Estados Unidos. Fueron amables.

Al día siguiente salí para vender libros y revistas, y mi éxito fue tal que quedaron muy pocos de los que había traído conmigo. Sin embargo, esa misma tarde la gente empezó a venir y reclamar su dinero, diciendo que el

sacerdote opinaba que los libros eran malos. Yo les pregunté qué era lo que había de malo en ellos, y rehusé devolverles el dinero, diciéndoles que más tarde se alegrarían de haber comprado esos libros. Aunque algunos se conformaron y se fueron, llegaron otros, y pronto se formaron grupos que, estacionados en la calle, me amenazaban. Al fin resolví que lo mejor sería abandonar el lugar lo más pronto posible, y así pagué a mi huésped antes de acostarme y le dije que iba a salir tempranísimo por la mañana siguiente. Salí antes de las tres, y ya había en la plaza gente que hablaba con mucha excitación. Sin prestarles atención, emprendí mi viaje, y al llegar a los suburbios, oí que me llamaban. Tenía la seguridad de que me seguían, así que no volté, sino que continué a paso regular. El llamado se repitió, y cada vez con más fuerza, hasta que me dí vuelta. Un hombre me alcanzó corriendo, para avisarme de que me había equivocado de camino para ir a La Paz. Me sentí aliviado, y agradeciéndole muy cordialmente, tomé el que me indicaba, el cual era el bueno. Esa noche me detuve en un lugar llamado Yauacacha, uno de los más hermosos que he visto en todo mi viaje por la región de Yungas. Me impresionó mucho la posibilidad de trabajar allí para los indíenas, que parecían más inteligentes que los que yo había visto en otras partes, y juzgué que sería un paso muy acertado abrir una escuela industrial entre ellos. Vendí los libros y revistas que me quedaban, y al día siguiente, proseguí mi viaje de regreso a La Paz, donde llegué a los pocos días.

Había adelantado considerablemente en mis conocimientos del idioma castellano, y hasta podía hablar unas pocas palabras en el de los indígenas. Esto me dio más ánimo para trabajar, y renové mis esfuerzos en la obra a favor de la gente, y especialmente de los indígenas que vivían en nuestro alrededor. Visitábamos todas las casas y ofrecíamos ayuda donde había enfermos.

Junto a nuestra casa teníamos cerca de media hectárea de terreno, sembrado de cebada para nuestras cabalgaduras. Crecía muy bien, pero la dificultad estaba en regarla, porque tan pronto como hacíamos llegar el agua, los indígenas la apartaban de su curso, hasta que al fin desistimos de proveernos de riego.

Más o menos en aquel entonces, cierto cacique que vivía en el vecindario, nos hizo llamar para que le diésemos tratamientos, pues estaba enfermo con mucha fiebre. Lo cuidé día tras día durante varias semanas, y tuve la satisfacción de verle restablecerse. A los pocos días, ví que había desviado el agua en nuestra dirección, y como venía en abundancia, casi nos inundaba, así que tuve que pedir a los indígenas que la volvieran a su curso.

Mi esposa dedicaba gran parte de su tiempo a las mujeres y niños indígenas; pero cuidaba también a los enfermos en las casas de las mejores familias de Bolivia y Perú, por lo cual tenía que ir de los tugurios de los indígenas hasta los palacios de los ricos, en los que ganaba amigos pudientes, que con su influencia, nos habían de favorecer más tarde en la obra en pro de los indígenas.

Nuestra hija Frenita, la cual tenía entonces dieciséis años, con su temperamento alegre y animoso, hizo mucho para que desapareciera el prejuicio de los indígenas. Visitaba sus hogares, y se tomaba especial interés en los niños, a quienes a menudo traía a la casa; les regalaba golosinas, y así ganaba su amistad y buena voluntad. Muchas veces decía a las madres: “¿No sería este un lindo chico si estuviera limpio?” Y lo bañaba para probar que era vierto. Ella era algo curiosa para que los indígenas, con su cabeza rubia y sus ojos azules. Hasa nuestro hijito Wallace tuvo su parte en la obra. Aprendió el idioma indígena, y nos servía como intérprete.

CAPITULO IV

Una Escursión Minera y Misionera

Después de una estada de un año en Bolivia, me visitó cierto compatriota pudiente para pedirme que emprendiera por cuenta de él una expedición minera al interior del país. Yo objeté que no entendía nada de minas, y que era misionero.

-Bueno-dijo,-ésa es la razón por la cual quiero que usted vaya, pues confío que podía hacer lo que quisiera. Consentí en ir, e inmediatamente me entregó varios centenares de dólares para hacer los preparativos de la expedición, recomendándome que me proveyera de una buena cantidad de alimentos, pues que el camino era largo, y que me proporcionara todas las comodidades posibles durante el viaje. Seguí su consejo, y compré una buena provisión de comestibles en lata; así que en este viaje comimos

conservas de Nueva York en los bosques de Bolivia. Me acompañaba el propietario de la mina que mi amigo pensaba comprar.

En cada parada, podía yo asistir a algún enfermo. Al atardecer el primer viernes, empecé a buscar un lugar para pasar el sábado, pero viajamos kilómetro tras kilómetro sin encontrar alguno que fuese adecuado. No se presentaba a nuestra vista sino lugares salvajes de la montaña.

A eso de las cuatro y media de la tarde, pasamos delante de una choza de indígenas en medio de los bosques, junto a un río. Quise detenerme, pero el dueño de la mina me pidió con insistencia que no lo hiciera, porque, según dijo, los indígenas eran muy salvajes y corríamos el peligro de ser muertos. Agregó que en aquel sitio no había alimentos para nosotros, ni para las bestias, así que continuamos nuestro viaje.

No habíamos ido muy lejos cuando nos encontramos con comerciantes que venían hacia nosotros. Les pregunté si encontraría más adelante un lugar donde hacer alto, y respondieron: “No, los indígenas son muy salvajes y no les darán pasto para los animales, ni permitirán que ustedes se queden con ellos. Tendrán que continuar el viaje durante unas doce horas”.

-Ya se lo decía yo-agregó el dueño de la mina.

-Bueno-repliqué- yo me vuelvo a aquella choza que dejamos atrás.

-De nada le servirá- protestó.

Pero insistí, y así volvimos. Al llegar pregunté a una indígena que estaba en la puerta si podríamos parar allí y si nos venderían alimento para nuestras mulas.

-Pueden quedar-nos dijo,-y nosotros les daremos lo que necesiten para sus mulas.

Mientras descargábamos nuestras mercancías, la mujer nos preparó comida, y procuró de todas maneras que estuviésemos cómodos. El dueño de la mina estaba muy sorprendido, porque siempre había oído decir que los indígenas de aquella región eran salvajes.

-El Señor ha provisto un lugar para nosotros -le dije.

El sábado por la mañana, mi compañero propuso que reanudáramos la marcha.

-Mi amigo-le repliqué,-usted olvida lo que le dije ayer, que yo descansaría el sábado.

-Bueno-dijo,-entonces seguiré solo.

-Muy bien-le contesté,-pero le aconsejo que se quede conmigo y goce de la bendición del sábado.

-Bueno, lo haré-respondió.

Hablé a la dueña de la casa en cuanto el sábado, y le pregunté si permitía que nos quedásemos hasta el domingo por la mañana.

-Sí, ciertamente-me dijo.

A las diez de aquella mañana volvió su esposo, y tanto él como ella, trataron de hacernos sentir que estábamos como en nuestra casa. En unas pocas horas se habían reunido otros indígenas. Les hablé de Dios, de lo que él requiere de nosotros, de la pronta venida de nuestro Señor Jesucristo, y entre ellos hallé olores gustosos. A veces veía correr lágrimas por sus mejillas curtidas por el tiempo. Mientras el sol empezaba a ocultarse detrás de las montañas, celebramos una reunión de las más hermosas, en la cual los indígenas se sintieron libres para formular preguntas. Hasta el dueño de la mina estaba profundamente afectado, y exclamaba a cada momento: “¡Qué indígenas! ¡Nunca habría creído esto de ellos!”

El domingo por la mañana, muy temprano, continuamos nuestro viaje. Los indígenas nos rogaron que aceptáramos algunas frutas, y cuando estábamos por partir, aquel que nos había hospedado, vino a mí con su mujer y su hijo, y dijo: “Hermano, hemos oído el dulce mensaje que ha llenado nuestro corazón de satisfacción. Estamos contentos de saber que Jesús va a venir pronto, y desde ahora vamos a guardar los mandamientos de Dios y el Sábado.” Me suplicaron del modo más conmovedor que les visitara pronto y les enseñara la Biblia. Entonces partimos.

Estas gentes habían aceptado el mensaje de Dios con gozo y sin vacilación.

Pocos días después llegamos al pueblo de Suri, donde se hallaba la mina, a cinco días de La Paz. Suri es una pequeña aldea, situada en la cumbre de altas montañas, a la entrada de un fértil valle, en una región densamente poblada. Pronto supieron los habitantes que yo sabía cuidar a los enfermos, y empezaron a traerlos. Cierta mujer vino con un niño de un punto que estaba más de treinta kilómetros. Estuve muy ocupado día tras día por un tiempo, en impartir asistencia a estos pobres paganos. Determiné orar con todos ellos, y mientras que trataba a los enfermos, les hablaba de la amorosa bondad de Dios y del Señor Jesucristo.

Estaba tan atareado que casi me olvidé de buscar las maletas por las cuales había venido. Permanecí allí cinco días, siendo el último el de más ocupación. Para aquel entonces los que habían recibido tratamientos durante los primeros días estaban en vías de sanar. Entonces visité la mina, conseguí muestras de mineral en diferentes lugares, levanté planos de las localidades, saqué fotografías de la región, las coloqué en el mapa que había hecho, y después de unos días más, estuve listo para volver a La Paz.

Cuando me disponía a montar en mi cabalgadura, ya pronto para partir, encontré que toda la aldea había salido para decirme adiós. Uno de los hombres principales dijo: “Hemos gozado de su visita. Usted nos ha hecho bien; es diferente de los otros mineros que conocimos anteriormente. Si viene aquí con su familia, le construiremos una casa. Queremos aceptar su religión. Es mucho mejor que la que nosotros hemos tenido. Guardaremos el sábado; hasta ahora no hemos observado ningún día.” Un anciano me dijo que si volvía, me daría una mina de oro.

Parece que el Señor prepara la gente para su mensaje, porque cuando les hablamos de la inminente venida del Salvador y de la importancia de estar preparados, casi no encontramos ninguno que no sienta que esto es verdad, y que no quiera dejar a un lado lo malo de su vida a fin de prepararse para encontrarse con aquel Salvador.

Todos los habitantes del pueblo habían traído frutas y me pidieron que las llevara conmigo, pero como era imposible, tomé las mejores, y les agradecí mucho sus bondades, diciéndoles que esperaba volver algún día para enseñarles más.

Regresamos a La Paz por distinto camino del de la ida, pero a los pocos días, sentía haberlo hecho, porque iba por una parte muy escabrosa del país. En muchos sitios era escarpado y peligroso. Teníamos que atravesar torrentes caudalosos que descendían de la montaña, y en algunos casos nos fue difícil impedir que la corriente arrastrara nuestras mulas.

Al segundo día de viaje, llegamos a un punto donde parecía terminar el camino, y no encontrábamos otro para seguir el viaje, pues por todas partes nos rodeaban precipicios. Sólo un lugar parecía transitable, y llevaba a un torrente impetuoso que corría entre dos rocas enormes. No podíamos distinguir lo que había más adelante, pero como fracasáramos en nuestro intento de buscar otra salida, decidimos cruzar el torrente. La rápida corriente hizo que nuestras mulas perdieran pie y nos viésemos arrastrados por el agua entre las rocas. Después de unos momentos que me parecieron horas, llegamos a una abertura al otro lado de la garganta. Allí el lecho del río hacía una vuelta tan brusca que fuimos echados violentamente sobre la orilla.

Proseguimos nuestro viaje tan ligero como era posible, en dirección a La Paz, andando desde temprano hasta entrada la noche. Nuestra senda corría principalmente por escarpadas laderas de la montaña. Una madrugada, cuando todavía no se había disipado la obscuridad, seguíamos como a tientas el camino que escalaba la montaña, cuando noté que mi mula había abandonado el estrecho sendero en zigzag. Al llegar a un lugar donde debía doblar, había seguido en línea recta, y después de salir del camino, había

alcanzado la orilla del precipicio, de modo que cuando yo me fijé en ello, estábamos en un sitio tan escarpado que me asustaba el peligro que corría si intentaba hacer volver la mula. Con cuidado la hice parar, y me bajé. Con mucha dificultad pude conservar el equilibrio, y desesperaba por salvar la mula, cuando, mientras discurría acerca de cómo le quitaría la montura y la brida, ella se dio vuelta, y, tranquila y mansamente, volvió al camino. La seguí inmediatamente, agradecido por nuestro maravilloso escape, y así continuamos nuestro viaje.

Cuando estábamos a un día de camino de La Paz, me sentí muy enfermo. Aquella noche, cuando paramos en cierta casa, casi no me sentía capaz de pararme. Tuve escalofríos violentos y fiebre durante toda la noche, pero a la mañana siguiente, temprano, me levanté, aunque con dificultad, me puse otra vez en la silla y continué el viaje lo más rápidamente posible.

Al llegar a La Paz, entregué los mapas y las muestras al señor que me había encargado de la investigación de la mina, y después de ello estuve en cama, con paludismo, durante tres semanas.

CAPITULO V

Exigencias de los Comienzos Misioneros

Los llamados que nos dirigía la gente casi sobrepasaban el número a que podíamos responder, así que nos alegramos cuando supimos que venían en nuestra ayuda, de la Argentina, el Sr. Ignacio Kalbermatter y su esposa.

Tan pronto como llegaron, empezamos a celebrar reuniones para los indígenas en las calles, con la ayuda de un intérprete. Uno de los resultados fue la conversión de una mujer de buena familia de La Paz, que entendía el idioma de los indígenas.

Pocos meses después de la llegada de estos compañeros de trabajo, vino el Sr. Otón Schultz, quien nos alivió de la obra de vender libros. Nos

causó mucho agradecimiento esta ayuda, pues nuestro trabajo se había hecho muy pesado. Continuamos la obra del dispensario para los indígenas, trabajo que estaba a cargo de mi esposa.

Mientras trabajábamos de este modo, mi esposa enfermó de fiebre tifoidea y su caso resultó muy grave. Durante semanas estuvo delirando. Dos médicos amigos míos, que la visitaban todos los días, me dijeron francamente que en su caso, para sanar, se requería algo que sobrepasaba toda ayuda humana. Pero nuestra confianza estaba puesta en Aquel que no conoce derrota, y finalmente, para admiración de nuestros amigos, mi esposa empezó a mejorar.

Como es difícil recuperar las fuerzas en estas grandes altitudes después de una enfermedad grave, decidí llevarla a la región de la yungas, que está a menor altura. Por lo tanto, cuando se sintió capaz de hacer el viaje a caballo, emprendimos la marcha, con nuestro hijo. Pero calculamos mal la resistencia de ella, y al segundo día me ví obligado a bajarla varias veces del caballo para que pudiese descansar. Para empeorar las cosas, cayó una fuerte lluvia que continuó casi todo el día. Como no nos habíamos preparado para tal contratiempo, nuestras ropas se mojaron en seguida. Continuamos andando a pesar de ello, esperando llegar pronto a nuestro destino. A esta altura del viaje, mi esposa sintió tanto cansancio y dolores que no pudo contener el llanto. Aquella tarde llegamos a la finca donde pensábamos pasar unas semanas. Después de la primera semana, mi esposa ya se sentía bastante fuerte como para dar un paseíto entre los naranjos.

El cuarto día por la tarde, recibí un telegrama de La Paz que pedía con urgencia mi regreso, a causa de la enfermedad del Sr. Schultz. Había contraído la fiebre tifoidea y tenía hemorragias. Se decidió que yo iría enseguida a cuidarle.

Salí temprano por la mañana siguiente, dejando a mi esposa, mi hijo y nuestro muchacho indígena en la finca. Viajé todo el día y casi toda la noche, apurando mi mula, y llegué temprano a La Paz. Encontré al Sr. Schultz muy enfermo. Tenía convulsiones y necesitaba una atención esmerada; pero después de tres semanas, tuvimos la satisfacción de verle mejorar. Entonces salí a encontrar a mi esposa que regresaba de la región de las Yungas.

En este tiempo recibí una carta del pastor A. N. Allen, de Lima, Perú, en la cual me pedía que fuese a reunirme con él, al otro lado del lago Titicaca, para visitar juntos a los indígenas. Le mané decir que lo haría en la fecha designada. Cuando llegué a Puno, Perú, lugar de la cita, supe que ya se había ido al interior. Me dejó dicho, sin embargo, dónde podía encontrarlo, y para ello conseguí un caballo, y salí temprano. Después de viajar como

veinticinco kilómetros, ví a algunos indígenas a caballo, que venían a mi encuentro. Se me acercaron más bien tímidamente y me preguntaron si yo era el misionero que venía a visitarlos. Cuando les dije que sí, agregaron que venían a recibirme para acompañarme hasta el lugar donde vivían. Al llegar a La Platería encontré al pastor Allen y un gran concurso de indígenas.

El cacique de ellos, llamado Camacho, había estado allí durante tres o cuatro meses tratando de interesar a su pueblo en las cosas más elevadas de la vida. Era un hombre muy inteligente, y de los pocos indígenas que sabía leer. Habían llegado a su poder algunas de las publicaciones en castellano que el pastor Toman había distribuido en aquella región, y por ellas se había interesado en el evangelio.

Tan pronto como leyó nuestra literatura, empezó a enseñar a su pueblo lo que había aprendido. De este modo despertó un interés activo entre los indígenas del vecindario inmediato. Después de pocos meses, como aquel interés fuera en aumento, solicitó de nuestra oficina en Lima, el envío de un maestro. Esto fue lo que indujo al pastor Allen a visitarlos y a invitarme para que le acompañara.

Desde hacía mucho tiempo yo sentía especial interés en los indígenas, y había llegado el momento en que debía dedicarles todo mi tiempo. Pedí a la Junta de la Unión Sudamericana que me eximiera de mi trabajo en Bolivia, para poder vivir entre los indígenas de este lado del lago. El pedido fue atendido después de un tiempo, y desde entonces mi familia y yo nos hemos dedicado por completo a ellos.

CAPITULO VI

Una Raza Oprimida



Encontramos a los indígenas en una condición verdaderamente deplorable. Vivían en la más abyecta miseria e ignorancia; desconocían hasta las reglas más sencillas de higiene; y eran adictos a las más horribles borracheras y al uso de la coca (hoja de cierto arbusto que cascan y de la cual se extrae la cocaína).

Sus pequeñas chozas de barro estaban sucias en extremo y llenas de bichos asquerosos. En un lado de la pieza había generalmente un fogón hecho de piedras, y cuando los indígenas cocinaban sus alimentos sobre estas piedras, la pequeña pieza se llenaba de humo, lo que provocaba enfermedades de la vista. No conocían el uso de cuchillos, tenedores o cucharas, comían sus alimentos con los dedos sin lavar.

Nunca se bañaban, ni lavaban sus vestidos. Había niños que los llevaban cosidos sobre sí, pues a nadie se le ocurría que se hubiesen de mudar, a no ser en el caso de que se les cayeran de viejos, o de mugre.

Los indígenas eran maltratados y engañados en todas formas por los blancos que los consideraban menos valiosos que las bestias. Los primeros en maltratarlos eran los grandes terratenientes que desde muchos años les venían robando sistemáticamente sus terrenos. Estas tierras fueron tomadas originalmente por los conquistadores, quienes después contrataron a muchos indígenas para el trabajo de las minas, pagándoles con dichos terrenos. En aquellos tiempos se creía que tenían poco valor, pero resultó lo contrario, debido a los excelentes pastos que crecían en ellos, y se prestaban maravillosamente a la cría de alpacas, vicuñas y llamas, animales oriundos de las altas mesetas.

Cualquier indígena bastante fuerte y afortunado para soportar el duro trabajo de las minas durante dos o tres años, recibía un título que le hacía su propietario de una gran extensión de terreno. Pero ya estos papeles o se han perdido o se han vuelto ilegibles a causa de su vejez; por lo tanto como en

los pleitos contra los poderosos terratenientes, o hacendados, los indígenas no pueden probar su derecho de propiedad por títulos escritos, la mayor parte de las mejores tierras les ha sido quitada.

El sistema de usurpadores era tan eficaz como sencillo. Comúnmente quitaban los mojones de las tierras de los indígenas por fuerza, y al mismo tiempo alegaban tener derecho a ellas, y mandaban golpear, por medio de sus criados, a aquellos que objetaban algo. Por último, cuando en su desesperación, el indígena acudía a un abogado del pueblo para que defendiera a su causa, se entablaba un pleito contra el rico propietario; el abogado prometía presentar fielmente los documentos necesarios ante el tribunal, y conseguir en cambio la tierra. Se preparaban los documentos, por cada uno de los cuales se exigían de dos a ocho pesos, y el indígena, a fin de conseguir dinero para pagar y seguir el pleito, se veía obligado a vender su ganado.

Durante meses, volvía a ir desde su pequeña choza hasta el lejano pueblo, para averiguar cómo marchaba el pleito. De costumbre, el abogado le animaba diciéndole **que no había perdido la causa, aunque** tampoco estaba ganada. Al fin, se le comunicaba que había ganado, que la tierra era suya, y se le pedía ocho o diez pesos para redactar los documentos finales. El indígena feliz por haber recuperado la tierra, se volvía a su casa, sólo para encontrar que se había entablado otro juicio contra él. Regresaba al abogado, quien le decía:

-Sí, tal y tal hombre han emprendido ahora un pleito contra usted, y pretenden tener derecho a su tierra; tenemos que extender otros documentos para pleitear contra él, pero ganaremos, sin embargo.

Aunque repetidas veces los indígenas hayan ganado los pleitos contra los hacendados, surgen otros contra ellos inmediatamente. De este modo, tenía que seguir el indígena hasta que hubiese gastado en su defensa todo el dinero que obtuviese de la venta de su ganado y cuanto le perteneciera. Cuando se había cansado y desanimado, el hacendado le decía que podía conservar la tierra en que estaba, a condición de cuidarle unos pocos animales. No teniendo otro recurso, consentía y tomaba a su cuidado el ganado; su mujer y sus hijos también trabajaban ciertos días para el patrón, ayudándole a plantar y recoger las cosechas. Después de un año o algo así, el propietario trasladaba al indígena y a su familia a un lejano lugar de su propiedad; y desde ese momento quedaban absorbidos por aquel, pues tenía mucho cuidado de que estuvieran siempre endeudados, lo que les impedía abandonar la finca. Como no sabían llevar cuentas, nunca podían librarse de las deudas, y por lo tanto, estaban siempre virtualmente en esclavitud. Había muchos miles de indígenas en esta condición.

En *El Comercio*, diario publicado en Lima, apareció el 27 de noviembre de 1913, el siguiente editorial sobre el asunto:

ULTRAJES SUFRIDOS POR LOS INDIGENAS

“Ayer por la tarde se presentaron en esta redacción veintidós nativos de las provincias de Lampa y Azángaro, presentados por el sargento mayor Teodomiro Gutiérrez. Estos indígenas venían para presentar una queja; con los colores más sombríos y grasas llenas de emoción, pintaron un cuadro angustioso de los innumerables abusos, torturas y robos que están sufriendo.

“Lejos de formular un cargo vago, lo cual haría también vaga su protesta, traen grabados en la memoria los nombres, fechas y lugares donde se perpetraron esos abusos contra ellos.

“El primero en hablar fue un fornido joven, llamado Avelino Zumi de Lampa, Relata una historia de horror y saqueo. A él, como a casi todos sus compañeros, le fueron quitados terrenos, pequeños, es cierto, pero sobre los cuales se basaban todas sus esperanzas para ganarse la vida. El vicioso sistema de las ventas fingidas, despreciados e ignorantes, no pueden protestar dentro de los límites de sus provincias ni obtener justicia contra tales ultrajes. Así que han de hacer inmensos sacrificios, y emprender largos y penosos viajes a Lima, como el que hicieron los veintidós indígenas de este grupo, a fin de encontrar quienes oigan sus quejas y remienden el mal que en aquellas partes alejadas de la capital se ha desarrollado en un constante y odioso sistema de opresión.

“Es cierto que las tales quejas no son nuevas. Es un hondo y uniforme clamor el que sube de muchos miles y desdichados privados de sus derechos, y forzados a soportar todas las formas de la esclavitud- un clamor que se eleva y quiere ser oído en el camino de la rectitud, para que la razón hable a la conciencia, antes de recurrir a la insurrección y manchar con sangre los campos que heredaron y que les fueron quitados, para mayor agravio suyo, pues la infamia se disfraza bajo un legajo de documentos legales cuyo significado no pueden entender.

“En presencia de tales extorsiones, uno se pregunta naturalmente: ¿Por qué no entablan demanda judicial?

“Pero el hecho es que no hay nadie a quien puedan apelar; y lo repetimos, están obligados a venir a Lima y recurrir directa y personalmente al presidente de la República, como éstos lo hacen ahora y otros lo hicieron, a fin de obtener* alivio de los males que los aquejan.

* Este libro apareció primero en inglés, y luego naturalmente los conceptos del diario aquí citado, fueron vertidos a dicho idioma. En la preparación de la presente edición, se tropezó con la imposibilidad de obtener los originales castellanos de diferentes artículos transcriptos en el curso de la obra, y se hubo de recurrir a la simple traducción del

“El poder preponderante que tienen los hacendados en cada provincia, y sus defensas naturales cuando se les amenaza, el patrocinio con que manejan todos los pequeños intereses de los pueblitos, en sí mismo tan cruel como absurdo, ha logrado generalmente proporcionarles las garantías necesarias para que gocen de la impunidad que desean.

“Avelino Zumi nos dice: ‘No tenemos nadie a quien quejarnos; jueces, subprefectos, y todos están a favor de los hacendados. Todas las protestas, pues, resultan, vanas antes la inactividad de las autoridades, ante la inercia de los jueces; y cuando el clamor se vuelve más fuerte que de costumbre, entonces llega el escarnio de la represión, las penalidades, malos tratos, la reja de la cárcel, y nuevos ultrajes para aterrorizar el humilde espíritu de los indígenas’.

“Zumi prosigue diciéndonos que ninguna autoridad de la provincia de Lampa, ni de la de Azángaro, ni los funcionarios del departamento de Puno, han podido acabar con los excesos.

“Luego continúa relatándonos otro ultraje: A principios de mayo pasado, varios grupos de nativos se dirigieron al prefecto de Puno, y este representante de la autoridad los envió al subprefecto de Lampa; pero al llegar a este lugar, aunque indefensos, fueron atacados por los hacendados y sus secuaces, con tercerolas y revólveres, y en aquel ataque brutal, con todas sus odiosas características de perfidia y salvajismo, cinco indígenas fueron muertos y otros tantos, heridos. Pero esto no bastaba. Uno de los heridos fue tomado por los asaltantes y llevado al pueblo de Taraco, provincia de Huancané, donde fue rematado. Hasta ahora no se ha podido descubrir dónde fue sepultado el cuerpo.

“En otro lugar y siempre protegidos los hacendados por aquella misma impunidad de la cual hemos hablado, declararon no hace mucho, que los indígenas habían principiado una insurrección, aunque ésta no existía sino en la mente de los que forjaron la maligna acusación. Entonces las autoridades se despertaron, y echaron en la cárcel de Samán a cuarenta y siete indígenas, y a noventa y siete de los demás distritos.

“Tampoco es esto todo. Estos presos fueron tratados en un rigor imposible de explicar; no se les permitía ni siquiera recibir los alimentos que les traían los vecinos de sus pueblos. Muchos murieron, otros están enfermos, y naturalmente, no se les atiende.

“Hay una historia aun más cruel: En octubre pasado, en el pueblo de Acalla, Azángaro, se atacó la casa del indígena Andrés Apaza; él fue herido,

inglés, lo cual explicará las pequeñas diferencias de redacción que tal vez ocurran, tanto en esta cita como en las demás, y que podrían notar las personas que hayan leído dichos artículos al tiempo de su publicación en los periódicos respectivos

y una de sus hijitas, de doce años de edad, fue primero asaltada y luego maniatada. Al huir los asaltantes, prendieron fuego a la casa, y la hija menor, Inocencia Apaza, fue hecha pasto de las llamas.

“El seguir la narración no es sino relatar más horrores. No es concebible mayor falta de humanidad, ni mayores crímenes ni mayor abandono. Los nativos de aquellas partes viven, por así decirlo, a la merced de la voracidad de aquellos hombres que se posesionan brutalmente de sus propiedades por la violencia, y de sus vidas por el terror.

“Los veintidós indígenas que vinieron ayer, de los cuales hablamos, acusan por los ultrajes relatados y por otros más, a las siguientes personas: (Siguen a continuación los nombres de algunas de las principales personas de los arriba mencionados lugares).

“Por su parte, el sargento mayor Teodomiro Gutiérrez, que acaba de regresar de una comisión de investigación en los departamentos del sur acerca de estos mismos ultrajes que los indígenas han sufrido, comisión para la cual fue nombrado por el gobierno, nos afirma la veracidad de los hechos que los indígenas han venido a denunciarnos, y declara que mayores crímenes que éstos cometen los hacendados y las autoridades mismas.

“Seguramente que el gobierno, ante el cual estos indígenas de Azángaro y Lampa se presentarán hoy o mañana, pondrá urgente remedio a una situación tan penosa, otorgando a los demandantes las garantías que piden y ordenando al mismo tiempo la restitución de las tierras y otras posesiones arrebatadas, y el castigo de los culpables”.

Cuando estos indígenas van por los pueblos, en camino al mercado, a fin de vender sus escasos productos, la gente del pueblo les pega y ultraja de todas maneras.

Si alguno de los habitantes del pueblo necesita un mensajero para ir a un lugar distante, o tiene trabajo que hacer, detiene a un indígena en la calle, le quita todo lo que lleva y lo guarda hasta que haya hecho el trabajo o llevado el mensaje. Otras veces, si esa persona necesita llevar sus productos a alguna ciudad para venderlos, y no tiene bastantes animales para transportarlos, manda a sus criados entre los indígenas, y aquellos obligan a éstos a prestar burros y llamas. Después de usarlos, algunas veces durante una o dos semanas, los trae de vuelta al vecindario y los suelta, los indígenas tienen que conseguirlos del mejor modo posible.

A veces los indígenas se desesperan y se sublevan para resistir a estos saqueos, pero se da aviso a las autoridades de que los indígenas se han rebelado y se envía una compañía de soldados armados al hacendado para que los persiga como si fuesen fieras y los mate a sangre fría.

Los que son directamente responsables de esta terrible condición son los sacerdotes, que han tenido en sus manos la suerte de los indígenas desde las conquistas españolas. Simulando ser sus amigos y consejeros, los han traicionado todo el tiempo. Se han opuesto siempre a cualquier medida que tienda a elevarlos, y siempre los han mantenido en la ignorancia y superstición. Han estimulado la embriaguez, haciendo del uso del alcohol un complemento y parte de sus fiestas religiosas, que se celebran con intervalos de dos meses en cada distrito. Para anunciarlas envían mensajeros que invitan a los indígenas a asistir. Para lograrlo hacen creer a los indígenas que estas fiestas se dan en honor de Cristo, y usan todo medio de persuadirlos y aun obligarlos a asistir a ellas, y aquellos que no se muestran dispuestos a ir, se ven muchas veces amenazados con multas y encarcelamiento.

En el día designado, se reúnen miles de indígenas en el pueblo. Se colocan grandes vasijas con alcohol para vender en sitios conspicuos. Además se venden vestidos y disfraces de los más horribles, que representan animales unos y otros al diablo. Después de pocas horas, los hombres y las mujeres están completamente ebrios. Hasta los niños beben. Se organiza una procesión; una gran imagen de Cristo o de uno de los santos se saca de la iglesia, colocándose sobre una plataforma llevada por cuatro hombres. Otras imágenes más pequeñas se dan a otros miembros de la muchedumbre, y los curas encabezan la procesión, marchando solemnemente alrededor de la iglesia, al son de la música indígena. En muchos casos los indígenas que llevan estas imágenes están tan ebrios que casi no pueden caminar. Después de cómo media hora de marcha, el cura, seguido del populacho, entra en la iglesia; se colocan las imágenes en frente, y mientras que todos están postrados ante ellas, se dice la misa. Una vez que han entregado sus ofrendas, los indígenas vuelven a tomar parte en la orgía.

Cuando se embriagan, se ponen muy salvajes y pendencieros. Muchos resultan heridos y otros muertos. Se oyen terribles maldiciones. En caso de que sean las mujeres quienes se embriagan, sucede a menudo que, mientras bailan, caen sobre sus niños de pecho, a los que llevan en sus chales a la espalda, y les causan graves heridas, y a veces la muerte.

Es un espectáculo espantoso: centenares, y a veces miles de personas ebrias que bailan o pelean, con el cabello en la cara. Algunos están cubiertos de sangre. Los que están demasiado ebrios para buscar refugio para la noche, la pasan en las frías llanuras, y muchos de ellos mueren por esa exposición a la intemperie. Algunos encuentran la muerte en las corridas de toros, que se verifican al fin de la fiesta. Para estas corridas, se cercan las calles que dan a la plaza principal del pueblo, y dentro de este cercado, se llevan los toros, previamente atormentados hasta ponerlos furiosos. Se persuade a algunos de

estos indios ebrios a entrar en el recinto para hacerse ver. Y al querer torear a los animales con sus ponchos y pegarles, salen heridos a cornadas o son hollados bajo las patas de los animales y hasta muertos por ellos. Durante este tiempo, puede verse también a los sacerdotes mezclados con el pueblo y restregándose las manos con evidente satisfacción.



Estas fiestas duran viarios días. Después de gastar todo su dinero, los indígenas vuelven a sus chozas, algunos de ellos en la condición más lastimera: con los vestidos rotos y sucios y con caras salvajes y hoscas. Otros ni vuelven. Sus esposas los lamentan, sus niñitos lloran amargamente al padre muerto, y en algunos casos pierden también a la madre en la fiesta. Muchas niñas indígenas quedan arruinadas e infectadas con horribles enfermedades por los disolutos del pueblo. ¡Y todo esto se hace en el nombre de Jesús!

Es a causa de estas fiestas que la embriaguez se ha hecho común entre los indígenas. En efecto, el hecho de beber alcohol es considerado por ellos como una virtud. Los curas los estimulaban a mascar hojas de coca, costumbre que descompone sus facciones, corrompe su aliento, desgasta sus nervios, entorpece sus facultades mentales y les quita todo vestigio de inteligencia. Estos malos hábitos han degradado en extremo a los indígenas, minando su organizando, fuerte por naturaleza, y acarreando la miseria. El sarampión, la fiebre tifoidea, la disentería y muchas otras enfermedades imperan entre ellos.

Cristo ha sido tan mal representado por los sacerdotes que los indígenas le consideran como un extraño, un ser místico, que no puede ser movido a piedad, que ama solamente a los sacerdotes, los cuales son intermediarios para cualquier favor que reciban de él, lo que explica la abyecta obediencia que les rinden y de la cual los sacerdotes se han valido para enriquecerse y satisfacer sus concupiscencias.

CAPITULO VII

Una Transformación

Esta era la condición cuando nos instalamos entre los indígenas de La Platería. El cacique Camacho compartió con nosotros su casa, para que

viviéramos en ella, y fue ése el punto inicial de la misión. Como se propaga el fuego, así se esparció la noticia de la llegada del misionero para ayudarles y cuidarlos en sus enfermedades.

Los indígenas no saben cómo tratar a sus enfermos y tienen sólo ideas supersticiosas respecto a ello. En caso de fracturas o torceduras, matan víboras, las abren y las atan alrededor de la parte lesionada. Sobre una herida o raspadura, colocan vendas de hojas o bien un pedazo de hígado de oveja. Esto excluye al aire y causa infección.

En caso de pulmonía algunos matan un gato negro, lo abren, y estando todavía caliente, lo atan sobre el pecho. En caso de locura-felizmente son raros- golpean al paciente por todo el cuerpo con una planta espinosa que les produce una terrible sensación de quemadura.

Centenares venían a vernos para que les diéramos tratamientos. Estábamos muy ocupados desde temprano por la mañana hasta entrada la noche. Algunos venían traídos en frazadas, y para internar a los más graves, acomodamos una pequeña pieza. Muchos se hallaban en una condición lamentable, cubiertos de sabandijas e inmundicia, en costras, debajo de las cuales podía verse la pus. Socorriamos personalmente en todo lo que podíamos, pero venían en tal número que nos vimos obligados a solicitar ayuda de los indígenas mismos. Una de las primeras cosas que les enseñamos fue el aseo personal. Organizamos varias clases de lavado con quince o treinta personas en cada una, proveyéndolas de vasijas, toallas y jabón. Inspiraba compasión y algunas veces divertía verlos lavarse una parte de la cara hasta que les decíamos que pasaran a otra parte del cuerpo, por temor a que se rasparan la piel. Pero en poco tiempo aprendieron; les entusiasmaba y les gustaba estar limpios. Algunas veces recibían visitas de otros pueblos, que se burlaban diciéndonos:

-¿No les decíamos que estos indígenas eran peores que las bestias, y que ignoraban hasta la manera de lavarse?

Contestábamos a estos críticos preguntándoles en qué condiciones estaríamos ellos y nosotros, sin la enseñanza recibida de nuestras buenas madres u otras personas.

Mientras dábamos tratamientos a los indígenas, orábamos con ellos y les hablábamos de Jesús y del plan de salvación, y casi inevitablemente exclamaban:

-¡Oh, no sabíamos eso antes! No sabíamos que Jesús nos amaba, ni que no era bueno beber alcohol o usar coca.

En una de nuestras primeras reuniones celebradas para los indígenas un joven de estatura gigantesca, arruinado por el uso de la coca y del

alcohol, pasó por en frente de la multitud y tomándome del brazo, me preguntó con fervor mientras me miraba seriamente la cara:

¿Quiere usted decir que Jesús me ama a mí?

-Sí, hijo mío, así es- le contesté yo.

¡Oh- dijo,-dígamelo otra vez; ¿realmente usted quiere decir que Jesús me ama?

Corrían lágrimas por sus curtidas mejillas; le parecía demasiado difícil comprender, después de la vida que había llevado. Dios nos bendijo de un modo maravilloso desde el principio. Las personas traídas en frazadas, después de unos pocos días de tratamiento, estaban en condiciones para volver caminando, completamente restablecidas.

Durante los servicios, muchos de los indígenas se sacaban las hojas de coca de la boca, y las tiraban. Pronto se notó una marcada diferencia en los habitantes del vecindario-eran limpios y casi no se embriagaban mas.

Los indígenas de regiones más distantes empezaron a llamarnos para que los visitáramos. En ese tiempo no teníamos animales de montar, pero los indígenas nos proveían de ellos. En una de esas ocasiones, el cacique Camacho me prestó su caballo, mientras yo cuidaba a un enfermo, me lo robaron del corral. Mandé a algunos indígenas amigos en diferentes direcciones para que lo buscaran, y yo tomé el camino principal. Después de andar como un kilómetro y medio, y al mirar hacia atrás, ví venir hacia mi un hombre montado en el caballo que me habían prestado.

Traté de aparentar indiferencia, caminando a paso lento hacia el hombre para tomar de las riendas al caballo, cuando se acercara lo bastante para ello. De repente, cuando mediaban entre nosotros unos quince metros, dio vuelta el jinete, espoleó con fuerza al caballo, que galopó ligerísimo en dirección a las montañas al otro lado del pueblo.

A mi regreso, pensaba yo en el caso del hacha prestada que se perdió, según lo citado en II Reyes 6:5-7, y sentía que si Dios se interesaba por un hacha, también lo haría por un caballo prestado.

Cuando llegué a la casa del pueblo donde me alojaba, le conté a mi huésped lo del robo.

-Su caballo está aquí-me dijo.-Hace un momento vino un niño a traerlo, diciendo que un hombre le había pedido que lo entregara en esta casa.

Cuando llegábamos a lugares lejanos, a donde se nos había llamado, encontrábamos centenares de personas reunidas, con sus enfermos, para que los tratáramos. Distritos enteros estaban atacados de viruela y fiebre tifoidea.

Al mismo tiempo que dábamos tratamientos, llevábamos a cabo una campaña educacional, enseñándoles cómo cuidar de la salud. Además vacunamos a muchos, deteniendo así el avance de la viruela. En algunos distritos, los manantiales eran la causa principal de las epidemias de tifoidea, siendo costumbre de muchos de los del pueblo sumergir en las fuentes sus vasijas y jarros sucios, que contaminaban el agua. En uno de los primeros lugares donde encontramos tifoidea, inspeccionamos el manantial, que estaba cubierto de espuma sucia, y después de quitar ésta, sacamos trescientos sesenta y cuatro sapos que vivían allí dentro. Limpiamos el manantial, empedrado de nuevo su fondo y colocando un cañito de hierro galvanizado por medio del cual se podía sacar el agua, sin necesidad de sumergir los baldes. Durante años no hubo un solo caso de fiebre tifoidea en aquel distrito.

También enseñamos a los indígenas a cuidar a sus enfermos, eliminar las sabandijas que infestaban sus casas y dar tratamientos sencillos, como fomentos y compresas, en casos de fiebre, y se comprobó que la limpieza y abundancia del agua pura para beber y los tratamientos más sencillos obraban maravillas.

Muchas veces no seguían en todo punto nuestras instrucciones en cuento a beber agua pura y usar las sencillas compresas fomentos, porque les era difícil creer que el agua clara fuese eficaz. Así que les dejábamos una materia colorante inofensiva para poner en el agua, y después de esto seguían las indicaciones fielmente y aplicaban las compresas.

Los casos más terribles eran los de viruela, y generalmente era la viruela negra la que los atacaba. Por lo común nos llamaban demasiado tarde, pero les aplicábamos compresas refrescantes y les facilitábamos la respiración limpiándoles la garganta de la materia mucosa sanguinolenta, y el pus que se había juntado, por medio de nuestro intérprete les explicábamos la amorosa bondad de Jesús y el plan de salvación, y orábamos con ellos y por ellos. Aquellas caras que reflejaban el dolor y temor a la muerte, se tornaban apacibles y a veces asomaba a sus labios una sonrisa de felicidad, a medida que por la fe se aferraban al poder salvador de Jesús. Yo creo que muchos de estos pobres indígenas se salvaron en sus últimos momentos, porque Dios tuvo en cuenta que no había tenido otra oportunidad.

Cierta vez me trajeron un muchacho de unos doce años de edad que había perdido la vista por causa de la viruela, que había tenido unos años antes; la enfermedad le había comido los globos oculares. El muchacho lloraba amargamente y exclamaba de un modo lastimero:

-Chamaccowa-queriendo decir que todo parecía oscuro para él.

Yo lo tomé en mis brazos y aproximando mi cara a la suya, le expliqué que Jesús sabía lo que le pasaba, y que no se afligiera así, que Dios le restauraría la vista en el cielo, para que pudiera ver cosas que sobrepasan en hermosura a las de esta tierra. El pequeño dejó de llorar e hizo muchas preguntas que demostraban inteligencia. Me fui después, dejándole feliz en su fe recién hallada.

Lo siguiente de un corresponsal de *La Unión*, de Puno, publicado el 10 de marzo de 1913, expone la opinión que algunos de la vecindad de La Platería tenían acerca de nuestra misión establecida allí.

“LOS INDIGENAS Y LOS PROTESTANTES”

“Julio, enero 20 de 1913.

“Sr. Director:

“Los protestantes que viven entre los aimaraes de estas regiones no se meten en la política; se preocupan de hacer hombres buenos, civilizándolos.

“No están pensando en cómo pueden combatir al gobierno o apoderarse de él; su misión es más santa, más noble y mejor.

“El periódico publicado acá explica mejor que lo que podríamos hacerlo nosotros los hechos observados durante una visita que hicieron sus redactores entre los indígenas.

“Remitimos el recorte en cuestión, como corresponsales de su semanario. Dice:

“Como tuviéramos gran deseo de encontrar medios de mejorar la condición indígena, quisimos informarnos mejor de los resultados obtenidos por los que emplean los protestantes; y con éste propósito, fuimos a La Platería, punto bien poblado de apariencia agradable, situado en una colina al lado del camino de Acora a Puno. A ambos lados del camino hay dos edificios de techo de hierro galvanizado, los cuales, por sus dimensiones, simetría en la disposición de puertas y ventanas, en una palabra, por su estructura, demuestran a las claras que quienes hicieron los planos eran algo más que indígenas, y algo más que dueños de villas campestres. Nos presentamos a uno de estos edificios, y salió a recibirnos una mujer indígena de unos treinta y cinco años a cuarenta años, con una criatura en los brazos. Preguntamos por los hermanos yanquis, y ella nos dijo que estaban ausentes. Nos invitó a pasar a una pieza en la cual ella y su esposo vivían. Dentro de la pieza había cuadros bíblicos y libros de lectura, arreglados sobre una mesita, juntamente con una pizarra, lápiz y recado de escribir, cosas raras en la casa de un indígena.

“Con la mayor naturalidad, franqueza y amistad-cosas que casi nunca se encuentran en los de su raza-la mujer nos habló de los progresos hechos,

mostrándonos retratos de los hermanos que, en número siempre creciente, se habían bautizado, y del número de casamientos celebrados entre ellos. En resumen, fue un diálogo, que sostuvimos en aimará, y que transcribiremos en estas columnas exactamente como sea posible.

“-¿Y en qué difieren ustedes de los demás indígenas de los pueblos si siguen las mismas costumbres que ellos?-preguntamos.

“-En mucho-contestó ella- Nosotros no bebemos nunca alcohol ni chicha, ni mascamos hojas de coca, cosas tan dañinas para el cuerpo y el alma que basta con ver estos grabados para convencerse- a lo cual nos mostró algunas terribles figuras en las que se representaban en colores los estragos del alcohol sobre el organismo humano, en la familia y la sociedad. Y ella nos explicó lo referente a la cocaína, el veneno que se extrae de las hojas de la coca.

“-Entonces, en las fiestas de la gente, en los días de regocijo, y ante todo, en los casamientos y funerales, ¿cómo se las arreglan con los que asisten y no son hermanos?

“-Muy sencillamente, de dos maneras-respondió ella.- En primer lugar no tenemos fiestas en honor de los santos, ni vigiliass ni devociones, en que se bebe tanto y se cometen tantos crímenes, y pecados; y en segundo lugar, porque nos separamos completamente de los demás aldeanos, y en los casamientos, y sobre todo en los funerales, en los que se bebe tanto que hasta llegan a profanar los cadáveres y a cometer indecencias sobre la tumba, bebemos solamente un te hecho de salvia o manzanilla, y servimos pan a los que vienen.

“Y así siguió contándonos ella cómo, después de purificarse el alma, debe seguir la limpieza del cuerpo, en cumplimiento de lo cual ellos se lavan diariamente, y dos veces por semana lavan sus ropas. En verdad, tanto ella como su hijito, estaban en tal estado de aseo que no se podía ver mancha alguna en sus ropas. A continuación, nos habló de la escuela del hermano Camacho, donde ella había aprendido a leer y donde asistían y aprendían hasta personas ancianas. Su conversación era tal que causaba placer oírla hablar.

“En esto llegó un hermano indígena, el cual nos causó agradable sorpresa por la limpieza de su ropa, la blancura de sus dientes, que descubría en una perfecta sonrisa, sin que en su boca se descubriese rastro de aquellos matices verdes que hacen tan repugnante la boca de todo aquel que mastica coca.

“Con él tuvimos una conversación similar acerca de los mismos temas.

“Nuestro recién llegado cantó entusiastamente varios himnos con voz muy aceptable. Estábamos por salir, pero el indígena nos ofreció alojamiento, que no aceptamos porque teníamos prisa; y entonces nos habló así de la caridad:

“-En este mundo, nada es nuestro. Nadie puede decir con absoluta certeza: esto o aquello es mío; no, porque todas las cosas terrestres fueron hechas por Dios para sus hijos, los humanos, quienes son iguales naturalmente, aun cuando el color de su piel sea diferente. Por lo tanto, ofrecemos nuestro pan al viajero, y compartimos con él nuestra leche. Con este propósito vamos a edificar una posada en la cual alojaremos a los viajeros, como tenemos ahora un hospital y medicinas para todos.

“-Nos dicen que ustedes no obedecen a las autoridades-dijimos,-y que odian a los hacendados.

“-Es falso-respondió.-Jesús dijo: “A César lo que es de César, pero a Dios lo que es de Dios”. Así que acatamos a las autoridades, porque son reconocidas por el Maestro, para orden y bien de la comunidad. No odiamos a los hacendados, ni codiciamos su propiedad como otros, porque por nuestro trabajo conseguimos todo lo que necesitamos; y como Dios no se olvida de dar alimento diario a las aves del campo, tampoco nos olvidará a nosotros que somos sus hijos.

“Sería muy largo relatar todo aquello acerca de lo cual conversamos con ellos, y baste por el momento dar a conocer que tal es la transformación del indígena, que admiramos la consagración y energía que los misioneros de La Platería han sabido emplear tan liberalmente para convertir al indígena de un salvaje sucio, borracho, falso y perezoso en un ser dotado de la debida inteligencia, temperante y trabajador y de tan buenos sentimientos que no podemos menos de enviar al Sr. Stahl, director de la misión, nuestras felicitaciones más sinceras, y ofrecerle la modesta ayuda de nuestro periódico a favor de la gran obra que se ha propuesto, y cuyos resultados beneficiosos hemos podido notar personalmente, lamentando tan sólo no tener la oportunidad de verle y saludarle para obtener mayores detalles y apreciar más completamente los usos asignados a los grandes edificios que construyeron los misioneros para beneficio de nuestra oprimida raza aborígen, la cual más tarde será otra, si apóstoles como éstos continúan la gran obra principiada con la fe de aquellos que no dudan de nada cuando ponen al servicio de la impotente humanidad sus vidas y energías”.-*De “Integridad”*.

CAPITULO VIII

A Guisa de Estímulo

Cierto día en que mi esposa y yo estábamos ocupados en cuidar a los muchos enfermos que venían a nuestra pequeña choza, a eso de las diez de la mañana, se apareció un mensajero para pedirnos que fuésemos a dar asistencia médica a la hija de un cacique que vivía arriba, en las montañas. A causa de varios casos graves que tuvimos que atender aquel día, no pude salir hasta las siete de la tarde. Cuando mi guía y yo llegamos a la cumbre de la montaña, era tan oscuro que no podía yo ver ni siquiera mi mano delante de la cara. Noté que en vez de llevar la delantera, como lo había hecho hasta entonces, mi guía se quedaba atrás. Le pregunté porqué lo hacía y me contestó que había perdido el camino. Exhalando una oración para que Dios nos guiara, tomé la dirección que me parecía ser la que el mensajero del cacique nos había indicado. Mientras apresuraba mi caballo para que avanzara por el abrupto camino, repentinamente la vívida luz de un relámpago iluminó la escena, permitiéndome ver los cascos de mi caballo estaban a unos quince centímetros del borde de un precipicio. Un instante más, y me hubiera estrellado contra las rocas, a centenares de metros más abajo. Rápidamente hice retroceder mi caballo, y me apeé agradeciendo a Dios por haberme librado. Este fue el único relámpago que vimos aquella noche, y creo que Dios permitió que su luz brillara sobre mi camino para guiar mis pisadas.

Proseguimos cautelosamente, bajando al otro lado de la montaña, y el ladrido de los perros nos advirtió pronto la proximidad de las chozas de algunos indígenas. En ellas vivía el cacique. Pasamos la noche en la casita de él y volvimos a la estación misionera por la mañana siguiente.

Tuvimos que hacer bastantes operaciones de cirugía menor y la confianza que los indígenas nos demostraban era realmente maravillosa. Ellos nos creían capaces de hacer casi todas las cosas y nos creían capaces de hacer casi todas las cosas y más de uno se presentó diciéndonos que le dolía el pecho, y pidiéndonos que le cortáramos los pulmones y el corazón. Otros nos pedían remedio para la memoria, a medicina para hacerles bien.

Los indígenas soportan cualquier dolor si es les trata con bondad. Muchas veces, lejos, en las montañas, terminada nuestra provisión de anestésico, teníamos que hacer operaciones pequeñas sin él.

Vino una vez de una región distante, un cacique, a quien se le había arrancado el dedo mayor, enredado en una soga atada a un buen que se había asustado. Había tratado de curarlo atando sobre él un pedazo de hígado de oveja. Cuando llegó, pasado un mes de ocurrido el accidente, tenía la mano bastante infectada a causa del hígado putrefacto. No había anestésico, y yo le expliqué al hombre lo que habría de hacerse a fin de salvar su mano y tal vez

su vida. Le dije, mientras le rodeaba con mi brazo, que le iba a doler, aunque traíamos de que fuese lo menos posible, y cuando terminé, me extendió su mano enferma diciendo:

-Padre, puedes ir adelante y hacer lo que creas mejor.

Entonces, quitando de sobre su cabeza un gorro de lana, de los que usan los indígenas de aquella región, se lo metió en la boca todo lo que pudo. Le pregunté a mi intérprete qué se disponía a hacer el hombre.

-¡Oh!-me dijo,- se está llenando la boca para no gritar y para tener algo que morder.

La saqué el dedo en la última coyuntura, cortando la carne infectada, apliqué los antisépticos, y le vendré la parte del dedo que quedaba, todo sin que el hombre se resistiera en lo más mínimo.

Centenares de indígenas acuden a nosotros con dolor de muela. Nunca habíamos tomado cursos de odontología y no sabíamos ni siquiera cómo sacar una muela. Pero encargamos algunos instrumentos, y tan pronto como llegaron, empezamos a usarlos.

Los indígenas son grandes misioneros. Mientras viajan, siempre hablan del evangelio a otros; y no pasa un sábado sin que alguno traiga extraños al culto. A veces un indígena trae de la mano a otros dos, medio guiándolos y medio arrastrándolos, hasta el frente de la capilla y dice:

-Pastor, aquí hay dos nuevos hermanos.

Nosotros nos adelantamos hacia estos nuevos conversos, que generalmente son muy tímidos, les damos un apretón de manos, y les hacemos sentir que están en su casa. Y esto nos ha ayudado materialmente en el adelantamiento de la obra.

Pronto la asistencia en los sábados alcanzó a un término medio de seiscientas personas y luego de ser muchas de ellas bautizadas, tuvimos el privilegio de organizar una iglesia. Nuestras reuniones del sábado las celebramos al aire libre, pues no teníamos en aquel tiempo edificio alguno apropiado para capilla.

En nuestra obra para los indígenas, no les hemos inculcado la idea de que, para ser cristiano, es necesario poner cara larga y abstenerse de gozar placeres legítimos. Destinamos un día cada dos o tres meses para sociabilidad y diversión, durante el cual se reúnen, trayendo sus meriendas y disfrutando de ellas.

Hemos introducido diferentes juegos atléticos que les interesan mucho. El football, aunque no lo juegan “de acuerdo con las reglas de Hoyle,” ha resultado ser una gran diversión para ellos. Tenemos columpios para los niños, carreras a pie y pruebas de fuerza para los hombres.

Una vez, a fin de hacer una “cinchada”, pedí una soga larga y fuerte, y los indígenas me trajeron una de cuero grueso. Les expliqué el juego, trazando una raya a través del patio, y coloqué veinte jóvenes en cada extremo de la cuerda. Ellos tiraban con fuerza, y los espectadores se entusiasmaron tanto que, olvidándose de sí mismos, se pusieron del lado de sus amigos hasta que de cada parte había como cien: madres, hijas, novias tomaban parte mientras todos reían y tiraban entusiasmados; en esto la soga se rompió, y nunca ví entrevero mas grande.

Los indígenas son amantes de la música, y después de haber estado con ellos cerca de un año, los jóvenes nos pidieron que mandásemos a Estados Unidos un pedido de instrumentos de banda para ellos. Accedimos, y pronto tuvimos una gran banda equipada con cornetas, clarinetes, bajos y címbalos.

Hemos visto que los indígenas son un pueblo inteligente a pesar de la creencia general de que son estúpidos. Su estupidez llegaba hasta el extremo que alcanzaban sus vicios. Tan pronto como abandonaron estos vicios y eran curados de sus enfermedades, se convertirían en un pueblo tan capaz como cualquier otro del mundo.

Tienen buenas facultades para razonar. Un caso ilustrará este hecho. Mientras se celebraba una de nuestras reuniones del sábado, un sacerdote llegó a caballo, se apeó y tomó asiento entre la gente. Mientras escuchaba se puso muy nervioso. La lección trataba de la verdadera observancia del sábado y explicaba el cuarto mandamiento. Después de prestar atención durante unos momentos, repentinamente se levantó y dijo con voz fuerte en el lenguaje de los indígenas:

-Esto es todo falso. El séptimo día, sábado es una institución antigua, y se ha terminado con ella hace tiempo. No sirve más para nosotros. Es demasiado vieja.

Mientras hizo una pausa para tomar aliento, uno de los indígenas del auditorio se levantó y dijo:

-Señor cura, ¿Usted dice que el sábado es demasiado viejo y no nos sirve más?

-Sí, lo he dicho-respondió el cura.

-Ahora bien, señor cura- prosiguió el indígena,-el sol, la luna y las estrellas son antiguos; pero Dios los hizo y todavía nos sirven. ¿Porqué no habría de servir el sábado para nosotros a pesar de su antigüedad? Dios lo hizo ¿no es así?

El cura se levantó, sin contestar ni una palabra más, montó inmediatamente su caballo, se fue y nunca más se volvió a ver en aquel distrito.

En su esfera natural, los indígenas aventajan a los blancos. Son capaces de seguir los rastros de un ladrón a través de las montañas escarpadas, y si descubren una pisada impresa claramente en el polvo, pueden determinar con facilidad a quién pertenecía el pie que la hizo. Determinan la hora por el sol y conocen perfectamente las condiciones del tiempo. En una ocasión en que nosotros salíamos con nuestro bote para visitar a algunos de los indígenas de la pequeña península que se interna en el lago Titicaca, un indígena anciano que estaba cerca nos aconsejó que no fuéramos, alegando que a las pocas horas el lago estaría muy embravecido. No comprendíamos porqué lo decía, puesto que no había indicio alguno de tormenta próxima y al preguntarle cómo lo sabía, nos dijo:

-¿No ven ustedes la forma de aquellas nubes?

Nos explicó en su modo sencillo, pero no le creímos y partimos. A las pocas horas estábamos arrepentidos de nuestra decisión, porque las olas eran tan altas que nuestro bote zozobró y casi nos ahogamos.

Los indígenas son generosos y de corazón noble. Durante un viaje que hice por las montañas para visitar a algunos enfermos, la noche me sorprendió antes de poder volver a la estación misionera. Pedí permiso a algunos indígenas para pasar la noche en una de sus chozas. Me dieron un lugar para dormir, y como tan pronto como me acostara, empecé a toser, la mujer de la casa me trajo una gran frazada y me cubrió generosamente; a pesar de esto, continué tosiendo, y a los pocos momentos me puso otra frazada encima. Volví a toser, y añadió una tercera. Como las frazadas estaban hechas de lana de llama, pesaban mucho-de cuatro a cinco kilos cada una. Pero no podía contener la tos, y la mujer me traía una nueva frazada cada vez que tosía, así que al fin, llegué a tener nueve frazadas encima.

Otra vez, habiendo salido a los llanos con mis dos guías indígenas, esperaba poder volver a casa de unos amigos antes de la noche, pero ésta nos sorprendió, y como era muy oscura, tuvimos que parar. No nos habíamos preparado para pernoctar afuera, pero extendimos en el suelo las pocas jergas de las monturas que teníamos y me acosté con un guía a cada lado. Ellos me explicaron que debía hacerlo así a fin de que pudiesen ellos protegerme del frío. Después de casi media hora, oí cuchicheos entre los dos, y pensaba qué podían decirse; evidentemente creían que yo estaba dormido. Entonces se sacaron la ropa exterior, y me cubrieron con ella. Estaban contentos y felices de sufrir el frío toda la noche, para hacerme aquella atención.

Los indígenas tienen también una moral superior en cuanto a los negocios. Durante un tiempo después de mi llegada tenía que comprarles

ciertas provisiones para mi caballo, tales como cebada en pie. Muchas veces cuando sugería yo un precio por el producto, el propietario decía:

-No, hermano, eso es mucho: págume tanto –y me decía una cantidad mucho menor que la ofrecida.

CAPITULO IX

Un “Cristianismo” que no es Cristiano

Después de una estada de tres o cuatro meses en esta región, los sacerdotes católicos romanos empezaron una persecución furiosa y sistemática contra nosotros y los indígenas. Estos curas anunciaban sus fiestas y enviaban mensajeros para exigir la presencia del pueblo, como lo habían hecho hasta entonces, pero como los indígenas habían abandonado el uso de alcohol, renunciaron a asistir a dichas fiestas. Donde antes solía reunirse miles de personas, pronto no hubo ni cien. Aunque no todos los indígenas aceptaran en seguida el evangelio, se resistían a que los curas los engañasen.

Estos iban personalmente de casa en casa, tratando de persuadir a la gente a que asistiera a las fiestas y cuando no querían ir, los amenazaban y hasta golpeaban a muchos.

En aquel tiempo no había libertad religiosa en el Perú, ni siquiera tolerancia para otra religión que la del Estado. A nosotros se nos consideraba como infractores de la ley; se nos insultaba en todas partes; nos tiraban piedras, y cuando pasábamos por algún pueblo, a menudo encontrábamos las calles atestadas de gente, la cual golpeaba nuestros caballos con garrotes y amenazaba con matarnos.

Nuestros hermanos indígenas fueron golpeados en algunos casos hasta quedar sin conocimiento. Cierta vez, un cura, junto con otros tres hombres, fueron a la casa de uno de los indígenas que no quería asistir a las fiestas y le amenazaron con matarle a fin de arrancarle la promesa de que iría a la próxima fiesta, pero este hombre, llamado Juan Huanta, rehusó prometer, diciendo que no bebía más alcohol. Los curas empezaron entonces a darle puntapiés y le asestaron varios golpes en el pecho con un gran garrote hasta dejarle por muerto, tendido en el suelo. La única respuesta del indígena era:

-Ustedes pueden matar mi cuerpo, pero no el alma.

Y no prometió. Durante meses estuvo entre la vida y la muerte. Yo lo asistí y estoy contento de poder decir que mejoró. Es uno entre centenares de tales casos.

Muchas veces los indígenas son maltratados por los dueños de las tabernas y sus secuaces. En cierta ocasión, mientras unos de nuestros maestros indígenas atravesaba un pueblo, fue llevado por fuerza a una taberna, por tres hombres que trataron de obligarle a beber una copa de licor, Mientras que dos de los hombres les sujetaban, el tercero le puso la copa en los labios. Pero el indígena consiguió libertar una mano, y con ella, al defenderse, tiró la copa a la cara del hombre. En vez de enojarse, éste dijo a los demás que le soltaran, y elogió su resistencia.

Otro de los indígenas que había dejado de usar alcohol, trabajaba para uno de los hacendados vecinos de la estación misionera. Una tarde, tres hombres le agarraron, le derribaron al suelo, le abrieron la boca con un palo y le echaron adentro el alcohol que contenía una botella. El hombre se intoxicó y estuvo enfermo a consecuencia del mal trato recibido.

Otra vez, mientras atravesaba yo un pueblo importante, la gente me gritaba por las calles en su idioma indígena, del cual yo entendía un poco entonces. Supe que me saludaban e inclinaban la cabeza de un lado a otro contestándoles: “Whomar-es-ca-ma-ki”, respuesta usual a un saludo que significa igualmente.

Mi hijito, que me acompañaba, y entendía el idioma, pues pronto lo supo hablar, me preguntó cuando llegamos al otro extremo del pueblo:

-Papá, ¿sabes lo que te gritaban?

-No, hijo mío-contesté.

-Pero, si te gritaban “Diablo”, y toda clase de cosas malas. Decían que tú tenías cuernos, y tú les dijiste: “Igualmente”.

Cuando volví a ese pueblo, nadie me molestó. Recordé el texto del quinto capítulo de San Mateo donde dice:”Conciliate con tu adversario presto”.

Cada día nos llegaban mensajes de que nos iban a matar. En ese tiempo compramos a uno de los indígenas una fracción de terreno para construir algunos edificios necesarios para la misión-un pequeño hospital, un edificio para la escuela y una casa para habitar. Tan pronto como empezamos a edificar, el cura se puso en campaña para impedir la obra. Se pregonó que cualquiera que trabajara en estos edificios sería arrestado y que si no desistíamos, se nos mataría. Pero continuamos trabajando. No puedo decir que estas amenazas que llegaban diariamente no tuviesen efecto en nosotros. Muchas veces sentía aprensión, especialmente los días de fiesta, en que grandes turbas rodeaban el lugar donde edificábamos, maldiciendo y tirando piedras a los nuestros. Al principio, éstos querían vengarse, pero les hicimos comprender que aquellas pobres almas no sabían lo que hacían. Les explicamos que debíamos recordar lo que sufrió nuestro amado Salvador por causa nuestra, y que lo mejor era trabajar tranquilamente, y en caso de que les tirasen piedras debían tratar de resguardarse lo mejor posible. Y una prueba de que el evangelio producía su efecto en el corazón de aquellos hombres antes pendencieros, fue que ellos siguieron puntualmente nuestras indicaciones.

Algún tiempo después el obispo de Puno, eclesiástico llamado Ampuero, con una compañía de doscientos hombres, todos a caballo, vinieron a la estación misionera. No estábamos en casa ni mi esposa ni yo,

pues habíamos ido a comprar provisiones. El obispo le quitó las llaves a nuestro encargado, se apoderó de algunas cosas y rompió otras.

El tropel trató de obligar a los indígenas de la misión a que se arrodillasen delante del obispo y le besasen la mano. Ellos rehusaron hacerlo, por lo cual el obispo se enfureció y dio orden de atarlos con fuertes lonjas de cuero y apresarlos. Seis de nuestros hermanos indígenas fueron atados codo con codo y llevados sin sombrero ni saco hasta Puno, distante a siete leguas. En el camino el populacho los golpeó, y trató de pasar por encima de ellos con los caballos; en Puno fueron puestos en la cárcel.

Tan pronto como tuvimos conocimiento del hecho, nos dirigimos hacia Puno, llevando alimentos para nuestros hermanos. Allí pedimos ayuda para con los indígenas a las personas más respetables de la ciudad. El obispo acusaba a los indígenas de haberle asaltado con garrotes. Nosotros visitamos a los jueces y otros funcionarios del tribunal, explicándoles que la acusación del obispo era falsa y que estos indígenas ni siquiera bebían más alcohol.

Como el último día del juicio se acercaba y el juez tenía que dar su fallo definitivo, fui a verle y después de explicarle la obra que había sido hecha en beneficio de los indígenas, le dije que algún día él sería llamado ante el gran tribunal de Dios y tendría que dar cuenta del juicio de esta pobre gente maltratada. Pareció impresionarse, y me dijo cuando nos separamos que iba a proceder con justicia en cuanto a los presos, y así lo hizo, pues esa tarde fueron puestos en libertad.

La Unión, de Puno, informó de este caso de los indígenas, y lo comentó así en su número 10 de mayo 1913:

“EL ENCARCELAMIENTO DE LOS PROTESTANTES”

“Al saber que los protestantes indígenas de La Platería habían sido traídos de Chuchito a la comisaría de esta ciudad, fuimos a entrevistarnos con el subprefecto del Cercado para obtener datos acerca de su prisión.

“El subprefecto nos informó de que estos indígenas no habían reconocido el hecho de que el ilustrísimo obispo era un prelado, y que no habían acatado tampoco las autoridades políticas.

Al preguntar nosotros si había algún acto definido que revelase tal desacato, él replicó que hablásemos con su señoría el prefecto, cosa que declaramos no querer hacer, por varias razones. Entonces nos dijo que él había pedido un informe de su ilustrísima el obispo, y que cuando él se fue a Chuchito con la autoridad pública, encontró que estos indígenas ya habían sido prendidos.

“Más tarde fuimos a la policía para entrevistarnos con los pobres indígenas, y de ellos obtuvimos la siguiente versión de los hechos:

“-Yo-dijo Camacho,-había llevado un frasco de sales como remedio para uno de nuestros hermanos enfermos, cuando su ilustrísima el obispo llegó a mi casa con doscientos hombres de a pie y montados. Hallaron tan solo a mi hijo de once años de edad, quien les dijo que yo había salido.

“En seguida se llevaron preso al niño, pero, primero, entraron en la casa del Sr. Stahl, juntando allí más presos, a los cuales preguntaron porqué razón no querían observar más las fiestas religiosas, etc.

“Tan pronto como Camacho tuvo noticias de la invasión del distrito, se apresuró a solicitar una entrevista con el ilustrísimo obispo, quien rehusó contestar o saludarle. Tomado preso inmediatamente, se le llevó con los demás a la cárcel de Chuchito, donde no les permitieron comer nada, para hacerlos venir luego acá.

“Esperamos obtener los hechos oficiales, que tal vez arrojen más luz sobre este suceso extraordinario.

“En este momento mismo se nos informa de que los indígenas arrestados han sido trasladados a la cárcel pública.

“¿HABRA JUSTICIA?”

“¡Los indígenas detenidos están todavía en la cárcel!

“¡Qué suceso inaudito!

“Una prueba de que las autoridades acá son un peligro y nunca una protección es hecho de que los indígenas protestantes, víctimas de la persecución religiosa, están todavía encarcelados, encerrados por la desmedida acción de autoridades sin conciencia.

“Si los poderes judiciales no se manifiestan justos e inflexibles esta vez otorgando garantías a algunos indígenas que son apóstoles de la regeneración de su raza, tendremos que volvernos nihilistas, es decir, proclamar la abolición de toda autoridad.

“Pero afortunadamente tenemos acá hombres que están dispuestos a defender nuestras libertades con el santo látigo de las palabras fuertes, y capaces de fustigar a los déspotas que asignan a la autoridad pública el papel de armadura.

“No estamos solos. La honorable prensa, que es el exponente de la cultura que hemos alcanzado en el Perú, sabrá cumplir con su misión frente a tan enormes abusos contra el derecho, libertad y cultura de nuestro país.

“Jueces, si sabéis juzgar, probadlo administrando en esta ocasión presta, pronta e imparcial justicia, para que no caiga sobre vosotros y los vuestros la maldición de las víctimas y de sus hijos.

“¿Sois padres de familia? También lo son ellos.

“No se trata ahora del encarcelamiento arbitrario a que fueron sometidos unos cuantos ciudadanos de Huancané, por acción del juicio militar que resultó ilegal.

“No se trata de algo más, que está sucediendo en otro centro, más cerca de la capital del departamento, en lo cual sus más altas autoridades políticas y eclesiásticas, de mutuo acuerdo, andan por el camino prohibido del inicuo vandalismo.

“Sabido es que en el distrito de La Platería, a seis leguas de esta capital, el altruismo de un yanqui estableció un centro de propaganda evangélica con tales resultados que en tres años de benéfica labor, se ha hecho del indígena un ser útil, libre de los vicios que tanto caracterizan su raza.

“El indígena evangelizado no bebe alcohol, no masca hojas de coca, es limpio y moral; ahora sabe leer, ha adquirido hábitos de orden y un deseo de trabajar, o es sociable y ejerce la caridad. Tienen una gran hacienda, una escuela, un hospital y una posada para alojamiento.

“Esta obra altamente benéfica en pro de la regeneración del indígena, que recibe favorable acogida aun en regiones lejanas, se ha visto amenazada por el celo diocesano del obispo monseñor Ampuero, el cual, en persona y acompañado de algunos pobres diablos del pueblo de Chuchito, en una cabalgata infernal, como las huestes de un nuevo Atila, se lanzó a perseguir a los indígenas; no se crea que para persuadirlos por la palabra o el ejemplo; sino para arrastrarlos a la cárcel y después maltratarlos. Fueron atados y luego echados en la cárcel de Chuchito, de donde el subprefecto ordenó que fuesen traídos bajo escolta a esta capital, donde se les alojó en el departamento de policía. El ilustrísimo obispo volvió al interior de la península con la misma clase de misión.

“A continuación de este proceder extraordinario, se ha despertado una indignación general, aun entre los miembros de las fuerzas policiales.

“¿En qué quedamos?

“¿Cree su señoría el prefecto que tales afrentas pueden hacerse contra la libertad individual, la dignidad humana y los derechos constitucionales?

“La Unión no será el único órgano de la prensa que condene actos tan reprobables. Toda la prensa de la república seguirá su ejemplo cuando se conozca la enormidad de sus hechos.

“¿Será un mal social aquella obra de dignificar la raza y elevarla a la altura de hombres conscientes y útiles a la sociedad?

“¡No lo permita Dios!

“Las ciudades progresistas, como Puno, si lo reconocen bien, tienen lo que las autoriza para protestar, en nombre de la moralidad y las leyes, contra la manera en que el prefecto Torres Angulo ha favorecido al ilustrísimo obispo monseñor Ampuero en los hechos ilegales y bárbaros que nos ocupan.

“Es aparente que este departamento, sin gobierno local, debido a las autoridades principales y otras, nombradas con premura, necesita dirigir una petición al gobierno que rige ahora los destinos del país, para que mande funcionarios que estén al tanto de las necesidades locales y estén bien informados tocante al espíritu de las leyes. La ignorancia es un peligro en asuntos de administración”.

CARTA ESCRITA POR CAMACHO

“Cárcel de Puno, 7 de marzo de 1913.

“Sr. Dr. Don Isaac Deza,

“Ciudad.

“Estimado doctor:

“¡Ojalá que usted goce de paz y salud en el seno de su estimable familia!

“Estoy en esta cárcel separado de mis tiernos niños que perdieron su madre, y no sé cómo les va.

“Le ruego que sirva actuar como abogado para nosotros los que hemos sido echados en la cárcel por el obispo don Valentín Ampuero, quien, acompañado del gobernador, y dos jueces de paz de Chuchito, se fue allí con ese objeto.

“Las circunstancias son como sigue:

“El 3 de este mes, el obispo don Valentín Ampuero, acompañado del gobernador don José Sotomayor y dos jueces de paz de Chuchito, con más de doscientos hombres de entre los habitantes de dicho pueblo y los indígenas de varias haciendas, penetraron en mi casa, donde hallaron tan sólo a mis hijitos, ya que yo había salido. Creyendo que yo me habría ocultado, rompieron las puertas; pero como no me hallaron, se llevaron preso a mi hijo menor, Patricio. Después de entrar en las casas de otros protestantes indígenas, se dirigieron a la casa del Sr. Stahl, donde encontraron al criado Jacinto Tarqui, a quien quitaron las llaves, y, después de abrir las puertas, rompieron los muebles. Luego llamaron a otros

indígenas para que salieran de sus casas, a fin de preguntarles dónde estaba el yanqui, y en seguida les dijeron que todos los que no fuesen de la creencia evangélica debían pasarse a un lado, y que los creyentes debían ser aprehendidos, lo cual se hizo con nosotros, los ocho que estamos acá encarcelados. Tan pronto como me presenté al obispo, me llamó hereje, y ordenó que yo también fuese aprehendido, y después a los ocho juntos se nos condujo acosados en esa mala condición hasta la cárcel de Chuchito, de donde fuimos traídos a esta ciudad por una fuerza de gendarmes mandada a propósito.

“Adjunto le remito una lista de los habitantes que acompañaban al obispo.

“Le saluda respetuosamente,

“M.Z. Camacho.”

El Perú es un estado católico y la religión del Estado es la católica romana. Hasta noviembre de 1915, la constitución del país autorizaba el destierro por tres años de cualquiera que dirigiera otros servicios religiosos que los católicos. En las ciudades más importantes de la costa, rara vez se ha apelado a esta ley, pero en el interior, y especialmente donde los misioneros protestantes han tratado de elevar las condiciones de vida de los indígenas, los sacerdotes, los hacendados y los fanáticos, se han irritado al ver que perdían ascendiente, y por lo tanto, la reverencia de los indígenas. Sin embargo, la actitud de los sacerdotes hacia esta obra ha despertado un sentimiento de justicia, igualdad y simpatía hacia los indígenas, en hombres buenos que han protestado contra la intolerancia del sacerdocio. El siguiente documento revela el desarrollo de este sentimiento, y habla de por sí:

DECRETO DEL SUPREMO GOBIERNO

“Lima, 2 de septiembre de 1914.

“Después de haber revisado el adjunto expediente de la causa seguida en virtud de la petición presentada por el secretario de la Asociación Pro Indígena, en la cual se quejaba de los abusos de los cuales fue víctima el aborígen Claudio de la Cruz, del cual se intentó exigir el pago de una multa por haber rehusado desempeñar gratis el cargo de mayordomo de cierta fiesta religiosa que se había de celebrar en el pueblo de Otao, provincia de Huarochirí; y-

“*Por cuanto*, es una garantía primordial reconocida por el Art. 14 de la Constitución del Estado, que nadie se le ha de obligar a hacer lo que la ley no exige, ni prohibir lo que la ley no prohíbe; y-

“*Por cuanto*, en violación de este precepto fundamental, se ha intentado obligar al indígena De la Cruz a sufragar con su propiedad privada los gastos de una fiesta religiosa, y que por haberse resistido a la imposición, la junta de la comunidad, el comisario y el juez de policía le impusieron una multa de ochenta soles, con la amenaza de excluirle de los terrenos comunes del pueblo en su defecto; y-

“*Por cuanto*, la intervención de las ante citadas autoridades públicas, en estos asuntos equivale al delito de ‘exacción’ castigado por la ley del 21 de octubre de 1897, según indica el Art 202 del código penal; y-

“*Por cuanto* es deber del gobierno acabar con este estado de cosas, y libertar a la raza indígena de estas prácticas anticuadas que la obligan a sufragar gastos injustificables;-

“En armonía con la decisión del departamento de gobierno y las municipalidades, y el informe del procurador fiscal,-

“*Se resuelve*, 1. Que se declare regla general que el cargo de mayordomo de las fiestas celebradas según la costumbre de los pueblos indígenas, no es obligatorio;-

“2: Que a todas las autoridades públicas de cualquier carácter, se les prohíba absolutamente intervenir en el nombramiento de los tales mayordomos o en el desempeño de la función; y-

“3: Que a los prefectos de los departamentos se les encargue que vigilen especialmente acerca de los abusos de esta naturaleza que se cometan, y se les asigne el deber de entablar los debidos procesos criminales contra los que se hagan responsables de dichos abusos.

“Regístrese, promúlguese, publíquese y archívese.

“Firmado por su excelencia el Presidente

“Y refrenado por el Sr. Fuchs (primer ministro).”

A causa de la opresión hecha a los indígenas del lago Titicaca por el obispo católico romano de Puno, a pesar de los consejos de algunos de sus correligionarios, un senador y aquel departamento presentó al congreso de la nación un proyecto de enmienda a la constitución, a fin de dar libertad religiosa a toda denominación.

La cuestión no se terminó hasta noviembre de 1915, fecha en que fue aceptada por el congreso. La primera lectura del proyecto en el Senado, había tenido solamente cuatro votos en contra, y tres de ellos eran sacerdotes católicos. La iglesia hizo enérgicos esfuerzos para que fracasara la segunda lectura. Después de dos años se consiguió reunir doce votos en contra. El

once de noviembre se aceptó y fue promulgado oficialmente por el congreso. Las galerías de sala estaban atestadas de mujeres, sacerdotes, y niños de las escuelas de los conventos. Acosaban al presidente con pedidos para que vetase el proyecto, pero él no lo firmó ni le vetó, así que por su promulgación, dicho proyecto se hizo ley.

El Dr. Guillermo O. Stunt, superintendente entonces de la iglesia metodista episcopal en el Perú, presentó así, en el *Christian Advocate* (de Nueva Cork) del 6 de enero de 1916, el cuadro que vió cuando el congreso votó acerca del proyecto, en noviembre 1915.

“Cuando el ‘leader’ del movimiento de reforma, Sr. Quimper, entró, fue saludado pro las mujeres católicas con gritos de: ‘¡Renegado!’ ‘¡Muera Quimper!’ ‘¡Mueran los herejes!’ ‘¡Muera la libertad religiosa!’ ‘¡Traidores!’ ‘¡Abajo Pilato!’ ‘¡Comprado por los protestantes!’ ‘¡Afuera con él!’ ‘¡Afuera con él!’

“Algunos estudiantes universitarios se habían situado en el centro de la multitud de mujeres, y así algunas veces se mezclaban con las voces agudas de ellas, los fuertes gritos de aquellos jóvenes, a favor de la libertad religiosa. Como el presidente de la cámara de diputados se había excusado de asistir, el desempeño de sus funciones recayó en el vicepresidente, Dr. Pena Murrieta. Su llegada provocó una tempestad de protestas, y entre los ruidos de los cohetes, cayó sobre él una lluvia de coronas de alfalfa Cuando llegó el cuerpo de senadores, fue saludado con los gritos de: ‘¡Traidores!’ ‘¡Mueran los protestantes!’ ‘¡Mueran los reformadores!’ ‘¡Muera la libertad!’ y cuando se llamó finalmente al orden, el tumulto en las galerías era tal que el que presidía tuvo que dar órdenes para que se despejase una de las galerías.

“Entretanto, el sacerdote Sancho Díaz, ‘leader’ de las fuerzas católicas, con otros seis parlamentarios, estaba tomando té y cerveza en la confitería contigua, con la esperanza de impedir que hubiera quórum, pero finalmente, cuando oyeron al Dr. Pena Murrieta proseguir con los asuntos del día, se precipitaron a la sala gritando:

“-¡No hay quórum! “-¡No hay quórum!”

“Los otros congresales se rieron diciendo que habría sido culpa de ellos si no lo hubiera habido. Y así sucedió que los mismos enemigos del proyecto estaban presentes, y completaron el quórum, haciendo posible la promulgación de la ley.

“El barullo en las galerías era cada vez más enorme; las mujeres rezaban y gritaban al mismo tiempo; estallaban cohetes, y más coronas de alfalfa llovían sobre el Dr. Pena Murrieta, cuando, levantándose con una

campanilla en una mano, para restablecer el orden, y el documento oficial en la otra, gritó:

“-Estando en sesión el Honorable Congreso a fin de anunciar formalmente la enmienda del artículo cuarto de la constitución, yo la anunciaré.

“Como un tigre, el Sr. Sancho Díaz saltó de su asiento, corrió hacia la mesa, arrebató el documento y lo hizo pedazos.

“Algunos de los congresales trataron de evitarlo, pero sin resultado. El Dr. Pena Murrieta ordenó que el agresor fuera detenido, y anunció la suspensión de la sesión del día. (A los pocos momentos el cura pidió disculpas por haber roto el documento.) Y así terminó una de las sesiones más extraordinarias del Congreso Peruano.

El proyecto se hizo ley, y ahora son toleradas, además de la católica romana, otras religiones. Pero la libertad religiosa no es una mera tolerancia: reconoce derechos iguales. ¡Ojalá que el Perú complete pronto la buena obra que ha empezado!

Sin embargo, la persecución religiosa entre los indígenas no ha cesado, aunque debe reconocerse que la ley surte efecto. En partes lejanas de la capital, donde los sacerdotes y funcionarios tenían interés en conservar a los indígenas esclavizados y borrachos, ha habido violentas sublevaciones, pero Dios ha guiado a fin de salvar la vida de lo suyos.

CAPITULO X

Ayuda de lo Alto

En esa época el sentimiento público parecía volverse a favor nuestro. El obispo se había propasado y la gente estaba descontenta respecto a él. Decían que él no tenía derecho a apresar a los indígenas. Si ellos eran culpables de algún crimen, su deber se limitaba a informar a las autoridades seculares para que aprendiesen a los infractores. Así que el obispo se alejó de Puno por varios meses, entre tanto que los ánimos se calmasen.

Mientras se había estado llevando a cabo aquella persecución, el cura y el obispo habían enviado cartas a los funcionarios del gobierno en la capital del Perú, acusándonos como promotores de un movimiento de rebelión de parte de los indígenas contra las autoridades. A consecuencia de estas acusaciones, el presidente de la república envió, para investigar nuestra obra, una comisión que recorrió la providencia visitando a los indígenas e interrogándoles acerca de lo que les enseñaban los misioneros, y ellos, en su forma sencilla, les contestaron que se les enseñaba a obedecer a Dios, respetar el bienestar de sus semejantes, acatar a las autoridades, y a no beber alcohol ni usar las hojas de la coca. Los comisionados comprobaron que los indígenas que habían aceptado el mensaje eran mucho más inteligentes y corteses que los demás, y que su aspecto difería del de aquellos que todavía bebían alcohol. Eran aseados, sus ropas estaban limpias, sus caras felices y sus ojos más animados. Hasta desde lejos podían distinguirse de los demás.

Así que la comisión presentó un informe favorable a nuestra obra, y cuando, pocos meses más tarde, el proyecto de libertad religiosa fue presentado al Congreso, como se ha relatado en el capítulo anterior, fue aceptado a pesar de la tenaz oposición de los sacerdotes. Más tarde conocí a uno de los senadores, el cual me dijo que la obra que hacía nuestra misión fue la palanca usada para hacer que el Congreso aceptara el proyecto.

Después de unos meses de ausencia, el obispo Ampuero volvió a su diócesis, y habiendo ido un día al pueblo cercano a la estación misionera, reunión a la gente en la plaza pública, maldijo la misión y declaró que haría cualquier cosa para impedir la obra y para que se destruyesen los edificios y se nos matase. Diez días más tarde, enfermó y murió casi repentinamente. A las dos semanas, murieron también los dos sacerdotes que más se

empeñaban en la persecución. En el espacio de dos meses, murieron cinco de los enemigos más encarnizados de nuestra obra.

Un día, poco después de esto, mientras yo iba por el camino público, un jinete me alcanzó y empezó a interrogarme en cuanto a la misión, quién era yo, a dónde iba, etc. Contesté a todas sus preguntas respetuosamente. De repente, enfrentó su caballo hacia mí y extendiendo su mano, me dijo:

-Yo soy Pablo Corpio, el gobernador de Chuchito.

Era este el distrito en que estaba la estación misionera. Me dijo que él no había comprendido la naturaleza de nuestra obra y que por esto había hecho cuanto podía para estorbarla, pero que ahora sus sentimientos habían cambiado, y era nuestro amigo. También me informó de que se estaba tramando un complot en el pueblo de Chuchito para matar al cacique Camacho, y me recomendó que no le permitiera abandonar su casa en ninguna circunstancia.

Mientras íbamos caminando, me pidió el privilegio de hacer algunas preguntas que tal vez me parecerían rara.

-Hágalas-le respondí.

-Dígame, ¿cómo es que cinco hombres, el obispo, dos curas y dos hombres de nuestro pueblo han muerto en el espacio de pocos meses? Ellos eran todos enemigos de usted y de la obra de la misión.

-Ya que usted lo pregunta, sólo puedo darle sencillamente mi opinión. Yo creo que intervino la mano de Dios. Estos hombres se interponían en el camino de la obra de Dios, y él vió que era necesario quitarlos de en medio. Nada puede impedir su obra-contesté.

-Le creo-dijo él.

Antes de mucho, algunos de los curas de estas partes se trasladaron apresuradamente a otros lugares distantes.

Al segundo día después de este encuentro, dos hombres llamaron a Camacho y trataron de obligarlo a salir del pueblo, con el pretexto de que el gobernador quería verle. Yo estaba en la casa del cacique ese día y le prohibí que los acompañara. Me preguntaron qué derecho tenía yo para intervenir, así que cortésmente les dije que estaba enterado del complot para matarle, y no permitiría que fuera con ellos.

Luego organizamos una escuela diurna. El primer día se matricularon ciento cincuenta alumnos. Muchos de los que vinieron para aprender a leer y escribir, pasaban de los cuarenta años de edad. Cuando les pregunté porqué querían venir a la escuela, contestaron:

-Queremos aprender a leer la carta que Dios dejó para nosotros.

Así se referían ellos a la Biblia.

En aquel entonces, el Sr. Bartolomé Rojas y su esposa fueron enviados de la Argentina para ayudarnos, y se hicieron cargo de esta escuela. Los indígenas estaban encantados de la escuela y sus maestros.

CAPITULO XI

En Exploración

Decidí explorar las condiciones de la región que circunda el lato Titicaca, así que, tomando como guía a uno de nuestros indígenas convertidos llamado Esteban, emprendí viaje. El primer día hicimos diez leguas, y llegamos hasta la provincia de Juli. Nunca había visto tan extensa región habitada por los indígenas como la que está próxima a este lugar. Al contemplar esos millares de chozas que nos rodeaban hasta donde alcanzar la vista, y pensar en los indígenas que vivían en ellas, se despertó en mi corazón un gran deseo de ayudarles y darles el evangelio de Cristo.

Pasamos la noche en casa de un liberal, hombre amigo de nuestra obra y de los indígenas al día siguiente, después de viajar doce leguas, llegamos a Pomata. No encontrábamos dónde pernoctar, ni tampoco alimento para nuestras mulas. Fui al gobernador del pueblo, pero no nos quiso alojar, diciendo que no tenía lugar. Después de mucho buscar albergue, un pobre indígena nos invitó a que fuéramos a su casa, y nos dio alimento para nuestros animales. Desde entonces esta familia indígena ha tratado siempre bondadosamente a nuestros hermanos que pasaran de viaje por allí. Habitaban esa provincia más de 150,000 indígenas, y no había nadie que les enseñara una norma de vida mejor.

Después de andar diez leguas más, cruzamos la frontera de Perú con Bolivia. Allí se celebraba una gran fiesta y cuando nos detuvimos, los indígenas borrachos empezaron a postrarse y bailar en derredor nuestro; algunos se arrodillaron ofreciéndonos aguardiente y se mostraban sorprendidos que no aceptásemos. Daba lástima ver a esos miles de personas que vivían ignorando una vida recta y se la pasaban en comilonas, bebiendo, bailando, maldiciendo y todo en nombre de la religión.

Al día siguiente, llegamos a Tiahuanaco, la ciudad de las antiguas ruinas preincaicas y pasé unas horas visitando los monumentos de un pueblo olvidado desde hace mucho tiempo. Me impresionó la magnitud de las piedras que habían usado para construir los vastos templos, y al ver como la acción de los elementos rompe y desmorona estos grandes ídolos de piedra, recordé el texto del Salmo 144:15: “Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es Jehová.”

En aquella región, atravesamos algunos distritos densamente poblados, y todos en la misma condición-sumidos en los abismos de la idolatría y el vicio. Dondequiera que nos detuviéramos, teníamos

oportunidad de dar tratamientos a los enfermos, y a uno de ellos, que tenía una pierna rota, a más de entablillársela, le dejamos material de lectura que nos agradeció mucho.

A los pocos días llegamos a Caraboca, lindo pueblo indígena de la costa del lago. Los indígenas nos dijeron que el gobernador recibía a los viajeros, así que nos dirigimos a él. En cuento supo él que tenía ciertos conocimientos médicos, me pidió que viera a un niño suyo que estaba enfermo, y con la bendición de Dios pude aliviar a la criatura. Después de cenar, me condujo a una pieza en la que había una verdadera cama, y la puso a mi disposición; la aproveché bien, sabiendo que al otro día debía hacer un viaje de unas doce leguas.

A las cuatro de la tarde, llegamos a Guaicho, pueblo de la frontera de Bolivia. Encontramos un lugar donde alojarnos, con los indígenas, y como mi guía. A quien había mandado a comprar comida para las mulas, volvió diciendo que nadie quería vendérselo, fui yo mismo al pueblo, pero encontré a la gente muy mal dispuesta para acceder a mi pedido.

Estaba pensando en qué debía hacer, cuando un hombre cruzó la calle dirigiéndose a mi, y al interrogarle, me contestó amablemente,

-Usted debe ir al prefecto, porque como éste es un pueblo fronterizo, a todos los forasteros se les mira como sospechosos.

Los dos fuimos al prefecto y mi nuevo amigo le dijo lo que yo necesitaba. El prefecto me dio una orden para conseguir la comida, y me invitó a volver para cenar con él, pero no se lo prometí, porque estaba muy cansado. Conseguí raciones para nuestras mulas, volví a la choza de nuestro amigo indígena, tomé un baño refrescante en el río cercano, y me dispuse a acostarme temprano. Cuando nos sentábamos para comer la frugal cena, se presentó un mensajero para buscarme de parte del prefecto; fui y lo encontré en compañía de mi nuevo amigo y dos hombres de influencia del pueblo, esperándome para cenar. Todos eran tan buenos y sociables que pronto olvidé mi cansancio, y como parecían gustosos de oírme, les hablé de nuestra obra, y de lo que proyectábamos hacer para los indígenas.

-¡Ojalá se establecieran ustedes entre nosotros! Necesitamos una obra semejante aquí-dijo el prefecto.

La velada fue muy agradable; me retiré prometiendo recordarlos en nuestra obra a favor de los indígenas.

A eso de las cuatro de la mañana siguiente, me despertó la voz de un muchacho que llamaba a mi puerta. Por intermedio de Esteban, le pregunté qué quería, y nos avisó de que nos estaban robando las mulas. Saltamos rápidamente de la cama, me puse el impermeable (pues me había quitado la ropa exterior para estar más cómodo) y cuando llegué al camino, encontré a

Esteban luchando con dos hombres, para rescatar las mulas; me trabé yo también en lucha con ellos diciéndoles que los iba a llevar a la oficina del prefecto: esto pareció surtir efecto, pues a toda fuerza querían irse y al fin uno de ellos pudo escapar. Mientras me disponía a llevar al otro, entró en el patio un oficial del ejército con seis soldados, y con voz severa anunció que yo estaba arrestado.

-¿Por qué?-pregunté.

-Porque usted ha golpeado a soldados bolivianos-contestó.

Yo le referí el atentado, y que yo me proponía llevar estos hombres al prefecto.

-Bien, pero usted les ha pegado, y ellos son soldados-replicó.

Insistí en que no los había golpeado, y llamé su atención al hecho de que no tenían ninguna señal de golpe, cosa imposible de haber sido cierta su acusación. Sin embargo, retiró su orden de que fuera con él y cuando estábamos por salir, un hombre bien vestido llegó corriendo y habló en voz baja al oficial. Entonces se me acercaron, y me pidieron disculpas por lo que había ocurrido, reprendieron a los dos hombres por su tentativa de robo, y al preguntarlos porqué lo habían hecho, y uno de ellos contestó que había sido porque vio que una de las mulas eran “tan buenas”.

Cuando se fueron, di gracias a Dios por haberme librado de lo que podía ocasionar una larga demora y contratiempos, y me di cuenta de que él me había impulsado a pasar la velada en casa del prefecto, quien fue el autor de la contraorden que me librara de arresto. Después supe que era costumbre en este país que cuando los soldados estaban en marcha y necesitaban animales de montar, los podían tomar donde los encontraran, sin pedir permiso, pero generalmente obraban así para con los indígenas. El resto de nuestra estancia en aquel punto fue tranquilo.

A las tres de la mañana siguiente, nos pusimos en marcha, y a las cuatro y media de la tarde, después de doce leguas de viaje por caminos escabrosos, empezamos a buscar un lugar donde pasar la noche. A poco andar, noté una pequeña aldea indígena entre las rocas, sobre la montaña. Pedí a nuestro hermano indígena que fuese a ver si esta gente quería recibirnos, y que en tal caso agitase el sombrero como señal. Así lo hizo, y pronto me hallé entre los indígenas muy buenos. Cuando trajeron comida a Esteban, le preguntaron si yo me ofendería si me la ofrecieran también. Los comprendí y dije que se la agradecería mucho, pues en realidad tenía hambre y frío, y el olor que despedía la comida me la hacía parecer muy sabrosa. Ellos se alegraban de verme comer con tantas ganas.

Después de la cena, tuvimos una reunión con los indígenas, que escucharon con avidez; algunos tiraban su mixtura de hojas de coca, la cual

es la maldición de los indígenas. Cuando les dije que Jesús vendría pronto para buscar a los suyos, no se pudieron contener y exclamaron:

-Waliki, waliki-lo cual significa: “bueno, bueno”.

Después del servicio vino el cacique a preguntarme cuándo volvería a ellos y le respondí que no podía decirle, por la escasez de obreros.

-Pero yo quiero saber cuándo vendrá otra vez a enseñarnos.

Volví a decirle que realmente no sabía, porque este pueblo estaba muy distante de la misión y éramos pocos.

-¡Oh, pero nosotros debemos saber!-insistió.

Al último le dije:

-Si yo no vuelvo, algún día otro vendrá.

-Pero ¿cómo voy a saber que algún otro nos va a enseñar las mismas cosas?

Después de pensar un momento, recogí un pequeño guijarro y lo partí en dos. Le di una mitad, y le dije que cualquiera que fuese a enseñarles a él y a su pueblo lo que les había enseñado, tendría que llevar la otra mitad y entregársela. Guardó cuidadosamente su mitad, diciendo:

-Está bien.

La continuación de esta historia se dará en otro capítulo.

No quisieron aceptar dinero por su hospitalidad, pero les dimos un poco de pan muy duro que teníamos, y lo aceptaron agradecidos, pues para muchos de ellos el pan era artículo desconocido.

Al día siguiente continuamos nuestro viaje, y al llegar a cierto río grande que debíamos cruzar, los indígenas trajeron un bote hecho de paja, y tan pequeño que cuando estuvo dentro una de las mulas, poco del bote quedaba a la vista, pero llegamos a salvo a la otra orilla.

Cuando quise arreglar cuentas, me pidieron el equivalente a quince pesos oro. Yo sabía que era un precio exagerado, pues usualmente se cobraban unos sesenta centavos (oro) para llevar dos personas y sus animales de silla, pero cuanto más trataba de explicarles que me cobraban un precio exorbitante, tanto más se irritaban, y hasta quisieron trabar de las riendas de nuestras mulas para no dejarnos ir. Mi guía les dijo del modo más elocuente qué obra hacíamos a favor de los indígenas, especialmente lo que hacía nuestra misión para con los habitantes de los alrededores de Puno, que nuestro viaje era en interés de los indígenas de todo el país y que éramos sus amigos. Entonces se calmaron, y dijeron que se contentarían con lo que nos pareciese bien.

Continuamos la marcha hasta el anochecer, pero no encontramos dónde pernoctar. Como veíamos que se aproximaba una tormenta, esto empezaba a intranquilizarnos; pero llegamos finalmente a una choza

indígena y pedimos hospitalidad, a lo que se nos respondió que sólo había disponible una pequeña choza con el techo roto en partes. Esto no nos permitió descansar, pues se había desencadenado la tormenta y la lluvia entraba por el techo y el viento soplaba a través de las paredes. A la luz de los relámpagos podíamos ver nuestros animales templando de frío, y como nosotros también estábamos en la misma condición, decidimos seguir a pesar de la tormenta. Los animales parecían preferirlo. Encontramos y seguimos el camino a merced de una linterna, pero el viento la apagaba a cada rato a pesar de mis esfuerzos por protegerla. Me resultaba difícil volverla a encender, con los dedos entumidos por el frío y en una de esas ocasiones le observé a mi guía que era una lástima grande que la luz se apagase siempre.

-Bueno-dijo él, adoptando un aire solemnemente paternal, -usted debe tener cuidado de no dejarla apagarse.

Su comentario me pareció tan singular que me hizo reír a pesar del frío. Perdíamos a veces el camino a causa del agua; no obstante, seguíamos marchando, y era interesante ver cómo el guía lo volvía a encontrar. Teníamos que orillar bordes peligrosos donde resbalar habría significado la muerte segura, pero el ángel del Señor nos acompañaba, y terminamos el viaje a salvo.

Por la mañana siguiente llegamos al gran país de lo quichuas. Posamos en la choza de un indígena quichua que nos trató con mucha bondad, dándonos alimento para nosotros y los animales. Los quichuas parecían más amables que los aimaraes y estábamos deseosos de empezar la obra entre ellos.

A la tarde siguiente llegamos a Puno, el término de nuestro viaje, después de haber empleado tres semanas para dar la vuelta al lago Titicaca.

CAPITULO XII

Pruebas de Aprecio

Empezaron a llegar mensajeros de las provincias más distantes, para rogarnos que abriésemos estaciones misioneras en sus localidades, que les proveyésemos de escuelas y maestros. Mientras me preparaba para responder a algunos de los pedidos más urgentes, caí enfermo de reumatismo, y durante tres semanas sufrí terriblemente de esta implacable enfermedad.

Mi esposa solicitó la ayuda de dos hermanos indígenas para cuidarme durante la enfermedad y muchos de los indígenas se ponían a llorar cuando entraban en mi pieza y me veían acostado. En una ocasión, cuando ella dijo a algunos de los indígenas que habían venido a visitarme: “No se olviden de orar por mi esposo para que se restablezca.” Le contestaron así:

-Nosotros oramos por él no sólo durante el día, sino que todas las noches, a medianoche, salimos a la llanura y oramos allí por él.

Un sábado, mi esposa pidió leche a algunos de los indígenas, diciéndoles que era el único alimento que yo podía tomar. Al día siguiente, a través del llano y por la falda de la montaña, podían verse centenares de indígenas que se acercaban, trayendo todas pequeñas jarras de leche, con la que mi esposa llenó todas las vasijas que había en la casa, inclusive las tinajas, y resultó que teníamos bastante leche como para bañarnos.

Cierto día, mientras estaba acostado, entraron en mi pieza cinco indígenas corpulentos; se acercaron a mi cama, se arrodillaron y con voz suplicante dijeron:

-Padre, ven y ayúdanos. Nosotros también queremos conocer el camino.

Les prometí que cuando me repusiera los visitaría.

-¡Oh!-suplicaron-¿no tienes a nadie a quien mandar ahora, para que nos enseñe? Hemos traído nuestras mulas y animales de carga para que puedan llevar al maestro en seguida.

Les expliqué que no teníamos ningún maestro y que todos aquellos que había disponibles, habían sido enviados a diferentes provincias, pero empezaron a rogarme otra vez, diciéndome cuán duro era para ellos volver a su gente sin un maestro. Después de unos momentos, se volvieron hacia mi hijo, de doce años de edad, y le hicieron muchas preguntas, hasta que uno de ellos se volvió a mí otra vez, y dijo:

-Deja que venga tu hijo con nosotros y nos enseñe.

-¡Oh!-le contesté,- es una criatura todavía, y no está preparado para enseñar.

-Pero-persistió el hombre,-si tan sólo supiéramos lo que él sabe, seríamos muy felices.

Entonces mi hijo, acercándose, me dijo:

-Papá, déjame ir con ellos. Estaré muy bien y me gustaría enseñar a esta gente.

En otra ocasión vinieron tres mensajeros de una de las altas regiones de las montañas, rogándonos también que les mandásemos maestros, pero no pudimos concedérselos. Uno de estos indígenas sacó de debajo de su poncho (suéter especial de lana que usan en Sudamérica, especialmente Perú) un gran pedazo de plata y presentándomelo, dijo:

-Ahora si vienen a enseñarnos, les mostraremos donde hay mucha de esta plata enterrada.

Parecía que el pobre hombre suponía que yo no quería ir y pensaba tentarme con su ofrecimiento.

Después de permanecer con nosotros cerca de un año, haciendo una obra excelente en beneficio de los indígenas, los esposos Rojas tuvieron que dejarnos bruscamente, a causa del efecto que la altura tenía sobre su salud. La escuela, recién abierta, marchaba muy bien bajo su dirección y su partida hizo entristecer a los niños, pero se conformaron cuando mi esposa ofreció hacerse cargo de ella.

Nuestro trabajo se volvió así muy pesado. La asistencia los cultos del sábado había aumentado hasta llegar a ser casi ochocientas personas, y, además, los indígenas traían sus enfermos desde puntos siempre más distantes. Al fin me ví obligado a responder a los llamados que llegaban de lugares lejanos para que estableciéramos en ellos estaciones misioneras tan pronto como llegasen nuevos obreros. Así que mi esposa tuvo que quedar sola con Luciano, nuestro fiel ayudante indígena, para atender la estación misionera, cuidar a los enfermos, dirigir las dos reuniones del sábado y, además, la gran escuela diurna.

El gobernador del distrito montañoso de Pichacani había mandado dos veces mensajeros para instarme a que le visitase, y al fin, como no podía rehusar más, partí para aquel lugar, acompañado del cacique Camacho y de Juan Huanta. Nuestro camino nos llevaba a través de una región rocosa, hasta una altura de 4,500 metros sobre el nivel del mar. La vegetación es escasa allí, excepción hecha de una dura hierva montañesa. A pesar de ello, el panorama es muy hermoso, y embelesa la contemplación de aquellas grandes gargantas rocosas. Cuando nos acercábamos a Pichacani, recibimos recado de que el pueblo estaba entregado a una orgía y borrachera, y como

no queríamos exponernos a que los curas dirigentes de ella incitaran al populacho ebrio contra nosotros, aguardamos afuera, en la montaña, para entrar al oscurecer. Desensillamos nuestros caballos y visitamos las cercanas ruinas de un antiguo triturados minero, cuya visita me hacía pensar:

-Si tan sólo pudieran hablar estar ruinas, ¡qué terribles historias contarían!

Todavía se conservan en su lugar grandes piedras moledoras como de metro y medio de ancho por unos sesenta centímetros de espesor. Miles de indígenas perdieron la vida, trabajando en estas minas, a fin de extraer oro para los españoles y en imaginación me parecía verlos, medio desnudos, trayendo el cuarzo de la montaña, que estaba como kilómetro y medio de distancia; me parecía oír las maldiciones de los españoles, ver caer el látigo cruel, y a cada momento, abatirse un pobre indígena agobiado por su pesada carga.

Es difícil conseguir que un indígena revele dónde están situadas estas minas. Han tomado toda clase de precauciones para hacer desaparecer cualquier indicio de ellas, llenando las venas y aberturas para que pasen desapercibidas para la vista.

A la entrada del sol, nos preparamos para continuar el viaje, pero, en el momento de subir a caballo, el de Camacho escapó y se unió a un grupo de caballos semisalvajes que estaban en el llano. Nos llevó tiempo recobrarlo, y entonces me di cuenta de que a mi vez había perdido mis anteojos de campaña y nos pusimos todos a buscarlos. No era esto tarea fácil, pues cubría el campo un pastizal de diez a quince centímetros de alto. Una tormenta de graniza puso término a nuestra búsqueda y decidimos pasar la noche en una choza cercana.

Camacho deploró mucho la pérdida de los anteojos y decía que era culpa suya, pues no había tenido bastante cuidado con su caballo. Le dijo que no debía afligirse, puesto que, sin duda, Dios tenía algún propósito en esa demora, y que encontraríamos los anteojos al día siguiente. A todos nos pareció mejor llegar al pueblo por la mañana, pues todo estaría calmado, ya que es costumbre que en estos días de fiesta anden muchos borrachos por las calles.

A la mañana siguiente, nos levantamos temprano y antes de salir a buscar los anteojos, rogamos a Dios que nos ayudase a encontrarlos, y nos hiciera prosperar en nuestro camino, porque estábamos seguros de que Dios ayuda tanto en las cosas pequeñas como en las grandes. No habían pasado diez minutos después de salir, cuando Camacho nos avisó que tenía los anteojos. Nos dirigimos entonces hacia el pueblo y al entrar encontramos al gobernador que, enterado de nuestra llegada, salía a recibirnos. Nos llevó en

seguida a su casa. Era un hombre muy sociable y demostró mucho interés por nuestra obra. Quiso que nos hiciéramos en pro de los indígenas de su provincia. Dijo que se había fijado en los indígenas que estaban en relación con nuestra misión y había observado que eran más limpios y serviciales y deseaba esto para todos los de su jurisdicción.

-Serían de mucho más valor para el país, y más útiles en todo sentido-dijo.-Ahora, cuando quiero enviar un mensaje importante, me es difícil encontrar un hombre de confianza; desearía tener algunos de sus indígenas para que me ayudaran algunas veces.

Me interrogó en cuanto a nuestras creencias religiosas y le interesó especialmente en la pronta venida del Señor que ha ido a preparar un reino para sus hijos, y pondrá fin a todo sufrimiento y pecado. Mientras escuchaba, su expresión se tornó grave, y dijo:

-¡Ojalá que todos pudieran saber y creer esto! Haré gustosamente cualquier cosa que pueda ayudarles a proclamar este mensaje a mi pueblo. Vayan entre los indígenas de aquí, donde quieran, y celebren sus reuniones.

Después de un almuerzo que este funcionario había preparado en honor nuestro, recibimos la visita del alcalde del pueblo y de varios hombres eminentes que nos llevaron a visitar algunas de las antiguas minas, y una vieja iglesia, erigida poco después de la conquista. Estaba primorosamente adornada. Sobre las paredes se veían grandes pinturas que representaban diferentes fases de la vida de Cristo. Eran realmente hermosas, y durante unos momentos me olvidé de mí mismo, y me puse a explicar a las personas que se habían reunido en la iglesia el significado de cada cuadro. A pesar de hallarse familiarizados con estos cuadros, por las preguntas que hacían parecían ignorar lo que representaban.

Después nos despedimos del gobernador, del alcalde y de los demás que nos acompañaban, y continuamos nuestro viaje. Por dondequiera encontrábamos interesados a los indígenas, y celebramos muchas reuniones con ellos. En uno de sus grandes caseríos, nos salieron a recibir con banderas y tambores y nos escoltaron hasta una choza que habían preparado para nosotros.

Uno de sus primeros pedidos fue que les enseñáramos a cantar algunos himnos. Después de la reunión y de acceder a su pedido, hicimos honor a la cena preparada para nosotros, y nos retiramos a descansar. Acabábamos de dormirnos cuando oí fuertes golpes dados en la puerta. La abrí, después de encender una luz, y entraron en fila quince indígenas-cinco mujeres y diez hombres. Las mujeres traían grandes bultos envueltos en frazadas, y todos se sentaron solemnemente en derredor, contra las paredes de la choza. Entonces un hombre que parecía ser el jefe, dijo:

-Hermano, estamos contentos de que hayas venido; te esperábamos. Sabemos que tu viaje ha sido largo, y que estás cansado y hambriento, así que te hemos traído comida-y dicho esto, desenvolvieron las mujeres sus atados, los cuales contenían vasijas de tiesto con alimentos y las traían envueltas en frazadas para que la comida se conservase caliente, pues venían de lejos.

Aunque ya habíamos cenado, para no ofenderlos, les agradecimos cordialmente los alimentos, lo cual los regocijó. Mientras una de las mujeres servía, yo probaba la comida con mi cucharita y después pasaba el resto a mis guías, quienes estaban siempre dispuestos a comer uno o varios platos extras. Así pude liberarme de la mayor parte de la comida. Cuando se hubieron marchado, nos disponíamos a dormir, pero nuevamente llamaron a la puerta, y al abrir entraron en fila unos veinte indígenas procedentes de otro distrito más distante. Algunos de ellos traían también pesados bultos. Cuando se sentaron, su portavoz dijo:

-Hermano, sabemos que ha venido de una gran distancia para visitarnos y que está cansado y con hambre, así que le hemos traído alimento.

No queriendo herir sus sentimientos rehusando su presente, les dije que nos alegrábamos por el bondadoso interés que demostraban por nuestro bienestar, y probando con una cucharita un poco de la comida que las mujeres servían en las vasijas, pensé en el resto de mis guías, pero ellos lo rehusaron diciendo que no podían comer más. Por un momento yo no sabía que hacer, hasta que al último dijo a los indígenas que nos alegraría que comieran con nosotros, puesto que ellos también habían venido de lejos. Aceptaron, así que nosotros probábamos la comida y luego la pasábamos a ellos y así pudimos disponer de ella. Parecían encantados y manifestaron que se quedarían uno o dos días para asistir a las reuniones.

Pasados unos días, visitamos una de las comunidades indígenas situadas a mayor altura de esa región. El lugar es realmente triste, pues el viento huracanado que sopla la mayor parte del tiempo barre las cumbres de las montañas. Casi todas las tardes se desencadenan tormentas de graniza acompañadas de relámpagos. Los indígenas de aquí son corpulentos y de rostro rudo. Cuando llegamos a dicho distrito, el cacique, hombre de rostro duro, salió a recibirnos y nos ofreció una de sus chozas para que nos hospedáramos.

-Nosotros sabíamos que el misionero venía a visitarnos-dijo.

Es notable cómo cunden las noticias entre esta gente. En las poblaciones más apartadas, entre las montañas, están al corriente de lo que sucede en los grandes pueblos donde hay mercados, y si ocurre algo extraordinario, inmediatamente se propala la noticia por toda la región.

Este jefe cuidó por nuestra comodidad de toda manera. A la mañana siguiente, le pregunté si nuestros caballos estaban seguros, pues me había inquietado durante la noche el saber que, en esa región, abundan los ladrones de caballos, pero me respondió con una bondadosa sonrisa:

-Sí, están seguros; yo mismo pasé la noche vigilándolos.

Los había llevado a un lugar donde el pasto era bueno, y cuidó de ellos mientras pastaban.

Los indígenas de aquella parte mostraban interés en las reuniones, y en una de ellas, este cacique, que se postraba con profunda reverencia durante la oración, exclamó:

-¡Oh! ¿cómo podremos aprender estas cosas sin maestro? Mándanos uno para que se quede con nosotros y nos las enseñe.

Mientras nos ocupábamos en cuidar a los enfermos y dirigir las reuniones, enfermé con mucha fiebre. Decidí volver en seguida a nuestra estación misionera, pues teníamos que viajar bastante para llegar a ella, y acertamos en hacerlo, porque mi enfermedad resultó ser fiebre tifoidea. Estuve cuatro semanas en cama, cuidado por mi fiel esposa, a quien algunas veces sorprendí llorando, y cuando la interrogué, me dijo que había estado leyendo un libro médico que es raro que una persona que haya pasado los cuarenta años se salve de esta enfermedad; y yo los había cumplido pocas semanas antes.

-No hagas caso del libro-le dije;-el Señor tiene la vida y la muerte en sus manos.

Hacía tres días que había abandonado la cama y me sentía muy débil, cuando vinieron mensajeros del pueblo vecino a buscarme, pues había enfermado en la familia del gobernador. Les dije que estaba tan débil que apenas podía caminar, pero como me rogaron, diciendo que habían traído un buen caballo de andar suave, accedí, pero cuando llegué a la casa casi me desplomé de pura debilidad. A pesar de ello, atendí a los enfermos, y cuando los dejé, el gobernador expresó vivamente su aprecio por nuestro evidente interés hacia los suyos.

CAPITULO XIII

La Piedra Partida

Mas o menos en aquel entonces, vinieron a vernos varias delegaciones de indígenas de la provincia de Moho, a la que yo he acostumbrado llamar “la región de la piedra partida,” pues fue allí donde unos tres años antes, durante mi jira alrededor del lago Titicaca, dividí la piedra con un cacique de allí.

La provincia de Moho se hallaba situada en la orilla septentrional del lago Titicaca, y comprende elevadas montañas rocosas y fértiles valles; forman la provincia dieciséis distritos indígenas, y se emplea para hacer el viaje desde nuestra estación central de La Platería, cuatro días a caballo, o diez horas en vapor.

Tan pronto como me hube restablecido, salí con mis guías e intérpretes para visitar la región. Cuando llegó al puerto de Moho el vapor en el que cruzamos el lago, nos esperaban muchos indígenas que nos condujeron a una casa cercana, donde acudieron otros de todas direcciones. En seguida celebramos reuniones, en las que los indígenas demostraron mucho interés. Por la tarde llegó una gran delegación del distrito de Occa Pampa, lugar distante siete leguas, para llevarnos directamente allí, pero los indígenas del puerto no consintieron en dejarnos partir hasta la mañana siguiente.

Al día siguiente bien temprano, partimos montados en las mulas que habían traído para nosotros. Pensamos detenernos en el pueblo de Moho, que nos quedaba de paso, a fin de dar a conocer a las autoridades nuestra llegada y la naturaleza de nuestra misión, por las grandes reuniones de indígenas despiertan generalmente subrechos. Cuando llegamos, encontramos centenares de personas reunidas que nos aclamaban a medida que avanzábamos y tuve que pedirles que nos esperaran al otro lado del pueblo, mientras que yo iba en compañía de otros a visitar al gobernador. Este estaba muy nervioso cuando nos recibió, y dijo que ya se había enterado de nuestra llegada. Yo le expuse mi intención de visitar a los indígenas del distrito, y mi deseo de que él conociera mi propósito. Escuchó muy atentamente y dijo al final que nuestra obra no era nueva para él.

¿No saben Uds. que estos indígenas son gente muy mala?-me preguntó.- Mejor sería que no empezasen su obra acá. Son ladrones, borrachos, bandidos y traidores.

-Bien-le respondí.

-¿Cómo dice Ud.: "Bien"? -replico.-¿No sabe que esta es la peor gente del mundo? Su única preocupación es matar a alguien.

Le expliqué que había dicho "Bien" porque al escucharle me había convencido de que ese era el lugar apropiado para empezar nuestra obra evangélica. El solo hecho de que esta gente fuese tan mala probaba que necesitaba el parlar salvador de Cristo.

-Bueno-dijo el,-entonces le deseo éxito.

Encontramos cierta hostilidad en la gente del pueblo a medida que pasábamos; se reunían turbas de hombres y mujeres que nos insultaban y amenazaban. Después de salir del pueblo y andar unas dos leguas, nos detuvo una gran compañía de indígenas amigos, la cual nos condujo a una casa cercana, donde celebramos una reunion animadora, en la cual tuve que hablar muy fuerte, pues se hallaba reunida una gran multitud. Notamos la presencia de unos veinte caciques, a lo que llaman *hilacatas*. Son autoridades indígenas altamente respetadas, hasta para los blancos; llevan una fina varita de madera negra con anillos de plata. Nos dijeron que se alegraban cordialmente de nuestra visita, y habían venido a saludarnos.

Un joven de buena apariencia se adelantó y dijo:

-Señor, estamos muy atrasados. No conocemos las leyes del gran Dios. Hemos estado adorando imágenes y sabemos que no son Dios. Vengan, y ensenen a nuestro pueblo. Estamos muy atrasados.

Después celebramos otra reunión, como de dos horas, durante la cual oíamos exclamaciones de aprobación, y veíamos a muchos tirar su mixtura de coca. Pero los indígenas de Occa Pampa nos recordaron que debíamos ir con ellos. Montamos nuestras cabalgaduras y seguimos nuestro viaje escoltados por un gran número de indígenas a caballo y a pie. Envueltos en sus ponchos de muchos colores, ofrecían un aspecto llamativo, mientras desfilaban por las quebradas. Unas horas mas tarde encontramos otros que venían a recibirnos con banderas y una banda y al llegar a nuestro destino, nos esperaba un inmenso gentio. Descendimos entre aclamaciones, banderas que flameaban, y una lluvia de petalos de pequeñas flores de la montaña, con que nos saludaban las mujeres.

Inmediatamente celebramos una reunión que duró hasta el anochecer. Nunca he visto más entusiasmo que el demostrado en este distrito. Temprano por la mañana siguiente la gente empezó a traer a sus enfermos y tratamos ciento sesenta pacientes en aquel día, y en la mayoría de los casos, la causa de la enfermedad era su modo antihigiénico de vivir.

A la tarde del día siguiente llego de un distrito llamado Wira Pata una delegación de cien indígenas, rogándonos que fuéramos también a visitarlos. Yo había observado que cada vez que salíamos para un nuevo distrito, nos

daban mulas diferentes. Como la que me trajeron esta vez parecía muy inquieta, le dije al cacique que prefería usar aquella en que había venido y retenerla durante toda mi visita por esta provincia.

-No-dijo el cacique,-eso sería imposible. Hemos dispuesto que Ud. visite doce distritos aquí y cada uno de ellos tiene que contribuir con caballos para el viaje, alimentos y algo con que pagar los gastos de la visita.

Al subir, el animal se inquietó más; no tenía silla, sino tan solo una jerga sobre el lomo, y como expresara al dueño mi temor de que me volteara, me dijo alegremente:

-No haga caso, si esto sucede. Como Ud. es alto y la mula, pequeña, cuide de caer sobre sus pies. Así lo he hecho yo muchas veces.

Le aseguré que me bajaría del mejor modo posible. En cuanto salimos, la mula cambió de táctica, pues en lugar de querer voltearme, arrancó a la disparada, y dió tan bruscamente cierta vuelta en una esquina que me dejó tendido en el suelo. No me hice daño, sin embargo, pero inmediatamente los indígenas me consiguieron un animal más manso.

Todo el distrito, hombres, mujeres y niños, salió a recibirnos. El espectáculo pasaba de lo común: los hombres con sus ropas de colores chillones, y las mujeres vestidas de negro-algo que no se ve en otro distrito. Otra vez fuimos saludados con aclamaciones y flores. Las mujeres trajeron sus niños para que los bendijera. Les dije que yo no tenía poder para hacerlo, pero que pediría a Jesús que lo hiciera y estaban sumamente interesados cuando puse las manos sobre los niños y oré a Dios.

Nos fue difícil impedir que la gente se arrodillara ante nosotros y nos besara las manos en señal de adoración. Les prohibimos hacerlo y les señalamos a Aquel que únicamente es digno de adoración. En realidad, era una pobre gente entregada a la idolatría y llena de raras supersticiones. Cuando les contamos la sencilla historia del evangelio, algunas de las mujeres aplaudían deleitadas.

Pasamos cómodamente la noche en este lugar, en una chocita muy bien provista de pieles y frazadas, y mucho antes de aclarar, ya se hallaba reunida delante de nuestra puerta una multitud que nos traía sus enfermos para que los curásemos, y mientras lo hacíamos les enseñábamos como prevenir las enfermedades. Se interesaron mucho en una batería farádica que yo había llevado conmigo, y que resultó ser para ellos una de las maravillas del mundo, pues no habían visto otra antes.

Al día siguiente llegamos al gran distrito de Paru, donde nos esperaba una multitud cuyo número superaba al de todas las anteriores. Mientras hablábamos, tuvimos que tener dos intérpretes colocados en diferentes lugares, pues uno solo no podía ser oído de todos. Hablamos durante dos

horas, después de lo cual asistimos a los enfermos.

Pasamos varios días más, visitando los distritos que los indígenas tenían proyectado que visitaríamos. En todos estos lugares encontramos el mismo entusiasmo por el evangelio. Al llegar al último, llamado Umucho, decidí visitar al cacique que tenía la otra mitad de la "piedra partida." No podía menos de pensar en la maravillosa diferencia entre este viaje, y el que había hecho solo con mi guía tres años antes. No pensaba entonces en el privilegio que tendría de ver miles de personas avidas de oír el evangelio. Ahora tenemos en ese distrito dos grandes estaciones misioneras y siete escuelas diurnas.

Cuando entramos en el patio de la casa del cacique, su esposa corrió a recibirnos y saludandome exclamó:

-¡Oh! ¿por qué estuvo tanto tiempo sin venir? Le dije que solo habían pasado tres años, pero ella replicó:

-No, no, hace a lo menos veinte años que Ud. estuvo aquí.

Trate de convencerla de que solo eran tres, pero ella insistió:

-Hace más de veinte años-y añadió en tono de reproche:

--¡Hemos esperado tanto!

Trate de consolarla, pero sentía que no se me hubiera presentado la oportunidad de visitarlos antes, y especialmente cuando me dijo con lágrimas en los ojos que su hijo había muerto después de mi primera visita. Habían ocurrido tantas cosas en el corto tiempo de mi ausencia que no era de extranar que les pareciese largo.

El cacique no estaba en casa. Su esposa me dijo que había salido de viaje y no volvería por algunas semanas. Le pedí que me dejara ver la otra mitad de la piedra rota, pero me contestó:

- ¡Oh! yo no sé donde se halla, y el cacique ni me dice donde la escondió.

Cuando le comuniqué que pronto abriríamos una estación misionera cerca de ellos, su rostro se animó y exclamó:

-Entonces podremos ir a oír, y tener medicinas para nuestros enfermos.

Me contó, con su manera triste, que muchos, muchísimos años antes, habían sido un pueblo libre y feliz, poseedores de mejores vestidos, alimentos en abundancia, y que no usaban coca ni alcohol. Le dije que les enseñaríamos a abandonar estos vicios, y abriríamos escuelas para los niños. Se expresó como si se sintiera muy feliz, pero dijo otra vez:

-¡Hemos esperado tanto tiempo!

CAPITULO

XIV

Un Libramiento Maravilloso

Transcurridas un as semanas después que regresáramos de este viaje, nos alegró mucho la llegada de otros tres matrimonios capaces. Eran C. V. Achenbach y señora, Juan M. Howell y señora y Roberto Nelson y señora. Mientras ellos se acostumbraban al trabajo en la estación misionera, poniéndose en relación con la obra de los indígenas, mi esposa y yo quedábamos libres para visitar a los pueblos de distritos más distantes.

Decidimos, pues, hacer una jira por aquellos lugares en que se había despertado interés, y llevamos como compañeros a tres indígenas de confianza.

El primer lugar adonde fuimos, fue la provincia de Esquiñas donde teníamos organizada una escuela, a cargo de un indígena. Nos encontramos con que daba sus clases al aire libre, pues sus enemigos, dos semanas antes, le habían destruido el edificio.

Nuestra próxima parada fue en Jollini, a ochenta kilómetros al norte de Esquiñas. Ya habíamos andado diez leguas cuando encontramos algunos indígenas que, enterados de nuestra llegada, nos esperaban en el camino hacía unos días. Nos acompañaron corriendo al lado de los caballos, y siguiéndoles fácilmente el paso durante las cuatro leguas restantes. Llegamos después del obscurecer y los indígenas estuvieron muy complacidos de vernos, especialmente a mi esposa, a quien habían invitado para que los visitara. Procuraron facilitarle todas las comodidades posibles, aunque naturalmente lo mejor que tienen es bastante rústico. Dormimos sobre el piso de tierra y el viento penetraba a través de la choza. Poca cosa crece en estas regiones y no podíamos llevar muchas provisiones en nuestro equipaje, y, en realidad, es un problema conseguir alimentos para los caballos. Pero el Señor ayuda hasta en las condiciones más difíciles, cuando trabajamos para él.

Celebramos reuniones diarias con esta gente, y los encontramos bastante bien enterados del evangelio, pues nuestro obrero nativo Luciano había hecho una obra excelente entre ellos durante varios meses. Bautizamos veinticinco personas muy queridas, y abrimos una escuela con diecisiete alumnos, bajo la dirección de un buen obrero nativo, que había tomado un

curso de enseñanza de dos años en nuestra estación misionera central. Los dejamos muy felices.

-Ahora tenemos una escuela verdadera y una verdadera iglesia-nos dijeron, añadiendo que estaban hastiados de ídolos, imágenes de piedra, madera y barro.

Una mujer nos conto que hacia dos meses había tirado al lago la imagen de San Pedro, y no había vuelto a aparecer todavía, de modo que así sabía que no era Dios.

Una cosa que hace feliz al indígena mas que cualquier otra es saber que el, pobre indígena esclavizado, puede ir a Dios tal cual es, sin tener que hablar primero de sus necesidades con un santo ya rnuerto.

Un momento antes de abandonar este lugar, llego un indígena de Queñuani para llevarnos a su distrito, lo que fue un bien para nosotros, pues teníamos que atravesar un pantano de mas de cuatro leguas, y no habríamos podido hallar el camino.

Nos impresionaron mucho las ventajas que ofrecia Queñuani para ponernos en contacto con miles de indígenas. Tenía comunicación por agua con Bolivia y Puno, la estación de ferrocarril que nos quedaba mejor para ir a la costa del Pacífico, y, además, había un gran mercado en Yunguyo, tan solo a una legua de distancia, donde los indígenas de Bolivia concurrían en gran numero para comerciar. Nos rogaban fervientemente que les enviásemos un misionero y abriésemos una escuela, cosas que prometimos para cuando dispusiéramos de alguien a quien mandar.

Mientras predicábamos entre ellos y asistíamos a los enfermos, llegaron hasta nosotros rumores de que en la población vecina los curas incitaban al pueblo para que nos matase. Esto causo agitación entre los indígenas que nos rodeaban, los cuales preveian un gran peligro si los curas levantaban contra nosotros al populacho, pero yo los tranquilice, diciéndoles que no había probabilidad de que nos dañasen, y menos, que fuéramos muertos, puesto que teníamos libertad religiosa en el Perú. No nos imaginábamos la malicia de los curas ni hasta que extremo eran capaces de llegar.

Después de una estadía de casi una semana, cierta mañana vimos venir hacia nosotros por el valle una gran multitud, entre la cual pudimos distinguir, cuando estuvo bastante cerca, dos curas que la dirigían. Muchos miembros de la turba venían a caballo, otros, armados de carabinas y escopetas, y hasta habia autoridades de pueblos vecinos. No podíamos creer que viniesen a hacernos daño, e imaginábamos que se encaminaban hacia un edificio cercano a nosotros, don de los curas acostumbraban celebrar sus fiestas religiosas.

De todas direcciones llegaban indígenas, hasta que hubo unos quinientos

reunidos. Los curas les hablaron por espacio de dos horas, les dieron a beber alcohol y finalmente los llevaron hasta como una cuadra de la choza en que nos alojábamos. Y allí arengaron de nuevo a la turba, y nosotros nos enteramos mas tarde de que los incitaban a matarnos, alegando que sería un honor, y que no sufrirían castigo si lo hacían.

Transcurrida una hora, el cura arrojó lo que se llama la *fogata*, especie de cohete grande usado en estas regiones como señal para atacar en una corrida de toros, o cosa por el estilo. ¡Cual no fue nuestra sorpresa, entonces, al ver esta turba enloquecida y guiada por el teniente gobernador, la autoridad que debía protegernos! Iba montado en un gran caballo, y llamaba a la gente para que rodeara nuestra casa.

Aun entonces pensamos que sólo tratarían de asustarnos, pero seguían avanzando y juntando grandes piedras. Muchos iban armados de latigos con puntas de acero, y de garrotes. Lo primero que hicieron fue soltar nuestros cinco caballos e inferirles tajos con cuchillos, de modo que saltaron asustados un declive de tres metros y echaron a correr desenfrenadamente por el valle. Quise atajarlos, pero fui atacado por algunos del populacho y herido de varias pedradas. Una de ellas me hirió gravemente en la cabeza, de tal modo que la sangre me cegó. Casi me desmaye, pero mi esposa trabó de mí y me arrastró hasta dentro de la choza y cerró la puerta a tiempo para evitar otra terrible descarga de proyectiles.

En un momento, sin embargo, centenares de piedras, tiradas contra la puerta, la deshicieron y el patio se lleno de indígenas enfurecidos que gritaban. Apilamos prestamente nuestro equipaje delante de la puerta para impedir que forzarán la entrada. Oíamos ahora que gritaban en su idioma: "*Pichim Catum*," lo cual significa: "Agárrenlos y quémenlos," mientras que trataban de hacer a un lado nuestro equipaje, y pegarnos con sus látigos con punta de acero. El mismo hecho de que tantos quisiesen forzar la entrada a un tiempo los retardaba y junto con los aullidos de los indígenas oíamos la risa de los curas.

Durante todo el tiempo no nos habíamos olvidado de dirigirnos a nuestro Señor, y estábamos prontos para afrontar la muerte por él, si tal era su voluntad. De prisa escribí unas líneas a nuestros compañeros de labor y a nuestros hijos que estaban en la estación misionera central, para pedirles que continuasen con la obra. Mi esposa oraba y confortaba a dos mujeres indígenas que estaban con nosotros en la choza. Nuestros tres jóvenes nativos se mostraron valientes y fieles y se afligían solamente por nosotros. Con gran dificultad pude evitar que Luciano se arrojara sobre la gente; si lo hubiera hecho, en un momento le habrían despedazado.

En esto, los curas gritaron al pueblo que prendiera fuego al techo de paja

y obedeciendo a sus órdenes, se aproximaron algunos con antorchas.

Uno trepó a un montón de piedras, pero cuando aplicaba la antorcha al techo, la dueña de la choza saltó sobre las piedras al lado de él, y dándole un golpe, arrancó con sus manos la paja encendida. Cuando terminó de hacer esto, se cayó, y unas pajas ardientes cayeron sobre su cabeza produciéndole graves quemaduras, a causa de lo cual fue después un importante testigo de lo ocurrido.

En el momento en que otros se disponían nuevamente a prender fuego a la choza, y nosotros habíamos perdido toda esperanza de salvación, vimos que la turba entera, inclusive los sacerdotes, se retiraba. Salimos de la choza a tiempo para ver a los curas subir a caballo y salir volando a través del valle.

Al interrogar a un indígena que parecía asustado, y se hallaba cerca, nos dijo:

-¿No ven Uds. esa gran compañía de indígenas armados que vienen para defenderlos?

Yo no los veía. Me volví a mi esposa y le pregunté si ella los veía. Me dijo que no. El indígena insistió en que venía un gran ejército en nuestra ayuda. Miramos en nuestro derredor, pero no pudimos ver nada. Ahora sabemos que Dios envió a sus ángeles en esa forma para salvarnos. No se puede dar otra solución a lo ocurrido.

Debilitado por la pérdida de sangre, me acosté en el suelo de la choza para recuperar las fuerzas, y cuando ya anochecía, llegó una mujer indígena trayendo nuestros caballos. Los había seguido dos leguas corriendo "con la fuerza que el Señor me dio," según declaró. Los ensillamos, subimos y protegidos por una fiera tormenta, abandonamos el lugar.

Sufrimos intensamente del frío, y nuestras ropas estaban mojadas, pero no paramos en la marcha; los relámpagos nos cegaban algunas veces, mientras que otras veces nos mostraban el camino. Habiendo oído que los curas habían incitado también contra nosotros al pueblo próximo, fuimos conducidos por nuestros hermanos indígenas por un camino que no pasaba por allí.

Habíamos andado ya unas cinco leguas cuando mi esposa me dijo que sentía tanto frío y debilidad que temía caerse del caballo y que no podía proseguir la marcha. Ese día casi no habíamos probado bocado. Así que nos detuvimos al lado de la montaña, tendimos nuestras mantas sobre la nieve, y en ellas pasamos la mayor parte de la noche. Al amanecer las recogimos heladas, y continuamos nuestro viaje hacia el pueblo grande más cercano, el de Juli, donde llegamos al mediodía.

Allí las autoridades, enteradas ya del ataque, lo cual las tenía muy

preocupadas, prometieron hacer comparecer a los culpables ante la justicia, pero nosotros no hicimos presión, porque creíamos que todo había sido permitido para adelanto de la obra, y estábamos de buen ánimo. Ya tenemos una grande y prospera estación misionera cerca del lugar donde fuimos atacados.

Para mostrar como fue juzgado este hecho hasta por muchos católicos, insertamos este artículo, publicado por *El Siglo*, de Puno, el 21 de junio de 1916:

"AL MARGEN DE LOS CRIMENES COMETIDOS EN LA PROVINCIA DE CHUCUITO

"Los sucesos escandalosos que acaban de ocurrir en uno de los aillos del distrito de Yunguyo, exasperan profundamente el ánimo de toda persona sensata.

"Los señores curas, don Julio Tomas Bravo y don Fermin Manrique, el 5 del corriente, se constituyeron en Queñuani, en unión de doce vecinos y capitaneando una gran multitud de indios; celebran una misa en la capilla; platican a la multitud inconsciente el exterminio de los infieles; la azuzan para que se lance a victimar al Sr. Fernando Stahl y su esposa, que se hallan ocupados en instalar una escuela para niños indígenas, en la casa de Clemente Condori. La turba allana el domicilio, intenta incendiar, lanza pedradas, aulla, rompe la cabeza del misionero protestante, que salva milagrosamente la vida; taja, acribilla a cuchillazos a sus caballos, impidiendo la retirada. Entre tanto, los curas católicos, esos santos varones con instinto neroniano, se complacen de su obra, ríen y festejan la macabra y criminal escena.

"Tal es el hecho salvaje que, para vergüenza de la provincia de Chucuito y de la República han realizado los que se titulan representantes de aquel genial apóstol y mártir de la humanidad, que se llama Jesucristo.

"Indudablemente que no habrá quien que, por mucho que sea católico, apostólico y romano, deje de escarnecer y condenar los brutales atropellos que se han consumado, después de celebrarse una misa en la que los jueces de paz, tenientes, gobernadores y demás notables, imploraron al Altísimo para matar, robar y achicharrar a los DIABLOS con figura humana, en pleno siglo XX y en pleno día.

"Ahora queremos saber: ¿qué sentimientos, que ideales, que pasiones, que móviles o que mandatos se han llenado o traducido en esa forma? . . .

"La indiada no puede presentir siquiera que sus sentimientos religiosos - si tal puede llamarse al grosero fanatismo en el que el clero la ha mantenido

por espacio de tantos siglos- sufra desmedros ni halle ventajas, con el establecimiento inofensivo de un par de GRINGOS, que bondadosamente enseñan a leer, curan las enfermedades y prodigan los remedios gratuitamente; prohíben los fandangos viciosos de las fiestas, el uso del alcohol y de la coca, etc., etc.

“¿Es acaso que la doctrina de Cristo autoriza, enseña y da reglas para hacer quemar, estropear y matar a los que no creen en los santos evangelios?

"¡No! En su sagrada enseñanza tenemos la mayor liberalidad acerca de la observancia y predicamento de sus doctrinas. Dijo el Nazareno: 'El que quiera tome su cruz y sigame.' De manera que los que contrarian estos principios, no son sino los eternos fariseos mercedores también del hitigo eterno.

"No se han reflejado las pasiones del pueblo; porque por mucho que este sea susceptible de exasperarse, al verse herido en su amor propio, en su anhelo, en la fe que profesa, demasiado conocida es la indole y psicología que lo caracterizan: no es capaz de asumir actitudes intemperantes y criminosas, en defensa o en contra, de cuestiones de cuya trascendencia la mayoría no se da cuenta y el resto tiene ya atisbos y hasta ideas claras sobre los beneficios que reportan los de la misión evangélica, con la obra humanitaria que realizan en la Platería, por ejemplo.

Los móviles que han tenido los atacantes, no son misteriosos; se explican: Han 'pretendido atemorizar a los misioneros, mediante una poblada infame, sin comprender la altura de miras de los adversarios, o mas bien desvirtuándola simiesca y ridiculamente, sin tener en cuenta el gran valor moral que tienen, su poderosa percepción y lo indomables que son en sus empresas. Pero han medido, esos del escándalo, las consecuencias que podían producirse, empujando a una turba desenfrenada, ignorante y alcohólica sobre seres indefensos? . . Es un milagro que no se lamenten consecuencias trágicas, a la fecha. "Los curas por mas de trescientos años han tenido en la condición mas deplorable e inhumana a la raza indígena, usufructuando sus intereses, peor que parasitos. Y no digan aquellos ni nadie que el gobierno tiene la culpa de tal situación. Las riendas del Estado, en todo tiempo, jesuiticamente han sido manejadas por ellos, que jamas se han preocupado de establecer siquiera una escuela ni de doctrinar al rebaiio, como les corresponde. De manera que de la situación actual, ellos son los culpables: han vendido a los corderos, y, como Judas, deben pagar sus pecados y delitos. El despertar de la raza a la que en provecho suyo quieren siempre mantener en la abyección, los inquieta profundamente, solo ahora.

"Si como vicarios de Jesucristo y ministros de la Santa Madre Iglesia, fueran espíritus morales, honrados, caritativos y buenos, siquiera, mere-

cerían el respeto y se impondrían ante la consideración social. Pero ¡vamos!, se lanzan al crimen, al robo, al asesinato, lejos de oponer el buen ejemplo, la doctrina, la virtud a la propaganda que creen nociva; es claro que tienen que ser escarnecidos y repudiados.

"El mismo individuo que en la Platería atacó en unión de los cretinos que acompañaron al obispo Ampuero, asalta hoy al frente de una banda armada en Queñuani. He ahí el fruto de la impunidad.

"El mismo que en esta ciudad ha ayudado o servido de comodín para saquear la plata labrada de la iglesia de San Pedro, dirige hoy el asalto contra los mensajeros de la civilización. He ahí el resultado del silencio, de la inacción que tarde o temprano son cómplices del crimen.

"Las corrientes sanas del siglo nos han traído a los evangelistas, a esos espíritus verdaderamente cristianos, que mejor que los curas respetan las imágenes de los santos, la fe de los enemigos, siendo caritativos, o más que esto, filántropos y humanos. Apoyémosles en su sagrada misión.

"Ya sabemos que los curas, en su mayor parte, con sus frecuentes escándalos, inmiscuyéndose en forma punible, en los intereses y negocios de la vida civil y política se hacen ya intolerables. Contengámoslos en sus abusos: exigiendo la sanción penal, con el respeto que merecen los hombres, las leyes, el orden, la cultura y los sentimientos ajenos.

"Si el clérigo delinque como un ratero, como un ladrón o asesino, que tras las rejas de la cárcel aprenda la moralidad, ya que desde el altar predica la maldad.

"Y si los evangelistas se muestran irreverentes, irrespetuosos y desmoralizan y corrompen a la indiana, acuseles, sin consideración alguna, ante las autoridades establecidas. Las leyes amparan, obligan y protegen igualmente a todos.

*"Unos católicos que han repudiado
siempre la actitud de los curas.
Junio 18 de 1916."*

No podemos esperar llevar a cabo una obra de esta naturaleza sin encontrar seria oposición de parte de Satanás, que está airado cuando ve que la verdad se posesiona de centenares de estos pobres indígenas engañados, y que una vida pura suplanta a la corrupción y maldad. "Id," es el mandato, y adelante iremos con la fuerza del Señor.

Aquellos dos curas ya han muerto. El cura Manrique nos pidió ayuda en su última enfermedad: hicimos todo lo posible, pero sin resultado. El cura Bravo, joven todavía, e instigador del asalto de Queñuani, falleció en Moho

en junio de 1919, de una fiebre terrible, atendido solo por unos pocos indígenas, y por temor al contagio, no tuvo amigos que acompañaran sus restos a la sepultura: solo lo hicieron tres indígenas pagados para ello.

CAPITULO XV

Enemigos Desarnados

Nos encontrábamos en condiciones de establecer cuatro estaciones misioneras nuevas, y veíamos que disminuía la persecución de que éramos objeto. Algunos de nuestros más encarnizados enemigos requerían nuestra asistencia médica.

Un mensajero llevo de cierto pueblo bastante lejano de la estación misionera principal, para pedirme que asistiera a una familia enferma de aquel lugar. Cuando llamé a la puerta, fue abierta esta por un criado, y luego se me acercó el dueño de casa preguntándome si no lo recordaba. Le confesé que no tenía idea de haberle visto antes. -Bueno-dijo,-yo era subprefecto de Puno hace cinco años, cuando Ud. y otro señor vinieron ami, y no los trate con mucha bondad.

Le reconocí entonces, pero había cambiado mucho en su aspecto. El pastor Westphal y yo le habíamos visitado para interesarle en favor de nuestra obra entre los indígenas, pero cuando se enteró de ella, por nuestras explicaciones, nos dijo muy irritado y sacudiendo furiosamente el puño ante nuestras caras que haría todo lo posible para impedir esa obra. Desde entonces no le había visto, porque después de aquel incidente, le habían destituido de su puesto.

-Entonces yo hice peticiones contra Uds. y su obra-agregó despues, y me impuso de algunas de sus tentativas para danarnos, que yo ni sospechaba.

-Ahora los conozco mejor. Hace tiempo que deseaba visitarle para decirle cuanto lamentab a lo que había hecho, pero me faltaba ánimo y siempre pasaba de largo por su casa.

Nos aseguro que hacía tiempo que ya era nuestro amigo y yo le manifesté mi agrado por ello. Le dije tambien que, en aquel tiempo, yo sentía su oposición, pero Dios la habia tornado en beneficio de nuestra obra. Desde entonces estuve en su casa varias veces, ayudando a su familia en sus enfermedades, y el ha guardado siempre su palabra, manteniendose firme en su amistad.

Poco después me llamaron de uno de los pueblos que mas había descollado en perseguirnos. El mensajero llevo a medianoche, pidiendo:

-Por favor, venga en seguida, que esta enfermo uno de los hombres principales de nuestro pueblo.

- "¿Quién es? -le pregunté.

- ¡Oh! -contestó, evadiendo la pregunta. -Es uno de los principales de allí.

Me vestí y tome mis maletas en las que guardaba las medicinas, pero me dijo el hombre al salir:

-No necesita ensillar su caballo, pues yo he traído expresamente uno para Ud.

Subí al caballo y me puse a seguir mi guía, que iba a paso muy rápido, sin cuidar de los caballos, que tenían que hacer treinta y dos kilometros. A mis preguntas para conocer al enfermo, respondía evasivamente. A la entrada del pueblo nos recibieron el alcalde, el gobernador y el juez del distrito. Me apeé y después de estrecharnos las manos inquirí quién era el enfermo. Parecían agitados al responder que el hombre estaba enfermo desde hacía tiempo, pero que ahora la enfermedad había tornado un aspecto peligroso. Y preguntaron si yo iría a cuidarlo.

- ¡Cómo! -les contesté, - ¡si a eso vine! -Bueno-dijeron, -pero no sabemos si Ud. le cuidaría o no.

-Seguramente que lo haré, para eso vine -repetí,- y cada momento es valioso si ese hombre esta tan enfermo como Uds. dicen.

Al último habló el juez y dijo:

-Se trata del cura Molina.

Confieso que este nombre me turbó por un instante, pues algunas semanas antes, el mencionado sacerdote había incitado al populacho para que nos matase. Pero inmediatamente les conteste:

-Estoy aqui para hacer todo el bien que pueda. Conduzcanme hasta el enfermo, que estoy muy contento de poder cuidarlo.

Llevado a la casa del cura y hasta su pieza, donde estaba postrado sufriendo intensamente, en pocos momentos, con la ayuda de Dios, alivié sus dolores. Me lo agradeció mucho y me habló de la agonía en que había estado durante los tres últimos días.

Pero para curarse radicalmente, debía someterse a una operación y le aconseje que fuera a una de las ciudades de la costa, donde había buenos cirujanos. Consintió en hacerlo, y al despedirme me rogo que fuese con el hasta la estación. Inmediatamente dió ordenes para que preparasen una camilla en que conducirlo a la estación, a dos días de viaje de aquel lugar. Salimos a la mañana siguiente. Llevaban al enfermo cuarenta indígenas que se relevaban sin parar. Además nos acompañaban diez de los principales del pueblo. El cura insistió en que yo montase su caballo y cabalgara junto a el. A cada rato extendía la mano para ver si yo estaba a su lado. Como pasaramos apresuradamente por los distritos mas poblados, la gente salía a vernos asombrada, y en uno de los pueblos oí exclamar:

-¿Que es lo que vemos? ¿El cura prisionero del evangelista el evangelista prisionero del cura?

Entrada la noche del segundo día, llegamos a la estación del ferrocarril. Ayude al cura a subir al tren, le acomodé las frazadas, y le dí algunas medicinas que aliviarian sus sufrimientos hasta que llegara a su destino. Se fue a una ciudad de la costa, donde le operaron y a los dos meses volvió sana y muy amigo nuestro.

Sin embargo, otros curas del mismo distrito no se mostraban muy amistosos y hacian todo lo posible para evitar que la gente viniera a nosotros, pero sin éxito. Aquellos a quienes aconsejaban que no tuviesen nada que ver con nosotros, porque erarnos diablos, les respondian riendo:

-Uds. quieren alejarnos de algo bueno, pero cuando Uds. enferman llaman al evangelista en seguida.

Y así los curas iban perdiendo su influencia por todo el distrito.

Además de la estación principal de La Platería, tenemos ahora (1919) tres grandes estaciones misioneras a cargo de misioneros llegados de Estados Unidos y dos subestaciones a cargo de indígenas educados en La Platería. En cada una de estas estaciones hay una gran escuela. Además tenemos en las provincias vecinas otras veinte escuelas, con una asistencia de más de dos mil niños. El número de indígenas bautizados pasa de 1.500, y son millares los que estudian el evangelio que los prepara para dar este paso. Lo que se necesita grandemente es: hombres y mujeres para hacer adelantar la obra. Es lo único que falta; las puertas estan abiertas. El maestro que llega no necesita anunciarse, pues en cuanto desembarca, una muchedumbre se posesiona de él y lo lleva para que les enseñe. Se necesita una escuela donde estudien los indígenas para llegar a ser obreros eficientes entre su propio pueblo. Los indígenas que abandonan el uso del alcohol y coca no tardan en disponer de medios con que comprar ropas mejores y para proveer sus chozas de artículos necesarios, como ser, mesas, utensilios de cocina, cuchillos, tenedores y cucharas. Y sobre estas mesitas de las chozas indígenas se ven ahora himnarios, Biblias, literatura moderna y textos escolares para los niños.

CAPITULO XVI

Los Quichuas Claman por Ayuda

Durante más de un año los quichuas del inmenso distrito de Sandia y de la provincia de Cuzco nos habían estado pidiendo que fuéramos y les enseñáramos como a los aimaraes. Hayen las regiones de Sandia y Cuzco más de millón y medio de quichuas, cuyos hábitos no difieren de los que siguen los aimaraes; aunque, si, son de disposición más apacible.

Hasta 1917 nuestra obra se había circunscripto a los aimaraes; no podíamos responder a todos los llamados que se nos dirigían, y por esta razón habíamos demorado nuestra entrada en el territorio quichua. Aun entre los aimaraes, había, hasta el momento de escribir este libro (1919) muchos distritos que esperaban pacientemente un maestro. Cada pocos días viene un indigena a preguntar:

-¿Ha llegado nuestro maestro?

Estan resueltos a conseguir el primero que llegue a nuestro centro. Vigilan tan de cerca que sería imposible mandar a uno de contrabando a los quichuas. Cuando estos vinieron por primera vez a nuestra misión, se quedaron parados a cierta distancia; en cuanto les sonreimos, entraron en el patio, y allí les dimos la bienvenida, haciendo lo posible para que se sintiesen a gusto.

Era mi preocupación como conseguir un intérprete para cuando estuviéramos listos para ir entre los quichuas, pero Dios proveyó. Pocos meses antes de la llegada de sus primeros mensajeros, vino un viejo quichua con su hijo, solicitando que se aceptase a este en nuestra escuela diurna. Nos alegramos de recibirle. Hizo rápidos progresos y resulto una joya. El me acompañó en mi primer viaje entre los quichuas, en los cuales demostraba verdadero interés; e hizo una obra excelente.

Cuando llegaron los primeros mensajeros de esta tribu, estábamos tan ocupados que no pudimos contestar a su pedido con una visita. Pero vinieron más y más mensajeros de aquellos, implorandonos que fuésemos a su distrito lejano. En una ocasión llegaron cinco mensajeros de Sandia, a siete días de viaje por las montañas, cuando nosotros acababamos de salir para hacer una jira entre los aimaraes. Cuando se les dijo que no volveríamos hasta transcurrir tres semanas, respondieron sencillamente:

-Esperaremos hasta que vuelvan, porque esta vez no nos vamos sin ellos.

A mi llegada, su ansiedad por mi visita conmovió mi corazón y a pesar de mi cansancio y de la cantidad de trabajo que me aguardaba, me prepare para salir con ellos al día siguiente. Después de cinco días, llegamos al pueblo de Cojata, situado a una altura de 4.300 metros sobre el nivel del mar. El suelo estaba cubierto de nieve y el aire estaba muy frío. Al sexto día cruzamos la línea divisoria de las aguas. El tiempo era muy frío, y rugía una terrible ventisca. La nieve me cortaba la cara, y nos sangraban los labios. Mi mulo Sansón comenzó a sangrar por la boca y la mula por la nariz. Para empeorar la situación, la nieve ocultaba el camino y también los numerosos manantiales de agua caliente que hay en estas mesetas de las montañas, de modo que a menudo caían nuestros animales en alguno de ellos y se quedaban empantanados en el lodo.

Después de sufridos varios de estos inconvenientes, los mulos se pusieron tan inquietos que costaba hacerlos adelantar. Cuando caíamos en uno de estos lugares fangosos optábamos por obligar a nuestros mulos a que lo cruzaran, si podían. Una vez, al salir de uno de dichos pantanos y tocar tierra firme, nos dimos cuenta de que estábamos en una trampa. Nos rodeaba una extensa faja de este terreno fangoso. No podíamos retroceder, porque el agua había crecido y derretido la nieve, haciendo el camino peor que antes. Nuestros guías quichuas recorrieron el círculo varias veces en busca de una salida, hasta que uno de ellos dijo que creía haberla encontrado. Cuando llegamos adonde estaba nos fijamos en unos islotes, por así decirlo, que distaban cosa de metro y medio uno de otro, y saltando de uno a otro, los mulos habrían de poder llegar a la otra orilla.

Pero yo estaba muy preocupado a causa de mi mulo Sansón. Era un animal inteligente, fuerte y de mucha voluntad. Yo me preguntaba si podría hacerle saltar de una de estas islas a otra, como había hecho uno de los guías con su animal, cuando de repente, y sin que le dijeran ni una palabra, Sansón dio un salto desesperado cayendo sobre la primera isla, después a otra, luego a la tercera y finalmente a tierra firme sin darme tiempo ni para respirar.

Desde entonces he tenido en mejor concepto a los mulos. En realidad, tienen buen sentido común. Y quiero decir aquí una palabra acerca de este mulo mío Sansón. Me ha llevado centenares de kilómetros por estas montañas, sin nunca faltarme. A menudo, después de observar su fidelidad y energía, he murmurado una oración: "Señor, hazme tan fiel en mi esfera como Sansón en la suya."

Aquella noche dormimos en una choza vieja y destartalada. Digo dormimos, pero, en realidad, no pudimos hacerlo. La húmeda nieve caía por el techo y, pasadas unas horas, sentíamos tanto frío que, no pudiendo soportarlo más, decidimos continuar el viaje. El día siguiente fue la

repetición del anterior. La nieve continuaba cayendo y el camino se nos perdió de vista. Únicamente por la dirección que seguía la cordillera, podían los guías reconocerlo.

A la tarde, sin embargo, llegamos al término de la elevada meseta por la cual habíamos estado viajando, y empezamos a descender. Volvimos a encontrar el camino y después de unas horas de penoso viaje, entramos en un pequeño valle. El camino iba orillando un torrente, a cada lado del cual había chozas de indígenas. Sus moradores se iban reuniendo mirándonos con temor y asombro, hasta que el guía los llamó con voz fuerte. El les había dicho que yo era el misionero así que me esperaban y corrieron en todas direcciones para llamar a otros. Algunos iban corriendo adelante de nosotros. Nuestro guía principal mismo se excitó tanto que salió al galope, dejándonos el trabajo de encontrar el camino. Una vuelta de este nos puso frente a una casa que estaba en la otra orilla del río. Alrededor de dicha casa había muchos indígenas reunidos y algunos encaramados al techo. Deduje que aquí debíamos detenernos, y así era. Cuando baje de mi mulo, las mujeres, los niños y los hombres extendían los brazos hacia mi, con exclamaciones de gozo. En mi vida nunca se me había dado una acogida más calurosa, y ella me hizo olvidar muchos de los contratiempos de techo y, pasadas unas horas, sentíamos tanto frío que, no pudiendo soportarlo más, decidimos continuar el viaje. El día siguiente fue la repetición del anterior. La nieve continuaba cayendo y el camino se nos perdió de vista. Únicamente por la dirección que seguía la cordillera, podían los guías reconocerlo.

A la tarde, sin embargo, llegamos al término de la elevada meseta por la cual habíamos estado viajando, y empezamos a descender. Volvimos a encontrar el camino y después de unas horas de penoso viaje, entramos en un pequeño valle. El camino iba orillando un torrente, a cada lado del cual había chozas de indígenas. Sus moradores se iban reuniendo mirándonos con temor y asombro, hasta que el guía los llamó con voz fuerte. El les había dicho que yo era el misionero así que me esperaban y corrieron en todas direcciones para llamar a otros. Algunos iban corriendo adelante de nosotros. Nuestro guía principal mismo se excitó tanto que salió al galope, dejándonos el trabajo de encontrar el camino. Una vuelta de este nos puso frente a una casa que estaba en la otra orilla del río. Alrededor de dicha casa había muchos indígenas reunidos y algunos encaramados al techo. Deduje que aquí debíamos detenernos, y así era. Cuando bajé de mi mulo, las mujeres, los niños y los hombres extendían los brazos hacia mi, con exclamaciones de gozo. En mi vida nunca se me había dado una acogida más calurosa, y ella me hizo olvidar muchos de los contratiempos del viaje. Como esto era mi primer trato con los quichuas, me animó a creer que

nuestra obra progresaría entre ellos.

Los días que siguieron parecían alentar esta esperanza. La gente se gozaba en los cantos; se deleitaba en la palabra de Dios a medida que le era explicada y prestaba la atención más reverente a las oraciones.

Habían construido una choza especialmente para mí, y a ella me llevo del brazo el viejo cacique. Note que había sido revocada –cosa nada común entre los indígenas- y que en el suelo había paja nueva.

-Padre- dijo el cacique, -hemos construido esta casa para ti; queremos que estés un año entre nosotros.

Le conteste que era desasido tiempo, porque yo tenía enfermos que cuidar, y otra clase de trabajo que hacer.

-Bueno- dijo,- entonces quédate con nosotros seis meses.

-¡Oh, tampoco podría quedar seis meses!

Entonces lo redujo a tres meses, y finalmente le dije que permanecería solo unas pocas semanas, pero que volvería tan pronto como fuera posible, y tal vez con un maestro para que quedase con ellos. Esto pareció satisfacerle.

Las reuniones que siguieron fueron ocasiones maravillosas, en las que de un modo notable se hizo evidente la presencia del Espíritu de Dios. Los corazones estaban impresionados y muchos se convirtieron al Señor Jesús. En una de estas reuniones note lágrimas que caían por las mejillas de un viejo cacique que se hallaba de pie en medio de la multitud. De repente, levantando la mano, exclamó, en voz alta:

-¡Oh, mi pueblo, el cielo ha venido a nosotros! No es sino el cielo, lo que ha venido a nosotros.

Yo había oído muchas de estas declaraciones entre los pobres indígenas durante mis nueve años de trabajo con ellos, pero ninguna me afectó tanto como esta. Ser un mensajero de Dios, traer el cielo a la gente, es un motivo de alegría. Estas palabras resuenan desde entonces en mis oídos y me han estimulado a ser siempre más fiel en mi obra.

CAPITULO XVII

En Frecuentes Peligros

Cuando, después de una estada de pocas semanas entre los quichuas, nos preparabamos para regresar a La Platería, dos mensajeros nos dieron la noticia de que en el pueblo de Sandía, a unos treinta kilómetros de distancia, los curas incitaban a los indigenas a matarnos, contando con el apoyo de las autoridades, las cuales juntaban soldados para arrestarnos, bajo la acusación de ser promotores de rebelión de los indígenas contra el gobierno. Agregaron que sin duda ya se habría puesto en marcha la turba.

Con la experiencia análoga que habíamos tenido en Queñuani con los sacerdotes, no dudaba en creerlos capaces de cualquier cosa, así que empaquetamos prestamente nuestras cosas y emprendimos viaje a nuestra casa, guiándonos los indígenas hasta la salida del valle por una senda apartada de los pueblos. Fue una suerte que así hicieron, pues según supe más tarde, dos horas después de nuestra partida, llegó la turba a cuyo frente iban ocho soldados con la orden de arresto. Les llevó algún tiempo averiguar que camino habíamos seguido, pues los indígenas se negaban a decirlo, y cuando lo descubrieron, ya estábamos fuera de su distrito. Entonces los indígenas que nos habían hospedado y muchos de los que habían asistido a las reuniones fueron llevados presos al pueblo -a más de treinta kilómetros de distancia- donde a algunos se les puso en el cepo, a otros se les azotó y a todos se les negó el alimento. Más de cincuenta personas fueron así tratadas, según me informaron unos mensajeros que pudieron escapar a los guardas, y se reunieron con nosotros dos semanas más tarde.

Evitábamos pasar por los pueblos, y dormíamos en las montañas. Al tercer día, entramos en un camino muy peligroso, tan angosto en ciertos lugares -unos sesenta centímetros- que teníamos que apearnos. Nos raspabamos las rodillas contra la roca de un lado, para no caer en el espantoso precipicio que había al otro, y la perspectiva era de recorrer cincuenta kilómetros en esa forma. Yo me había adelantado para buscar como pasar, en caso de que alguien viniese en dirección opuesta.

Hicimos sin contratiempos casi todo el camino, cuando, al llegar casi al término, nos encontramos con unas mulas que venían cargadas de rollos de láminas de hierro, seguramente para alguna mina del interior. Hallamos un

lugar donde, obligando a nuestros animales a poner sus patas delanteras sobre el lado elevado del camino, y empujando su cabeza a un costado, se dejaba escaso espacio para que pasaran las mulas cargadas. Tres de estas lo hicieron perfectamente, pero cuando le toco a la cuarta, nuestro caballo negro, llamado Noche, se asustó, y por tratar de librarse del hombre que lo sujetaba, faltó el suelo a sus patas traseras y repentinamente se hundió en el precipicio, rodando unas veces y, otras veces, saltando de una roca a otra como una bola, cayendo ora sobre sus patas, ora sobre el lomo.

Se detuvo muy abajo; inmediatamente me deslicé por el declive, creyendo que el caballo tuviera rotos todos los huesos, pero cuando llegué cerca de él, hizo un esfuerzo para incorporarse; con una palabra se lo impedí, de lo contrario hubiera caído unos doscientos metros más abajo, para llegar al fondo del cañón. Con cuidado le quite los restos de la montura y las sogas, y al examinarlo compruebo que, por milagro, no se había lastimado en lo más mínimo.

Ahora se presentaba la cuestión de hacerle subir hasta el camino. Uno de mis guías había descendido después de mi, y con él convine en hacer subir el caballo en zigzag por la escarpada pendiente. Teníamos que caminar grandes distancias antes de encontrar un lugar donde dar vuelta, y caminar ligero para no perder el equilibrio, de modo que recomende al muchacho que iba detrás, pues yo guiaba al caballo, que no escatimara los latigazos para hacerlo correr.

De este modo, después de varias horas de penoso trabajo, llegamos a la última parte de nuestra ascensión. Treinta metros de carrera nos llevarían a un lugar como a un metro y cuarto debajo del estrecho sendero. Recomende al guía que, en este sitio escarpado que llevaba al camino, hiciese un esfuerzo especial para obligar al caballo a dar el último salto, pues si no tenía éxito, se precipitaría otra vez en la garganta.

El indígena se dió cuenta de la situación y hasta el caballo pareció comprenderla, porque cuando yo, con gran esfuerzo, hube saltado, y el guía le gritó fuerte, dándole sin regatear con el latigo, dió un salto desesperado, y consiguió subir al camino.

Pronto penetramos en el distrito muy poblado de Limbani. Llegamos al pueblo de Crucero mientras se celebraba una romería. Yo había visto muchas fiestas religiosas, pero nunca una que se llevara a cabo con tanto exceso de borrachera. Peligraba la vida de cualquier transeunte; las peleas eran horribles y cada pocos minutos se sacaba a alguno de la multitud, gravemente herido. Pregunte que fiesta era, y se me dijo que era la de Santa Rosa. Sentía yo ganas de llorar al ver a aquellos centenares de indígenas engañados, que pensaban que en esa forma servían a Dios. Por experiencias

anteriores sabía que entre ellos habia muchas almas nobles, y anhelaba ver el día en que pudieran establecerse entre ellos maestros del evangelio. Pensaba en los indígenas de nuestra estación misionera central, que antes habían procedido de esta manera, y ahora estaban sanos de cuerpo y espíritu, glorificando por ello al Dios viviente y al evangelio de Jesucristo. Me acordaba de Luciano -como después de su bautismo, habiendo vivido la vida nueva durante dos años, su familia le amenazo con desheredarle si no abandonaba todo, y como recurrió entonces a mí, preguntándome que podía hacer para ayudar a los suyos. Al último se dirigió a ellos una noche, y les dijo que nunca abandonaría a Jesus, sino que antes estaba gustoso de dejar todas las demas cosas por su causa. En menos de un año y debido a su firmeza, todos los suyos aceptaron a Cristo.

En otra ocasión, cuando me acompañaba en un viaje, nos detuvimos en cierto pueblo para atender a algunos enfermos en la plaza. El juez del lugar se dirigió a Luciano y le pregunto ásperamente que habría sido de el a no caer en manos del misionero. A lo que respondió gravemente Luciano:

-¡Oh! ¿qué hubiera sido de mí? ¿Qué son todos estos pobres indígenas de los alrededores? Yo estaría hoy en la tumba de un borraeho.

Me acordaba de Antonio Alberto, muchacho robusto que se consagró a Dios, y que siempre llevaba sus libros consigo para estudiar y llegar a ser maestro entre su pueblo, y como durante sus vacaciones, bajo a la region cálida del Perú, haciendo un viaje de siete días, y trabajo en pantanos infestados de miasmas palúdicos, a fin de ganar dinero con que proseguir sus estudios. Mientras regresaba con su padre, quien habia ido a buscarle, enfermo repentina y gravemente, y cuando llegaron alas altas regiones de la montaña, no pudo avanzar más. Acostado, moribundo, al lado del camino en medio de estas tristes pendientes, sacó de su seno un atadito con dinero, que entregó a su padre, diciendole:

-Padre, prometeme que cuando llegues a casa, llevaras el diezmo de este dinero a la misión, porque pertenece aDios.

Sus ultimos pensamientos fueron para su deber hacia Dios. El padre le sepultó al lado del camino donde murió y estoy seguro de que en el día de la resurrección, cuando los ángeles de Dios reúnan a los escogidos de los cuatro extremos de la tierra, la solitaria tumba de Antonio no sera olvidada.

Recordé al viejo Hno. Salas y su esposa, que, por muchos años, fueron directores de los bailes. Tenía él la cabeza marcada con una infinidad de cicatrices de las muchas batallas en que había tornado parte, y cuando le conocimos estaba casi loco por el uso de la coca. En la primera reunión que tuvimos con los indígenas, arrojó lejos sus hojas de coca, y de pie, con su esposa, exclamo: -¡Oh, si hubiéramos sabido esto antes!

Bien recuerdo las luchas que estos ancianos sostuvieron con el hábito de la coca, y como cuando el fiero deseo de la droga se apoderaba de ellos venían a nosotros, con el sudor que corría por su rostro, y nos arrodillábamos para pedir al Señor que los librara de ese ardiente deseo. Bien recuerdo cuando obtuvieron la victoria y como en la próxima reunían de oración, al recibir los indígenas oportunidad para dar testimonios, Salas se levantó y alzando con reverencia su rostro hacia el cielo, dijo:

-¡Oh, yo te doy gracias a ti, Dios del cielo y de la tierra, por la esperanza del gran mas allá y por tu libramiento del pecado! Te doy gracias por lo que mis oídos han oído acerca de tu palabra. Bendito sea tu santo nombre. Mis días están contados en esta tierra, pero tengo en mi corazón el gozo de poder encontrarme pronto con mi Salvador.

La vista de este rostro que expresaba amor, agradecimiento y santidad, era una recompensa por lo mucho que teníamos que soportar al proclamar las buenas nuevas de salvación a esta raza desamparada. En los comienzos de la misión, había quienes se burlaban de nosotros y decían: -Estos indígenas son peores que bestias. No van a perseverar. Pero los que así hablaban no contaban con Dios y su poder custodio. Más de mil quinientos indígenas han sido bautizados y en tantos años, no he sabido de uno solo que deliberadamente haya abandonado el evangelio. También decían los burladores: -Estos indígenas no pueden comprender el evangelio.

Pero el Señor dice: "El principio de tu palabra alumbró; hace entender a los simples," y esta declaración ha sido confirmada entre esta gente.

A esto se asocia el recuerdo de María, hermosa niña indígena de dieciocho años. Ella fue asidua asistente de las reuniones de oración y de los sábados durante muchos meses, pero un sábado faltó. Pregunté por ella y un hombre me dijo:

-María tiene la viruela.

A la mañana siguiente, mi esposa y yo montamos a caballo y con un guía subimos por la escarpada montaña. Esto nos llevó varias horas, y luego de cruzar un llano de unos treinta kilómetros de ancho, bajamos por un pronunciado declive, tan inclinado que hubimos de colocar las cinchas bien atrás, para que las monturas no se salieran por la cabeza de los caballos. Después de descender muchos centenares de metros, cruzamos otro llano ancho, atravesando dos ríos en el camino, y finalmente, ya hacia el atardecer, llegamos a una choza aislada, entre las montañas, ante la cual el guía nos dijo:

-Aquí es don de vive María.

Cuando entramos, y una vez que nuestros ojos se acostumbraron a la obscuridad que reinaba, vimos a María acostada en el suelo, a un lado de la

pieza. La llamamos por su nombre, y ella se incorpora, haciendo ademán de abrazarnos, pero se contuvo pensando en su terrible enfermedad, y se deja caer sobre la cama.

-¡Oh! -dijo, -me alegro tanto que hayan venido a visitarme! Estoy muy feliz en Jesús. Voy a morir, pero no tengo miedo.

Luego exclama:

-Cántenme uno de aquellos hermosos himnos y oren conmigo. Oramos y cantamos, mientras que su voz débil se unía a la nuestra. Cuando, al levantarnos, vio que llorabamos, nos dijo: -No lloren ni se aflijan por mí, porque no tengo miedo. Voy a dormir en Jesús, y en el día de la resurrección los veré otra vez.

La última palabra que dijo cuando salíamos de la choza, fue:

-H a-ki-sin-ca-ma, -lo que significa: "Hasta que los vea otra vez."

¿Quién puede decir que la mente de esta niña indígena no había abarcado el gran plan de salvación? ¿Quién puede decir que no comprendía el evangelio? Pocos días después de nuestra visita, ella murió, pero sabemos que cuando aparezca el Dador de la vida, levantará María para darle vida inmortal. ¡Cuántas veces estas cosas nos han inspirado a ser más fieles, y seguir enseñando a la gente! ¡Cuántas veces han mantenido nuestro ánimo cuando sufríamos frío y penurias en esta obra entre las elevadas montañas! ¿Causará asombro que nos duela el corazón al ver tantos centenares que están todavía en tinieblas? ¿Quién no prestará oídos a los llamados de los paganos de estas oscuras tierras, que desean recibir a Jesús y sus maestros?

Que el Espíritu de Dios impulse a muchos jóvenes, hombres y mujeres, a abandonar sus ambiciones mundanas y consagrar sus vidas a Dios, yendo a estos campos necesitados, entre gente que nunca ha oído la hermosa historia de la cruz. Que el Señor mueva a aquellos que no pueden ir, para que den con generosidad de los recursos que les han sido confiados, a fin de que la obra del evangelio progrese. ¡Oh, que se envíen maestros a estas regiones! ¿Abandonaremos nuestra obra ahora? ¿Privaremos a estos indígenas de la oportunidad de conocer al Dios viviente? Estoy seguro de que todos nos dirán: Continúa con la obra para con estos hijos de Cristo que están en la obscuridad.

CAPITULO XVIII

Primeros Ensayos entre los Chunchos^à

En el departamento de Junin, Peru Central, hay inmensas selvas tropicales habitadas por gran número de chupchos, nombre que quiere decir "salvajes." Hay varias tribus de estos indígenas, pero la mayor y mas fuerte es la de los campos, cuyo dialecto entiende la mayoría de las otras tribus. Los campos son fuertes y altivos, corpulentos y erguidos.

Algunas personas me habían dicho que no fuera entre ellos, que era peligroso, puesto que se trataba de un pueblo cruel e implacable, para el cual la simpatía era una cualidad desconocida. Además se me dijo que estas selvas eran muy malsanas porque en ellas había terribles fiebres en acecho, y que estaban infestadas de fieras y serpientes. Pero el Señor nos ha dado la orden: "*Id por todo el mundo; predicad el evangelio a toda criatura,*" y Aquel que nos dio esa orden puede y quiere protegernos de todo daño si tan solo le obedecemos.

Después de conseguir dos indígenas campos como guías, emprendí viaje aguas abajo del río Perené en una pequeña jangada. Me habían aconsejado que me vistiera muy livianamente para este viaje, puesto que nuestra embarcación podría zozobrar facilmente, y entonces tendríamos que nadar para salvarnos. Este río Perené es una corriente tortuosa, rugiente y rápida. Nuestro viaje fue una sucesión de sustos y difíciles escapes de zozobrar. Cuando nos lanzábamos por las agudas curvas, el agua nos salpicaba con su espuma. Como alas tres horas de haber partido, note que mis guías empezaban a remar freneticamente para cruzar un rabion. La corriente nos llevaba con la velocidad de un tren expreso hacia una gran roca hueca que estaba casi en el centro del rio en la boca de una curva, y al momento fuimos lanzados contra la roca. Mis dos guías fueron despedidos de la jangada, pero volvieron a agarrarse de ella, y como la embarcacion se habia puesto de

^à La edición original de esta obra. escrita en inglés. fue compilada en el año 1918. mientras el autor y su esposa estuvieron con licencia en los Estados Unidos. Después de unos cortos meses. volvieron a su misión en el seno de la sierra peruana; pero antes de un año. Su salud resulto estar tan quebrantada por sus incesantes y arduos trabajos en condiciones muy difíciles y por vivir durante tanto tiempo a grandes alturas. que se vieron en la necesidad de ir a vivir en un lugar de menos altura. Por lo tanto, se radicaron en Lima. y el pastor Stahl se ocupo durante algún. tiempo en visitar las diferentes estaciones misioneras adventistas a lo largo de la costa del Perú. Pero en el año 1921 el incansable misionero emprendio viaje para estudiar la posibilidad de establecer una misión entre las tribus salvajes que pueblan los extensos bosques más allá de la cordillera. y en este capítulo publicamos su relato de aquel viaje y unas breves notas de su viaje ulterior hecho con el fin de establecer la primera misión entre los chunchos.

punta, parecía que dentro de un momento todos íbamos a ser tragados por la rugiente corriente que se precipitaba en el gran hueco del lado de la roca; pero en seguida la jangada, con nosotros asidos de ella, fue lanzada hacia la orilla y entro en agua serena y de poca profundidad.

La bendita mano del Dios viviente nos había sacado de esa trampa mortífera. Los indígenas temen mucho este lugar, y lo han llamado "el antro del tigre".

No nos sucedió otro percance hasta llegar casi al fin de nuestro viaje, cuando, al ser llevada por un rabion, nuestra jangada choco contra un tronco oculto y en un abrir y cerrar de ojos se volco. Todos fuimos arrastrados debajo de la embarcacion. Sentí que mi cabeza golpeaba contra la jangada mientras nos llevaba la rápida corriente. Nade hasta salir de debajo de ella, y subía la superficie a tiempo para ver a mis guías ponerse otra vez a bordo de la jangada, lo cual hice yo tambien.

Pronto llegamos a la orilla, donde enderezamos la jangada y sacamos mi equipaje, que por suerte había sido atado de una manera segura. Descubrí que el agua había dañado mi equipo fotográfico, cajas de instrumentos y reloj.

El segundo día de nuestro viaje por el río, llegamos por la tarde a nuestro destino, Pichanaqui, cerca de las Cascadas, donde termina por alguna distancia la navegación de este río. Este punto es tam bien el centro del territorio ocupado por los campas. Cuando llegamos a la orilla, los indígenas que nos habían estado vigilando huyeron al bosque para esconderse detras de los árboles. Me quedé allí sonriendo y haciéndoles señas de acercarse, cosa que hicieron pronto. Luego, mientras les estrechaba la mano, mis guías les explicaron quien era yo.

Entonces me invitaron a ir con ellos a sus casas, lo cual estuve contento de hacer. Algunos de ellos cargaron con mis equipajes y emprendimos viaje al traves del bosque: Pronto me dejaron atrás, y como me era difícil ver el camino, tuve que pedirles que me esperasen. Esto lo tuve que repetir muchas veces, pues ellos parecian deslizarse con suma facilidad por la selva, sobre troncos de árboles caídos y por troncos echados al traves de arroyos.

El paisaje me era enteramente nuevo despues de los muchos años de trabajo en las frias y áridas alturas de los Andes. Aquí había grandes árboles cargados de lianas que obstruían el camino, y en vez del frío, un calor tropical.

Cuando llegamos a sus casas fuimos recibidos por otros, y todos se reunieron en derredor nuestro y empezaron a pal par mis equipajes, preguntándose que contendrían. Los abrí y les deje revisarlo todo, para gran gozo suyo. Mientras hacian esto, me interese por los niños, haciéndoles

algunos regalitos. A los varones les dí cortaplumas, y alas niñas, pañuelos de vivos colores y espejitos, cosas de que me habia provisto con este fin.

Mi Biblia y mi brújula atrajeron especialmente la atención de los que revisaban mis equipajes, y les expliqué, al hojear el libro, que era la Palabra del Dios viviente que había creado todas las cosas, poniendo especialmente de relieve el hecho de que Dios había creado el sol y la luna. Ellos se miraron extrañados, como queriendo sondear todo lo que estas palabras significaban, y yo podía ver que estaban muy impresionados.

Visite luego muchas casas de estos indígenas y mostré mi interés en la obra que estaban haciendo. A los jóvenes que estaban fabricando arcos y flechas les daba un as palmadas en el hombro, y también alababa a los mayores, que construían canoas de troncos de árboles, y bien podía alabarlos, pues hacian un trabajo magnífico, si se tiene en cuenta las toscas herramientas que empleaban.

Trate a sus enfermos, y siempre que tuviera oportunidad les enseñe el evangelio. Encontre que los jóvenes son mas susceptibles a la influencia del evangelio que los de más edad, puesto que en muchos casos los mayores tienen la mente embotada por el usote la coca y de la chicha. Los jóvenes querían aprender a leer y escribir. Les di lápices y papel, y ellos hacían todo esfuerzo posible para aprender lo que les enseñaba. Había muchos indígenas en ese lugar, y presentaban una escena verdaderamente extraña. Pintan sus caras de la manera mas fantástica, pues algunos tienen fajas coloradas por la cara, o fajas coloradas y negras alternadas, mientras que otros tienen fajas rojas con puntos azules, y otros todavía se pintan toda la cara de un color rojo muy vivo, los cuales da la apariencia de tener fiebre. Antes de acostumbrarme a la apariencia de estos últimos, estuve varias veces a punta de tomarles el pulso y darles tratamientos.

Todos los hombres llevan plumas pegadas a una cinta que les rodea la cabeza. Tanto los hombres como las mujeres llevan una vestidura de una sola pieza, llamada *coshma*. Es una clase de tunica teñida de morena vivo. Para completar su indumentaria llevan un cinto de piel de mono, con el cual acortan su ropa cuando desean. En esta ropa llevan adornos de semillas de brillantes colores y pieles de hermosas aves.

Tanto los hombres como las mujeres llevan largo el cabello, dejándolo caer suelto sobre los hombros. Las mujeres tienen pendientes en las orejas, y algunas llevan anillos en la nariz. Muchos de los hombres, también, llevan adornos colgados de la nariz y pedazos de hueso que les atraviesan el labio inferior o las mejillas, lo cual les da un aspecto verdaderamente salvaje.

En cuanto a armas, los hombres llevan arcos y flechas, y unos pocos tienen armas de fuego.

La mayoría de las casas consisten en solamente un techo de palmas tendido sobre unos fuertes palos. Todos duermen en el suelo, con solamente una delgada estera de hierba debajo. Su comida consiste principalmente en la raíz de la yuca (mandioca), planta que crece casi sin cultivo y se llama "el pan de los tropicos." Su regimen varía algo, segun lo que pueden conseguir, ademas, cazando y pescando. Tambien los he visto comer insectos y grandes mariposas.

Adoran al sol y la luna, y durante sus fiestas religiosas beben grandes cantidades de chicha, bebida que obtienen haciendo fermentar la raíz de la yuca. Esta fermentación la empiezan mascando cierta cantidad de esta raíz y escupiendolo mascado en la mesa.

Tambien mascan la hoja de coca, y esto, unido a su aficion a la chicha, les embota los sentidos. Muchos deben su muerte a estos vicios, por caerse de altas rocas, dejarse morder por las serpientes y ahogarse en el rapido río mientras están intoxicados.

Entre ellos se práctica la poligamia. En extenso grado los dominan negras supersticiones, algunas de las cuales son sumamente terribles. Una de ellas, por ejemplo, exige que cuando muere uno de ellos, se llame al *curaca*, o hechicero, el cual es como un espiritu maligno entre ellos. Este hombre, despues de hacer algunos ritos mágicos, echa la culpa de la muerte sobre algun niño inocente. Entonces se agarra al niño, se le llena el cuerpo de agujas, y luego se le mata a pedradas y se arroja su cuerpo al río. Unos pocos de estos niños que habían sido condenados a muerte escaparon a algunos de los pueblos cercanos, en los bosques.

Descubrí, sin embargo, que no era cierto lo que me habian dicho de que los indios campas no conocen la simpatia. Prirpero traté de ver si estarían dispuestos a recibir simpatía. Un dia, mientras estabamos en el bosque, vi a un indio que cojeaba dolorosamente por la senda. Le pregunte que le pasaba, y el me señalo su pie, que estaba muy hinchado. Saque mi botiquin, examiné el pie y encuentre que se había metido una astilla puntiaguda en el dedo chico, la cual se había roto de manera que no habian podido sacarla. La saque con cuidado, apliqué un remedio y vendé el pie con una buena almohadilla de algodón sobre la herida. Cuando hube terminado, el hombre se volvió hacia mi, y mirándome en la cara con franqueza, me dijo en tono de calurosa gratitud: "*Pasunqui*," (gracias).

En otra ocasión se me trajo una mujer indígena que tenía un pie malamente inficionado. Vi que se habia formado pus adentro, asi que despues de lavar cuidadosamente el pie, di un lancetazo a la hinchazón, y al salir el pus, la mujer casi gritaba de contenta, pues habia recibido alivio instantáneo. Luego empezó a caminar y a contar a cuantos encontrara que

alivio maravilloso había recibido.

Por estos incidentes vi que acogian bien la simpatia. Aun hombres fornidos, a quienes trataba a veces por heridas insignificantes, expresaban siempre su aprecio. Pero también eran capaces de manifestarlo. Cierta tarde, mientras que estábamos sentados todos alrededor de un gran fuego, una mujer que estaba sentada frente a mi notó una herida que me había hecho en el pie aquel día. Empezó a hablar en tono de viva simpatia, y aunque yo no podía entender todo lo que dijo, pude comprender que decía mas o menos: "¡Ay, miren el pie lastimado del pobre señor! ¡Que lastima!" La atención de todos los demás fue así dirigida a mí, y todos querían ayudarme. De esta manera demostraron tener, debajo de aquel exterior salvaje, corazones bondadosos.

Un sábado empecé a enseñarles la Biblia, con la ayuda de uno de mis guías que comprendía algo de castellano. Todos se interesaron en aprender algo del Dios que creo el sol y la luna, y cuando les hable de Jesús, nuestro gran Salvador amante, el Hijo de Dios, vi más de un ojo con lágrimas, aun entre los viejos guerreros.

Demasiado pronto llegó el momento fijado para regresar a Lima. Al presenciar los preparativos que hacía para partir, empezaron a preguntarme cuando iba a volver a visitarlos. Les dije que no podía decirlo con exactitud, pero ellos repitieron: "Cuando volverá Ud.". Finalmente les dije que sería después de las lluvias, y tracé ocho rayas en el suelo. Ellos comprendieron en seguida y dijeron: "Después de ocho lunas."

Cuando mis guías y yo quisimos despedirnos ellos dijeron: "No, vamos a ir con vosotros hasta la orilla del río," y hombres, mujeres y niños nos acompañaron hasta el río, donde nos estrechamos las manos y les dijimos adiós.

Ellos estuvieron mirándonos hasta que una curva del río nos ocultó de su vista. Por un lado me entristecía tener que dejarlos, pero me daba ánimo el pensamiento de que pronto podría volver a ellos y el saber que esos salvajes del centro del Perú se mostraban dispuestos a recibir el evangelio salvador.

Cuando volví de este viaje, me informó la Junta Directiva de la Misión Incaica que no había dinero con que emprender una nueva obra, y parecía que no podría cumplir con mi promesa de volver dentro de ocho meses. Pero el Señor que había abierto esta puerta proveyo los medios, y al tiempo debido pude salir nuevamente para la tierra de los campos.

Gran parte de este territorio a lo largo del río Perené ha sido dada en concesión a la Corporación Peruana, importante compañía ferrocarrilera que tiene una hermosa colonia en los linderos de la región boscosa. El directorio

de esta compañía en el distrito del Perené me dio desde el principio toda clase de facilidades para proseguir mi misión evangelizadora entre los chunchos.

El segundo viaje lo hice en auto hasta La Merced, y fue bastante azaroso. Al llegar a La Merced, alquilamos mulas y fuimos a la hacienda No. 3 de la compañía nombrada, que esta a seis kilómetros del lugar donde queremos edificar. No hay muchas comodidades acá, y hay tanto paludismo que uno no puede encender la lámpara de noche, de miedo que atraiga los mosquitos que propagan la fiebre. Espero edificar algo en que podamos vivir de una manera más saludable.

Los chunchos son más salvajes que nunca. Estas pocas semanas pasadas, han estado matando a sus hijos por superstición. Dos niños escaparon, pudiendo llegar a esta hacienda, y anoche nos llegaron informes de que habían condenado a un hermoso niño, que conozco bien, porque un nene de la familia esta muy enfermo. El niño cuya vida esta amenazada es de unos seis años, y lo tienen ahora en cautiverio. Tiene que cavar la tierra con un palo agudo, bajo látigo, y luego se le cuelga a un palo, sin que pueda tocar el suelo, y se le da para comer y beber tan solo un poco de yuca y agua. Si el enfermito sana, todo estara bien; si no, mataran al niño preso de la manera más cruel: es decir, si no muere antes por los sufrimientos que le infligen.

Creo que podre conseguir que venga un cacique para enseñarme el idioma. Pero necesito más ayudantes, y se debe fundar en seguida una pequeña escuela.

CAPITULO XIX

Los Colaboradores del Pastor Stahl^a

A medida que la obra misionera empezada por el Sr. Stahl a orillas del lago Titicaca creciera, llegaron para ayudarlo otros misioneros. La mayor parte de estos eran compatriotas del Sr. Stahl (norteamericano.s), pero algunos eran de la Argentina. Por lo general, pasaban algun tiempo en la misión central de La Platería, adquiriendo bajo la dirección de los misioneros de mas experiencia, aquellos conocimientos que les eran necesarios, y luego salian de alli para encargarse de las estaciones nuevas que se iban estableciendo.

LIBRADOS DE UNA TRAMPA

El Sr. Howell tuvo a su cargo, durante varios años, la importante escuela de La Platería. En cierta ocasion, cuenta el, se recibio de los habitantes blancos del pueblo Puerto de Conima una solicitud de que algunos de los misioneros les visitasen. Querían consultarlos acerca de la posibilidad de establecer allí una escuela de misión, a fin de extender a los hijos de los blancos los mismos privilegios educacionales que la misión ofrecia a los indígenas. El día señalado fueron, en contestacion a esta invitacion, los señores Howell y Howard, siendo este último un misionero recién llegado.

Llegaron a este hermoso pueblo un poco despues de la hora de la siesta, y se extrañaron al penetrar hasta la plaza sin haber ncontrado a nadie. Finalmente, ya que no habípodido ver a as personas que les habín invitado, estaban por emprender el viaje de regreso. En esto vieron acercarse dos muchachos de unos diecisiete años quienes los saludaron cortesmente y los convidaron a su casa para descansar un poco antes de partir. Explicaron la apariencia despoblada de las calles diciendo que todos los hombres del pueblo estaban borrachos en el club. Acompañaron los misioneros a los muchachos, los cuales los condujeron por la calle por la cual habian venido, pasando frente a una iglesia grande. Al pasarla, los muchachos dejaron caer algunas palabras despectivas respecto al cura, diciendo que estaban aburri-

^a El capitulo anterior, con su presentación de la nueva y difícil tarea misionera que ha emprendido el pastor Stahl, nos pone al día encuanto a la obra de este valiente apóstol. Pero no sería completa la historia de las misiones adventistas en el país de los Incas si no se hiciese mención de algunos de los admirables incidentes acaecidos en la obra de los colaboradores del pastor Stahl y no se hablase del notable desarrollo alcanzado por la obra empezada por el en la cuenca del lago Titicaca y que se vió obligado a dejar en manos de otros. Por lo tanto, los editores dedican a este fin los dos últimos capítulos.

dos de aquella religión.

A dos cuadras de la playa, doblaron por un callejón sin salida, que tenía a cada lado muros ciegos de unos tres metros de alto. Al extremo, cerraba el callejón la casa a la cual se dirigían. Mirando alrededor, el Sr. Howard dijo en inglés a su compañero que aquel lugar constituiría una buena trampa en que tomarlos, si este era el propósito de los que los habían invitado. Llegados a la casa, bajaron de sus caballos y pasaron adentro, donde los dos muchachos los entretuvieron, mientras descansaban, con su amable conversación.

De repente oyeron un grito: "¡Vivan los evangelistas!" Uno de los muchachos dijo que los hombres parecían conservar su buen juicio aun cuando estaban borrachos. Pero luego cambio el tono del vocerío, y oyeron clamores de: "¡Abajo con los evangelistas! ¡Venga, Sr. Cura, y ayúdenos!"

De repente los muchachos se pusieron palidos, y el Sr. Howell dijo que le parecía mejor que el y su compañero se retiraran. Saliendo de la casa, notaron en la desembocadura del callejón un grupo de veinte o treinta hombres que los esperaban. Subieron sobre sus caballos y se despidieron de los jovenes. Uno de ellos dijo al Sr. Howell:

-¡Ojala le vaya bien, señor! -Nos irá muy bien -contesto este, -pues Dios protege a los suyos.

El misionero nuevo no comprendía mucho del castellano, así que el Sr. Howell fue primero. Este (último se estaba preguntando como iban a hacer frente a aquellos hombres, cada uno de los cuales estaba provisto de piedras, cuando de repente, a la mitad del camino, vio a su derecha una abertura en la pared. En seguida salió por la abertura, pero su compañero, que no comprendía el significado de los gritos, le llamo en inglés, diciendo:

- Vuelvase, que estos senores desean hablarnos.

-Es que no deseo hablarles -dijo el Sr. Howell -mientras esten tan excitados. - Y se fue rápidamente camino hacia la misión, seguido de cerca por su compañero.

En esto los hombres que los esperaban, viéndolos escapar, los persiguieron furiosos, gritando y tirando sus piedras. Una piedra grande hirió al Sr. Howard en la espalda, pero pudo seguir adelante, y al poco rato lograron ponerse fuera del alcance de sus perseguidores.

Los dos estaban convencidos de que una mano divina había hecho esa abertura para dejarlos escapar, pues no la habían notado cuando pasaron primero por el callejón, y es evidente que sus perseguidores no tenían conocimiento de ella, pues de lo contrario habrían esperado allí y no media cuadra mas abajo.

EL MISTERIO DE LA GUARDIA ARMADA

Otro caso manifiesto de la intervención divina, ocurrió en relación con la misión principal de La Platería. En los días que siguieron inmediatamente a la gran guerra, la miseria causada por las estrecheces financieras que imperaban en el Perú produjo un aumento notable del bandolerismo. Dos hombres blancos, que se contaban entre los peores enemigos de la misión, organizaron una banda de unos cuatrocientos forajidos, entre blancos e indígenas, que empezaron a dedicarse al robo y saqueo. A mas del pillaje, uno de los objetivos declarados de esta banda era el de destruir todas nuestras misiones.

Al saber los misioneros que los bandidos cometían fechorias no muy lejos de la misión, enviaron una petición alas autoridades de Puno para que les proporcionasen protección; pero se les dijo que sería imposible enviarles mas que un sargento con cinco soldados, pues la guarnición que tenían para la protección de la ciudad era muy pequeña. Reconociendo que seis soldados serian pocos para protegerlos contra cuatrocientos ladrones, los misioneros rechazaron esta ayuda y se entregaron a la oración.

Pronto supieron que los bandidos habían saqueado una hacienda distante solo una legua de la misión, llevandose todo lo que se podía llevar, incluso todo el ganado. Solo la dueña, una mujer sola y su hijito escaparon huyendo por los montes. Y ahora llegaron noticias de que la misión sería el próximo punto de ataque.

El día siguiente se notaron en el vecindario de la misión varios indígenas de apariencia sospechosa, los cuales fueron reconocidos por algunos de los indígenas evangélicos como miembros de la banda de ladrones. Los misioneros creían que seguramente se verificaría un ataque a la noche siguiente, y continuaron ofreciendo fervientes suplicas al cielo. Pero paso la noche sin incidente, y asi transcurrieron varios dias y noches sucesivos.

Despues de unas dos o tres semanas, empezó a asistir a las reuniones cierto indígena que mostró sumo interés por todo lo que veia y oía. Entre otras cosas, preguntó donde se guarecía durante el día la fuerte compañía de hombres armados que protegía la misión. Se le dijo que no habia tal compañía, pero el insistió en que la había. Para convencerle de que estaba equivocado, se le llevo por todos los edificios. Entonces confesó que había pertenecido a la banda de ladrones, y conto la siguiente historia:

El día en que se había visto a algunos de ellos en el vecindario de la misión, los cabecillas de la banda habían tomado la decisión de atacar la misión a la noche. Y efectivamente, a la hora convenida, toda la cuadrilla se puso en marcha hacia la misión. Al llegar cerca, abandonaron el camino y

subieron a la colina que se halla detras de la misión. De esta manera se iban a poner en la posicion más ventajosa, tanto para observar la misión como para atacarla.

All legar a la cumbre de la colina, desde donde podían ver la misión abajo, se sorprendieron grandemente al ver una fuerte guardia de hombres armados dispuestos en forma de cuadrado alrededor de ella. Despues de considerar la situación por algún tiempo, los cabecillas de los bandoleros llegaron a la conclusión de que no les convenía atacar la misión y dieron la orden de retirada. Esta se efectuo en silencio, y la misión no sufrió molestia alguna.

Si se tiene en cuenta que el hombre había visto por sus propios ojos aquella guardia de hombres armados que defendían la misión, no es sorprendente la incredulidad que manifesto cuando los misioneros le dijeron que no sabían nada de tal guardia, y que ni siquiera tenian una sola arma en toda la misión. Pero estos, por su parte, reconocieron que aquellos defensores eran más que humanos.

EL HOMBRE A QUIEN NO PODIAN MATAR

Por mas que durante nueve años se habian ido multiplicando las misiones entre los indígenas aimaraes, hasta el ano 1919 no se habia establecido ninguna entre la tribu principal de indigenas incaicos, es decir, entre los quichuas. Pero por fin se hizo imposible postergar por más tiempo la respuesta a sus insistentes peticiones. Temprano en el año de referenda se unió al cuerpo de misioneros un valiente joven argentino, llamado Pedro Kalbermatter, con su familia. Después de un viaje de reconocimiento que este hiciera en compania del pastor Stahl para elegir un sitio adecuado, el Sr. Kalbermatter se puso a construir un edificio que sirviese para escuela, dispensario médico y vivienda para el y su familia. El edificio estaba casi terminado, cuando el misionero tuvo que ir a Puno, y en su ausencia los enemigos de la nueva misión llegaron y lo derruyeron y hollaron todo.

Se intento edificar de nuevo, pero la oposición era tal que se tuvo que desistir.

Este reves le fue muy duro al joven misionero. Pero mientras reflexionaba tristemente sobre el hecho, llegó un indígena quichua de otra parte rogándole que fuera a establecer una misión en su vecindario. El lugal indicado estaba cerca del ferrocarril, al norte de la ciudad de Juliaca y en medio de un territorio muy poblado. Los indígenas del lugar le dieron una cordial bienvenida, y se mostraron muy deseosos de que se estableciera una misión en su medio. Asi que se consiguio un sitio apropiado y se pusieron a

edificar.

No bien había empezado la obra, sin embargo, cuando los hacendados del distrito comenzaron a amenazar a los indígenas que le ayudaban. Pero a despecho de las amenazas, persistieron con el trabajo de construcción. Por fin llegó aviso de que los enemigos estaban reuniendo armas y municiones a fin de atacar a la misión, destruirla y matar a su fundador.

Se había terminado ya la construcción de una pequeña casa de dos piezas y se estaban levantando las paredes de la capilla cuando llegaron estas noticias. El día elegido para el ataque fue el sábado 11 de septiembre de 1920. Temprano por la mañana unos cuatrocientos indígenas amigos llegaron a la misión y rogaron al Sr. Kalbermatter que partiese, pues temían que se les hiciese algún daño. Pero en vez de huir, quedó y celebró una reunión con ellos, en la cual se elevaron plegarias a Dios pidiendo que protegiera a ellos y a la propiedad de la misión.

Durante los días de espera del ataque, el misionero, que había servido como soldado en el ejército de su país, había reforzado cuanto podía las defensas de su pequeña vivienda. Tenía un revolver con municiones y un cuchillo, y se había resuelto a vender cara su vida. No quería, sin embargo, causar la muerte de sus amigos, así que cuando a las dos de la tarde vio salir de un pueblo distante una legua por la llanura la banda de atacantes, mandó a sus amigos que se dispersaran y se escondieran, y él y su intérprete se metieron en la casita donde tenía sus armas todas listas.

Luego los dos se arrodillaron y rogaron a Dios que les guiase y protegiese. Al levantarse el Sr. Kalbermatter, le vino a la mente con insistencia la declaración de Jesucristo: “Todos los que tomaren espada, a espada perecerán”. Reconocía que era imposible que sus armas le salvaran la vida -solo la intervención divina podría hacer esto. Si tenía que morir -pensaba -era mejor morir sin haberse manchado con la sangre de sus semejantes; y si era la voluntad del cielo salvarle la vida, le parecía que sería bajo la condición de que él no recurriese a las armas para defenderse. Tan fuerte era su convicción de esto, que cavó un hoyo hondo en el piso de barro allí dentro de la casita, y enterró sus armas y municiones. Luego él y su intérprete oraron de nuevo, y al hacerlo se desvaneció todo su temor.

Los enemigos avanzaban en número de unos doscientos. A la distancia de doscientos metros, más o menos, se detuvieron, y al parecer, el jefe les dio instrucciones para el ataque. Luego unos cuarenta jinetes, todos bien armados, se acercaron. El misionero salió a su encuentro y los saludó amigablemente. Le contestaron profiriéndole insultos e injurias y demandando que abandonase el lugar en seguida. Él se negó a hacerlo, diciendo que la propiedad pertenecía a la misión que él representaba y que se

proponía quedar allí. Le acusaron de toda clase de crímenes, a lo cual contestó que aún tenían al señor juez de paz entre ellos y que podían juzgarle si había cometido alguna falta. Trataron de atropellarlo con sus caballos, pero al llegar a él, los caballos, o se desviaban, o se paraban, o retrocedían. El misionero extendía sus manos, tomando a un animal por la brida, empujando a otro, y acariciando la cara o cuello de otro. Los jinetes hicieron repetidas tentativas de hacerlo pisotear, pero siempre con el mismo resultado. Por fin, después de como una hora, los enemigos se retiraron, ordenando al misionero que abandonase el lugar dentro de veinticuatro horas, pues de otra suerte volverían al otro día y le matarían.

El Sr. Kalbermatter quedó en su lugar, pero la amenaza no se cumplió. Sin embargo, los enemigos de la misión se vengaron cruelmente por su derrota, volcando su ira sobre los indefensos indígenas partidarios del misionero. Cierta día, cuando los indígenas que trabajaban en la construcción de los edificios se habían retirado, llegaron a caballo unos treinta hombres armados. Estos avanzaron sobre los obreros que estaban en camino a sus casas y los atacaron a balazos. Los pobres indígenas trataron de escapar. Cuando sus atacantes los alcanzaron, se pusieron de rodillas implorando que se les perdonase la vida. Pero fueron pisoteados bajo los cascos de los caballos y muertos a balazos. Nueve de ellos fueron muertos en el acto, y tres más murieron después por causa de las heridas que recibieron. "Nunca en mi vida -dijo el horrorizado misionero -había presenciado un cuadro más triste."

Las autoridades intervinieron para castigar este crimen tan cobarde, pero los autores huyeron del país. Poco tiempo después, se terminó el trabajo en los edificios, y en los primeros días del año 1921, se celebró una gran fiesta de dedicación de la nueva misión, consagrada ya por la sangre de doce mártires. Tan grande era la concurrencia de indígenas, que los enemigos de la misión que vivían en el vecindario temieron por su seguridad. Pero la fiesta llegó a una terminación feliz, sin ningún incidente que echase una sombra sobre la alegría del día; y de semana en semana un número siempre creciente de indígenas quichuas se reúne en la amplia y bien construida capilla para adorar a su Dios y Salvador.

DOS LIBRAMIENTOS MILAGROSOS

En contestación a las muchas e insistentes peticiones que habían llegado de cierto pueblo llamado Piata, se envió a ese lugar, a fines del año 1919, un maestro indígena. Pero enterados del hecho ciertos indígenas del vecindario atacaron a los que habían pedido al maestro evangélico, saquearon sus casas y les robaron sus animales. Además echaron del pueblo al maestro.

Siguieron llegando de Piata, sin embargo, pedidos de la misma indole, y como un año mas tarde se invitó a otro misionero indígena a que fuera a dicho pueblo. Este, que sabía muy bien lo que habia ocurrido el año anterior, vació un poco en aceptar el en cargo, pero por fin consintió. Salió para su nuevo puesto en diciembre de 1920, llevando solamente los vestidos que tenían puestos, una Biblia y un himnario. Los indígenas que tanto anhelaban su llegada le recibieron con gran regocijo. Pronto hubo unas cien personas que asistian regularmente a los cultos, numero que creció constantemente hasta llegar a 150. La verdad es que antes de mucho tiempo el joven misionero se encontró frente a una tarea que superaba a sus fuerzas; pero felizmente que por entonces se pudo disponer de los servicios de un misionero extranjero de mayor preparación para dirigir la creciente obra.

El Sr. Elvin (pues asi se apellidaba el nuevo misionero) y su esposa, que tenían una buena preparación médica, se ocuparon especialmente en tratar a los muchos enfermos que todos los días buscaban su ayuda. Como resultado de sus esfuerzos, la misión creció con aun mayor rapidez, hasta que habia unos 250 adeptos y cien personas más que asistian regularmente alas reuniones.

Este estado de cosas, como es de creer, despertó la ira de los enemigos de la misión, que se pusieron de acuerdo para destruirla y matar a los misioneros. Cierta día, a las tres de la tarde, una turba de ellos, bien excitada y encabezada por el cura y un suboficial del gobierno, se acerco a la misión. El misionero estaba ausente, y su esposa había quedado sola con los fieles indígenas. Al ver su peligro, se pusieron de rodillas y suplicaron a Dios que los protegiera.

Cuando la turba, excitada por el alcohol y las arengas de sus cabecillas, estaba a punta de lanzarse sobre la Misión, llego de repente y con gran premura un señor que entrego una nota al cura. Resulto ser una nota firmada por un alto oficial de aquel distrito, prohibiendo categoricamente que se molestara a los misioneros o la misión. No se atrevieron a violar tal orden y la turba se disperso.

Días despues el Sr. Elvin fue a presentar al ofcial su agradecimiento por su socorro tan oportuno. Para gran sorpresa suya, el oficial manifestó no saber nada del asunto, y afirmó que no habia firmado ninguna orden de la naturaleza indicada. El misionero no dijo nada más, pero dió gracias al Dios que había protegido asi a los suyos.

El Sr. Dalinger y su esposa, jovenes misioneros llegados de la Argentina, han trabajado desde hace algun tiempo en la misión de Pomata. En cierta ocasión, los enemigos de la misión habian decidido destruir una de las escuelas que funcionan bajo la dirección de estos misioneros. El cabecilla de

los enemigos habia convenido con los suyos que en cierta noche debian reunirse cerca de la casa de el a la hora que les señalara tocando su corneta.

A la noche senalada, salio con su corneta para tocar la llamada. Su esposa se quedo en la casa. Como despues de esperar unos minutos, no le oyera tocar, salio para averiguar la causa. Le encontró tendido como muerto en el suelo, corneta en mano. Se habia desmayado en el momento de dar la señal. Y el toque de corneta que esperaban sus complices no fue dado, pues el asustado cabecilla no se animaba más a pelear contra los evangelistas.

CAPITULO XX

Progresos Recientes

Hasta ultimamente, los esfuerzos de los misioneros adventistas en favor de los indigenas aimaraes y quichuas se habian limitado casi enteramente a los que habitaban el Peru, pero llegó el momento en que la obra había de extenderse mas alla de los limites de este pais.

Tanto en Ecuador como en Bolivia se habia mantenido durante algunos años obra misionera entre los habitantes blancos de las ciudades, pero muy poco se había hecho para los indígenas. Por lo tanto, cuando misioneros acostumbrados a trabajar en las misiones indígenas del Peru fueron a emprender obra entre los indígenas de los paises vecinos, tuvieron que empezar otra vez desde el principio. Sus primeros esfuerzos tuvieron por objeto conquistar la confianza de aquellos cuyo bien buscaban.

COMIENZOS ENTRE LOS INDÍGENAS DEL ECUADOR

El misionero Howard, que durante algunos años había dirigido con éxito la obra en la mision de Occa Pampa, fue elegido para hacer los primeros ensayos entre los indígenas del Ecuador. Se escogió como centro apropiado para las jiras iniciales la ciudad de Riobamba, que está como a diez horas de viaje por tren de Quito, en direccion hacia Guayaquil.

La primera mañana despues de su llegada, el Sr. Howard, con sus dos compañeros, salió a visitar una población indígena vecina. Al acercarse a un grupo de chozas, les salió al encuentro un indígena, el cual, al preguntarsele si habia enfermos en su casa o en las de sus vecinos, manifesto cierto temor y contesto que no. Pero los misioneros bajaron de sus caballos, y de sus alforjas sacaron algunos remedios sencillos. Repartieron unas pastillas de menta entre los miembros de la familia del indígena, despues de lo cual todos se mostraron más amigables y confesaron que había algunos casos de enfermedad entre los vecinos. El padre los llevo entonces a otra casa donde había varios enfermos, a quienes los misioneros lograron proporcionar alivio. Llenos de gratitud, los pobres enfermos les rogaron que volviesen pronto. En el curso del día pudieron atender a otros enfermos, pero por lo

general los indígenas se mostraron algo tímidos.

Emplearon varios días en estos viajes de reconocimiento, encontrando en todas direcciones extensas poblaciones indígenas. Al volver de uno de estos viajes, percibieron el ruido distante de tambores, y supieron que se estaba celebrando una fiesta. Llegados al lugar de la fiesta, notaron que la mayor parte de los participantes estaban ya borrachos; y unos veinte de ellos, que tenían escopetas, demostraban su celo religioso haciendo disparos al azar. Naturalmente hubo buen número de heridos, y los misioneros tuvieron bastante que hacer atendiendo a estos, pues curaron a unos cincuenta.

En otra jira que se hizo en el mismo distrito, unas pocas semanas más tarde, la bienvenida que se dió a los misioneros fue mucho más cordial. En cierto lugar, llamado Cajabamba, trataron a más de cien enfermos, y aun así había otros tantos que no pudieron atender por falta de tiempo.

En este mismo lugar, durante su primera jira, habían encontrado a un pobre indígena víctima de la tuberculosis, desahuciado y declarado incurable por los médicos de Riobamba. Era un caso en que la ciencia médica no podía hacer nada, y se había manifestado al enfermo que sólo el Médico divino le podía curar. El pobre hombre rogó a los misioneros que orasen al Señor para que el le sanara, y ellos cumplieron con su pedido. En la segunda visita encontraron que Dios había contestado sus oraciones, y el hombre estaba ya completamente sano. Su gratitud no tenía límites, y sin duda que esta demostración del poder divino había hecho una impresión profunda sobre los indígenas del vecindario. Estos les rogaron a los misioneros que volvieran pronto y establecieran una escuela entre ellos.

Después de un tiempo se pudo responder a esta petición, y el misionero Orley Ford, que tenía ya mucha experiencia en la obra de las misiones del lago Titicaca, fue a establecer una misión entre los indígenas de la región de Cajabamba. Las autoridades le advirtieron que los indígenas de aquella comarca eran gente mala, pero él respondió que esa clase de gente era precisamente la que más necesitaba de su obra.

Tal es la historia de la implantación de la primera misión adventista entre los indígenas de la "república jardín."

LAS PRIMERAS MISIONES INDIGENAS EN BOLIVIA

Al mismo tiempo que se hacían estos esfuerzos por establecer misiones entre los indígenas del Ecuador, el misionero Reid S. Shepard había tentativas de la misma índole en Bolivia. Primero consiguió del gobierno la autorización necesaria para establecer escuelas primarias para los indígenas, y luego fijó temporariamente su residencia en el pueblo de Viacna, centro de

una región muy poblada de aimaraes. Allí se le dijo que el lugar mas apropiado para fundar tales escuelas era la ciudad de Pucarani.

Las tentativas hechas para llegar en contacto con los indigenas por medio de la ayuda de las autoridades no dieron resultado. Mientras el misionero y su intérprete andaban de aqui para alla tratando de llevar a cabo su propósito de reunir a los indigenas y explicarles lo que se proponian hacer, al pasar una tarde por delante de cierta casa, un joven indígena les llamo, preguntando: "¿Adonde van ustedes?" El Sr. Shepard le contesto que se dirigía a Iquiaca, donde esperaba celebrar una reunión con los indígenas de dicha comarca. Luego le hablo de la obra en que estaba empeñado. El joven convido a los dos viajeros a que se quedaran en su casa esa noche, diciendo que era hijo del cacique de la localidad. Se intereso grandemente en las explicaciones biblicas que ee diera el misionero, y manifesto su deseo de acompañar a el y su interprete a La Paz, donde podrían hablar con su padre que habia ido a la capital para defender ciertos intereses de los indigenas.

-Mi padre reunira a la gente. Yo se que el quiere que ustedes abran una misión entre nosotros afirmo el joven.

Pero el Sr. Shepard y su acompañante querían regresar a su casa antes de ir a La Paz, de manera que convinieron en encontrar al joven alli, para que los presentara a su padre. All legar al punto de cita en La Paz, no pudieron hallar al joven, pero este les había dado indicaciones en cuanto a donde podrían encontrar a su padre, que se llamaba Esteban Machaca, y pudieron hallarle sin dificultad. El cacique estaba enterado de la visita que habian hecho a su hijo, y se mostro tan interesado como este en la obra de los misioneros. Dia tras dia conferenciaron con el y otros caciques procedentes de tres distritos diferentes. Por fin acordaron acompañar en su regreso a los caciques de Iquiaca, Esteban Machaca y Jose Lucano.

En compañía de los caciques, los misioneros visitaron a los indígenas del distrito, los cuales les dieron una acogida muy alentadora. Se pudo establecer entre ellos una misión y escuela, las cuales quedaron a cargo de un maestro indígena de la misión del lago Titicaca.

Una vez instalada la mision de Iquiaca, el Sr. Shepard se dirigió al sur a un pueblito llamado Rosario, situado cerca del río Maure; pues el cacique y otros indígenas de este lugar habian pedido con mucha instancia que se radicase un misionero entre ellos.

Este pueblo debe su nombre a la antigua iglesia que le adorna. Esta no tiene sacerdote residente, pero el cura de Calacota, lugar distante unas treinta leguas, suele ir a Rosario en ocasión de las fiestas de Pentecostes, Santiago y Nuestra Señora del Rosario. Esta última fiesta es naturalmente la que reviste más importancia. En ese día se sacan de las capillas del vecindario

numerosas imágenes, que se llevan con mucha pompa y ceremonia a la iglesia de Rosario, para que el cura las bendiga.

El misionero y su esposa llegaron a Rosario en agosto de 1920, consiguieron una casita indígena en que vivir y empezaron su obra con perspectivas muy halagüeña. Pero para gran sorpresa suya, dos días después de la fiesta anual recibieron del gobierno supremo orden de abandonar el lugar. Fueron en seguida a La Paz, donde consiguieron permiso para seguir con su obra, bajo la condición de que no celebrasen cultos. Volvieron luego y abrieron de nuevo la escuela y continuaron su obra médica. Pero dos meses más tarde se presentaron nuevamente funcionarios del gobierno acompañados del cura, los cuales ordenaron al Sr. Shepard que abandonara el lugar dentro del término de ocho días, a menos que pudiese conseguir cierta autorización del gobierno supremo. El cura presentó a los indígenas una orden del obispo mandando se cerrase la iglesia hasta que los protestantes se retirasen del lugar.

Al retirarse los funcionarios, los indígenas se reunieron para tratar el asunto. El Sr. Shepard mandó a su criado indígena a decirles que a la mañana siguiente iría él a La Paz, y para preguntarles si querían que él quedase con ellos o no. Le respondieron que querían que él fuese a La Paz, consiguiese la autorización demandada y volviese. Envió al muchacho nuevamente para hacerles presente que si él volvía así, la iglesia de Rosario permanecería cerrada. A lo cual ellos contestaron:

-No hemos hecho mal alguno para que el cura cerrase la Iglesia. Deseamos que Ud. vaya a La Paz y consiga autorización para que podamos tener nuestra escuela, y que vuelva a nosotros. Si el cura quiere cerrar la iglesia, que la cierre."

Dejando a su esposa en Rosario, el Sr. Shepard fue a La Paz, y pudo conseguir permiso no solo para continuar la obra de la escuela, sino también para celebrar reuniones religiosas.

El sábado siguiente, que era el primer día de enero de 1921, hubo gran regocijo con ocasión de la reanudación de los cultos. Desde entonces la obra creció rápidamente, y tres meses más tarde se pudo formar una iglesia compuesta de 89 miembros. Más tarde erigieron una capilla nueva, en que no solamente tres veces por año, sino varias veces por semana se reúnen para adorar a Dios, mientras la antigua iglesia de Rosario queda cerrada con una herradura clavada sobre la abertura de la puerta.

Más tarde se han establecido otras misiones nuevas entre los indígenas de Bolivia. Cada una pasa por un bautismo de persecuciones, pero prosperan a pesar de las persecuciones, porque los indígenas de Bolivia, al igual de los del Perú, llegan a amar más que la vida misma las preciosas verdades que,

dibujando un nuevo y mas glorioso horizonte para su vida, los han transformado fisica y moralmente.

UN AVANCE GENERAL

Mientras misioneros experimentados han ido penetrando en nuevos territorios, otros los han reemplazado en la cadena de misiones que se extiende a lo largo de la costa peruana del lago Titicaca. La obra alli progresa a pasos agigantados, y el número de adeptos aumenta por centenares.

Hace poco un indígena llevo corriendo a la secretaría de la misión, que se halla en la ciudad de Puno. Se le pregunto que deseaba.

-Queremos un maestro para que implante una escuela de la misión en nuestro pueblo-contesto.

-¿Y por qué viene Ud. corriendo tan de prisa?

-Vengo de una distancia de siete dias de caminata –explicó -y como sabia que venian cinco o seis indígenas mas, de otros pueblos de la misma región, cada uno con una petición igual a la mía, corrí para llegar primero y asi estar seguro de que se me conceda un maestro.

La misión original de La Platería tiene actualmente más de 700 adeptos y sigue aun creciendo. Obran en poder de sus directores pedidos para el establecimiento de quince nuevas escuelas en lugares cercanos a esta misión.

Del vecindario de la mision de Pomata, donde antes el director de la misión no podia hacer sus jiras médicas sin arriesgar la vida, llegan pedidos para el establecimiento de veintiseis escuelas.

La misión de la Piedra Partida tiene mas de 500 adeptos, y 75 mas esperan ser recibidos. Se esta edificando alli una iglesia grande y casa para el misionero. Segun el último informe recibido, se piden ocho nuevas escuelas para pueblos cercanos a esta mision.

Pedidos para cinco nuevas escuelas llegan de la peninsula de Huata, donde existe una misión con 139 adeptos y otros 34 que aspiran a ser recibidos.

De 400 a 500 asisten a los cultos de la misión de llave Pampa, que tiene 226 adeptos. En este punto existe urgente necesidad de tres maestros para la escuela de la mision principal, y cinco mas para responder a los pedidos para establecer escuelas en los pueblos vecinos.

Desde que el misionero Howard fuera a Ecuador, la mision de Occa Pampa, cerca de la de la Piedra Partida, ha quedado a cargo de un director indigena, pero la obra crece alli tambien, y 25 personas esperan recibirse como miembros.

En Conima, el lugar donde trataron de apedrear a los misioneros Howell

y Howard, hay mas de 35 personas que esperan recibirse como miembros, y se pide urgentemente un director que encabece la obra alli; mientras que de Huancane llegan informes de centenares de nuevos creyentes.

Cada verano se ha celebrado, en relación con la mision de La Platería, un curso de escuela normal para la preparación de maestros indígenas. En el último periodo de que tenemos informe, habia 65 alumnos, de los cuales se esperaba que podrían al fin del periodo ingresar en las filas de los maestros.

Pero se ha venido sintiendo la necesidad de una escuela normal que ofreciera mas ventajas, y por fin se pudo conseguir una propiedad a una legua de Juliaca, Peru, donde se esta edificando actualmente una buena escuela normal. El terreno es de 720 hectareas, y se han comprado junto con el terreno unas 700 ovejas y algunos caballos, vacas y burros. Todo este terreno y el ganado proveeran un medio por el cual los alumnos podran sostenerse mientras cursan sus estudios.

ULTIMAS PALABRAS

La admirable obra de las misiones adventistas en las repúblicas de Perú, Ecuador y Bolivia queda sin parangon en la América del Sur, y ocupa un lugar entre los acontecimientos mas notables de la milagrosa historia de las misiones modernas. ¿Cuál sera el secreto del éxito que ha coronado la obra iniciada por el Sr. Stahl entre los infortunados hijos del una vez glorioso y extenso imperio de los incas? ¿Cómo es que en tan breve espacio de tiempo se ha podido transformar a aquellos pobres indigenas, ignorantes y embrutecidos por los vicios y la miseria, en hombres y mujeres sanos y limpios física y moralmente, cuyos semblantes reflejan inteligencia y felicidad?

Creemos que despues de la poderosa mano divina que ha intervenido tan señaladamente en esta obra, y de la devoción del Sr. Stahl y sus colaboradores, tanto extranjeros como nativos, se debe al carácter de los metodos empleados. El evangelio, segun lo entienden y practican los adventistas, abarca cuerpo, mente y alma. En sus misiones, no solo establecen hospitales y dispensarios para curar a los enfermos, sino que enseñan a los indígenas a evitar la enfermedad incucándoles la necesidad de la higiene y limpieza personales y en sus casas. Les enseñan, ademas, que no deben comer ni beber ni fumar cosas que perjudican a la salud. Para recibirse como adepto de una misión adventista, el indígena debe abandonar el uso del alcohol y coca, y comprometerse, ademas, a no usar tabaco.

Como el lector habra notado ya, se presta suma importancia tambien al cultivo de la inteligencia. La educacion que se ofrece es, naturalmente, solo

elemental, excepto en el caso de los indígenas que muestran tener aptitudes para ser maestros o predicadores. Se cuida sobre todo de que la enseñanza dada sea practica, y que los alumnos aprendan a llevar una vida mejor en el ambiente en que se hallan.

La enseñanza de la religión y moralidad ocupa, por supuesto, un lugar muy prominente en la obra de los misioneros. Esta enseñanza no se limita solo a los cultos, sino que es parte integrante de la instrucción diaria. Es este rasgo de la obra de las misiones adventistas el que ha suplido aquel poder transformador que se manifiesta en la vida de los miles de fieles adeptos y que ha causado asombro a cuantos lo han contemplado.

Los frutos solidos y perdurables de la obra misionera adventista han llamado la atención favorable de las altas dignidades de los gobiernos afectados, quienes han interpuesto su autoridad vez tras vez para proteger estas misiones.

Otro rasgo de las misiones adventistas que ha creado una impresión muy favorable es que los misioneros se abstienen en absoluto de inmiscuirse en los asuntos politicos. Los indigenas de las misiones son buenos ciudadanos, leales, instruidos, libres de vicios, trabajadores y contentos. Pero mientras reconocen su obligacion de tributar "a Cesar lo que es de Cesar," reconocen la obligación suprema de dar "a Dios lo que es de Dios."